

INTRODUCCION

Les hablo de la mejor época. La que se añora. La que Mongo Treto y yo guardamos para los nietos. Y prenderemos un tabaco, asentando la lengua, porque seremos soldados retirados, sin otra cosa que hacer. Sólo cuentos. Y mataremos bandidos que mataron otros. Y confudiremos nombre, fecha y lugar. Pero no importa. Que los nietos se fastidien, y oigan del almuerzo servido al lado de los cadáveres, y de los fusiles disparados por cualquier sombra, y de los convoyes inflamando de polvo la llanura, y de los cercos de cien días, y de los peines proletarios, y de los oficiales que se presentaban como Cristo, diciendo: —Aquí está el bandolero. Aquí lo partimos—, y un creyón rojo marcaba el mapa, donde se descue-raba al bandido, a plomo y mordida, o lo que sucedió con un compañero, que es mejor reservar el nombre, de atolondrado que se comportaba cuando le lanzaron una granada de piña, y agarró por una piedra, y gritó: —Ah, cabrones, ¿ la guerra es a seborucazos? —y dejó el fusil, para batirse a las pedradas.

Y a nosotros nos gustaba andar en aquella matazón, a la que nadie le predecía un final. Y los batallones de "Lucha Contra Bandidos" se enfrentaban a la más larga campaña militar de este siglo en Cuba.

Yo fui corresponsal de esa campaña. Un corresponsal que me convertía en fiscal para entrevistar a los bandidos, y también podía ser miembro de un pelotón de fusilamientos.

Carátula: JORGE CARROZZINO

© Libros de la Pupila

Distribuye: Arca Editorial S.R.L.

Colonia 1263, Montevideo - Uruguay

Queda hecho el depósito que marca la ley

Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay

Quiero decir de esta campaña, que para mí fue una fiesta, aunque extraña. Una fiesta leninista.

Resultó que en 1961 algunas lecturas me dejaron ardiendo el alma.

Alejandro Beck me llevó con "Los Hombres de Panfilov" y aprendí a conceptualizar la Patria y a fusilar traidores.

Con Isaac Babel cabalgué junto a la "Caballería Roja" y degollé rusos blancos, violé doncellas, oriné en la cuenca de los ojos de los muertos y supe cómo los cosacos hacían la historia de los poetas.

Al lado de Ernest Hemingway y su agente de inteligencia Robert Jordan en "Por quién doblan las campanas", no me detuve hasta el momento mismo de la muerte que otros hombres ya habían resuelto con la simple aceptación y reservando para sí la última bala.

Por su parte, Illia Ehremburg fue irónico y cruel y sagaz y sórdido en las notas de "España, república de trabajadores" y me abrió los ojos de espanto delante de la multitud.

Con Juan Rufo retorné a la América y soñé despierto al lado del fantasma "Pedro Páramo" mientras de una tumba del desierto se abría un surtidor de fuegos fatuos.

Y fue Pablo de la Torriente Brau, en sus cartas póstumas de "Peleando con los milicianos", quien me sacudió por las solapas y gritó: —¡Me voy a la guerra de España... a ver los bombardeos... a ver los incendios... a ver los fusilamientos!

Yo quería ver todo eso. Patria y muertos orinados. Historia y fuegos fatuos. Fusilamientos y agentes de inteligencia. Y no tenía que viajar a España, porque los hombres se rompían a pocos kilómetros de La Habana.

Me fui con las tropas del comandante Tomashevich. Y conocí su ejército de fábula.

Allí me creció la libreta de notas, y la barba, que hasta ese año de 1963 no me afeitaba.

EL SOLDADO CAZADOR

A la sombra de una palma enana, barrigona, te sientas tú, Ramón Treto Hernández, y te dejas caer, sin preocuparte por los arreos del soldado, fusil FAL, canana de balas, cantimplora y machete cañero. Sólo te queda esa boina verde y descolorida, y el revólver Smith Wesson que le quitaste a un bandido. Tampoco tienes los collares de santa juana, peonías y corojos secos, ni el hambre de las operaciones largas, ni el sueño interrumpido "por los fogonazos rente a la oreja", ni el incendio en lo de Morejón Martes. Gritos: —¡Bandoleros, bandoleros!—, y los camiones en el amanecer, el frío en la boca del estómago, el ceño fruncido del comandante, los combates trazados en los mapas ininteligibles, que quieren decir la loma de Limones Cantero, el río Manicargua, esta Sierra del Escambray, tu casa. Y lo que no tiene arreglo: el compadre Mario Jorge, que se quedó quieto sobre su sangre negra mientras tú clamabas por una ambulancia, un médico, un hospital, y ya no se podía hacer otra cosa. Esto es lo que tienes (no pienses más): una boina verde y descolorida, un revólver Smith Wesson, y esos relatos, noche a noche, día a día, que te gusta hacer y eres atendido, y que harás mañana y no puedo asegurarte la atención de los nietos, esta atención mía, de ahora, cuando te dejas caer a la sombra de la palma enana y comienzas por eso que dice: —El día que le partimos los cojones a Tomás San Gil, era un día como no habrá otro en la tierra.

EL CAMINO DEL MONTE

Este personaje hegeliano que se murió sin saber quién carajo era Hegel. La tumba común donde concluye su ciclo no dice el nombre. Pero se llamó Gilberto Rodríguez Ramírez, y le dio por el lado de la contrarrevolución. Aquí están sus confesiones, lo que dijo en la cárcel de Condado, de donde se escapó, para morir en el cerco de Manicaragua. Y cuentan los milicianos, que Gilberto disparaba al aire con su calibre 30, por no hacer daño, aunque el plomo se puso sato. Se llevó el alma atormentada que no supo apaciguar. Gilberto fue el único bandido al que Caballo de Mayaguara le dolió combatir.

Me encontré con amigos que me invitaron a beber. No quise aceptar. No tenía dinero para pagar la ronda que me tocara. Ellos eran Angelito Borde, Ciro Vera y otros que no conocía. Ellos pensaron que yo también sentía por la contrarrevolución, porque conocían de mi prisión por lo del sabotaje en el taller de mecánica en Playa Larga.

Y de pronto les dije que quería alzar me. Se miraron unos a otros y me preguntaron si iba en serio.

Después de mucho habloteo acordaron que Angel y Ciro me llevarán hasta donde estaban los alzados.

Me quedé en casa de Angel Borde, en Sancti Spiritus, y allí permanecí tres días hasta que un señor llamado Jiménez y su esposa, me llevaron en máquina a Banao, dejándome en la casa de un campesino.

Allí me visitó El Artillero (Isael Rodríguez), que se presentó con el grado de primer teniente, y segundo del entonces capitán Tomás San Gil.

Con Artillero, y otros que fuimos recogiendo por el camino, llegamos al campamento de La Guánabana.

Me armaron a las setentidós horas con un M-1, porque ya averiguarían mi conducta, y dónde y cómo fui recomendado de bueno, para ellos.

Así me hice alzado. Así la comencé en el monte, y a los tantos días fui nombrado sargento y segundo del Artillero, en premio a mi manera de ser, por mis conocimientos y responsabilidad.

De regreso al campamento que estaba en la zona de Alto Jobo, unos colaboradores informaron que la milicia había dado con el campamento y que para allá no podíamos ir. Decidimos quedarnos por esa zona de gente amiga, entre las casas de la viuda Loda, la viuda Andrea y los Torres.

Me refiero a setiembre de 1961, cuando éramos muchos y estábamos pasando hambre.

Hablé con Artillero y decidimos sacar de la guerrilla tres grupos y formar tres guerrillitas. Los jefes: Artillero, Carlos Accias y Peña. Cada una cogió un rumbo.

El grupo nuestro tomó por Gavilancito, caminando de día, y comiendo a donde quiera.

En Guayabo paramos en casa de un familiar de Artillero; él mismo fue a casa de otra conocida, a buscar unos quesos. Recogíamos la comida para asentar un campamento en esa zona.

Dos días después se aparece Artillero y dice de un tiroteo en Llanadas y de un miliciano muerto.

De ahí nos vamos para Las Peñas, ahora en casa de la viuda Ortega. Allí nos traen el aviso: Tomás San Gil y Osvaldo Ramírez estaban cercados.

En respuestas, decidimos atacar el cuartel de Llanadas.

Luego nos enteramos que era mal aviso. Osvaldo acampaba en Los Aromas y Tomás en Ceibabo.

Osvaldo se entrevista con Artillero y lo hace capitán y nos manda a hacer contacto con Pedro González.

Las cosas entre Artillero y yo no andaban bien, pues me enteraron cómo había sido la muerte del miliciano del cuento; era hombre desarmado y salió huyendo.

Le dije al Artillero que eso era una mala propaganda, que nos daba mal prestigio. Artillero dijo que fue el miliciano que había chivateado nuestro campamento. Yo dije que esos eran los hombres que teníamos que conquistar y convencer para la lucha.

Discutimos y Artillero dijo que yo era sentimental. La cosa no pasó de ahí.

Nos movíamos por la zona sin mucho problema, ¡hasta cruzamos la carretera!

Con un campesino nos topamos en una vereda y Artillero lo quería ahorcar. Decía que el hombre iba a chivatear. Me le impuse, le grité que no, que no lo podía ahorcar.

Artillero se engalló y dijo que me sonaba un tiro. Torrecilla intervino y otros más se pusieron de mi parte.

Estoy seguro que ese campesino se acuerda de mí cada día y cada vez que pase por esa vereda.

A Los Aromas llegamos el 14 de noviembre y allí conocí a Osvaldo Ramírez.

Osvaldo me mandó a buscar porque Artillero le había soplado que me quería desalzar y cosas que no eran y que nunca dije.

Osvaldo Ramírez me trasladó de guerrilla y me envió para casa de Mingue, donde Leonel Martínez.

A Los Aromas regresé como a los diez días, ahora con Leonel.

Osvaldo me saludó distinto que la vez anterior; él más amable, yo como siempre, serio y de poco hablar.

Después de tomar café, preparamos las hamacas. Osvaldo me dijo que pusiera mi hamaca cerca de la suya. Hablando y hablando se disculpó del accidente anterior, y me propuso quedarme con él.

Me dio grados de segundo teniente. Le llevaba los libros. Mi trabajo era trasladarme de una zona a otra tomando relación del personal, de armas y parque, de todas las guerrillas que operaban en la zona de Collantes.

Llevaba instrucciones. Las guerrillas debían ser de nueve hombres, si pasaban de esa cantidad, había que mover hombres y formar nueva guerrilla.

En ese andar los conocí a todos. Un tal Fernando, bajito, flaco, medio rubio. Andrés, negro, alto, fuerte, con polainas y espuelas, sombrero y melena larga, y así un montón más de guerrilleros.

Los informes y circulares de las guerrillas se los entregué a Osvaldo, en cuanto puse pie en el campamento de Los Aromas.

Osvaldo se me puso contento y dijo si tuviera cien hombres con las ideas mías, y responsables como yo, y que lo ayudaran como yo, y lo orientaran como lo hacía yo, sin interesarme nada, ni siquiera los grados, que entonces todo sería un paseo. Este fue el motivo principal por que Osvaldo me tenía afecto. A todos les ponía de ejemplo mi persona, él decía que todos allí eran unos ambiciosos.

Con él estuve hasta que me nombró segundo del capitán Guillén y fui para la zona de Manacal.

A los ocho días, Osvaldo visitó a Manacal quedándose con nosotros una semana.

Nos contó de la discusión con el ya comandante Tomás San Gil, y cómo después de esa bronca Tomasito cogió con sus hombres rumbo a Camagüey.

Osvaldo nombró entonces a Guillén de comandante y le dio unos treinticinco o cuarenta hombres bajo su mando.

Guillén me hizo jefe de una guerrilla de cinco, y conmigo, seis números.

Con esa guerrilla recorría las zonas de Cecho-lia, Ceibabo y Los Güiros.

En Los Güiros me dieron la noticia que Sumba Viera y su gente asaltaron un baile.

De Los Güiros hice la mejor zona del Escam-bray. Al principio hubo quien delató y vino la mili-ciada por tres veces, pero la pasamos bien. Tam-bién hacía mis salidas, a entrevistarme con el co-mandante Guillén, para resolver problemas del per-sonal de su guerrilla.

Oswaldo me había nombrado capitán desde ha-cía tiempo, pero Guillén no me lo comunicó hasta mayo.

Guillén le llegó a decir al primer teniente Nor-belio Torres, que a mí me querían y respetaban más que a él, que era comandante. Que yo a todo le bus-caba solución.

También San Gil me mandó buscar para traba-jar en su comandancia.

A la zona vino a verme mi hermano Andrés, quien me enteró de la muerte de mi otro hermano, el del ejército rebelde que murió en un accidente por carretera. También mi hermana Luisa y su ma-rido. Estuvieron dos noches y se fueron. Ya iba pa-ra veinticinco meses que ya no veía a nadie de la fa-milia.

El comandante Guillén me informó que debía organizar otras zonas, porque pronto vendrían más guerrillas y las zonas existentes ya se apretaban.

Y así hice la zona de Las Cuevas y luego la del Güiro.

En Las Cuevas recibí un mensaje. Me buscaba un tal Quimbo, con veinte hombres, que decíanse de la guerrilla del Congo Pacheco.

Mandé a investigar bien el asunto, no fuera ser cosa de los milicianos, pasándose por alzados.

La contesta fue que eran buena gente.

Me entrevisté con Quimbo y me dio las relacio-nes del personal. Le dije que dividiera su gente en dos guerrillas y pusiera al frente de la segunda al hombre de más confianza.

Quimbo me cedió dos M-52 checos, y acordamos estar en contacto.

En mi zona cooperaban muchos campesinos. Yo desconfiaba de un mentado Miguel Arbolay, que vi-vía al borde del camino.

Decidí hacerle una visita. A eso de las diez de la noche llamé y le dije que hiciera café para dieci-siete hombres, y sólo íbamos nueve en mi guerrilla.

Tomé café y conversé largo rato. Le brindé mi ayuda en dinero, medicina y en lo que pudiera otor-garle. Después nos fuimos diciéndole lo largo que teníamos que caminar. Y no era así. Yo estaba acam-pando cerca, en la casa del colaborador Blas Mo-rejón.

No recuerdo si pasaron tres días y ya pensaba que el señor Miguel Arbolay no daría cuenta de la visita. Me equivoqué. El sábado amaneció nublado de milicias.

En esta casa de Blas Morejón estuve de relacio-nes con T. A., mujer de Morejón. Después de dos años fue el primer contacto que tuve con mujer. Al tiem-po me dijo que llevaba un hijo, y que era mío.

Le prometí ampararla siempre y escribí un do-cumento por si algún día me pasara algo, que fue-se a donde mis padres y que ellos la ampararan. En ese papel le decía a mi madre que ella llevaba un hijo mío.

Yo hacía la posta el 4 de agosto de 1962. Era muy de mañana y siento una conversación de gen-tes. Corrí a dar la voz, recogiendo el campamento.

Vimos al helicóptero, volando bajito.

Dí las órdenes a mis subalternos. Prohibido disparar un tiro. Era mucha milicia y no podíamos descubrir la posición.

La retirada la hicimos bajando el arroyo, para no dejar rastro. Pensando y pensando, mientras corría, vi claro que Miguel Arbolay nos había denunciado y supuse estar cercado.

Entonces no podíamos seguir.

Donde quiera estaba la milicia.

Me subí a un tope y así mismo era.

A la gente les dije que no había manera de romper.

Nos quedaríamos allí bien silenciados, y sin movernos, aunque nos pisaran los pies.

A esconderse, dije. Desperdíguese en fila. Uno detrás del otro.

Pero prefería mantenerlos juntos, yo sabía que entre los muchachos había alguno nervioso, y pagáramos cualquier error.

La milicia nos hacía lejos de allí, creían que nos habíamos ido por el arroyo.

Pensé esperar la noche y buscar un lugar seguro. Un cabo pasó a menos de una vara de mí.

La milicia del lado opuesto hace unos disparos y el cabo pregunta y le dicen que no, que ellos no habían tirado. Enseguida el cabo da el alarma y dice que por allí habían dos o tres que estaban cerca de un charco. Van y se convencen que allí no hay nadie.

Entonces el cabo echa un responso a los milicianos, dice que fueron ellos los que dispararon. Y luego da orden de seguir hacia abajo.

Me volvió el alma al cuerpo.

El cabo está ahora al lado contrario del arroyo, y muy seguro de que nos habíamos ido por allí. Pero cuando el cabo roza por donde estaba Angel Cobiella, que es el hombre que situé en ese punto, por que era el más sereno y viejo en el peligro, le dispara al cabo.

No teníamos salvación. Tocábamos a cien milicianos por cada uno de nosotros. Le grité a la milicia que bajaran dos de ellos desarmados a prestarle auxilio al cabo, que serían respetados.

Lo pensé para aprovechar la oportunidad y cambiar de lugar.

Pero la milicia estaba escamada con las jugarretas de las otras guerrillas.

Respondieron con una descarga hacia donde yo hablaba.

Aquello parecía un aguacero. Rente a mi nariz se clavaron quinientos plomos.

El tiroteo acalló y supe que al Cobiella lo hirieron en una pierna y que él se remató con su M-52; que Eduardo estaba grave, con una herida en el pecho, y cuatro plomos regados por el cuerpo. A Vidal también lo hirieron.

Cambiamos de posición, arrastrándonos con cuidado, a Eduardo me lo llevé como pude, Vidal se podía mover bien.

Los milicianos hacían líneas de fuego, por lo menos en una hora y pico. Cada vez que daban alto al fuego, unos a otros se decían que allí ya no quedaba nadie, que ya estaríamos muertos.

Los milicianos no andaban despistados.

Dí orden de no movernos ni mover una hoja.

Mi única esperanza era que la milicia bajara a hacer reconocimiento y vieran los cadáveres de Cobiella y el cabo. Así pensarían que sólo era un alzado.

Nada de eso pasaba y el tiroteo seguía.

La verdad es que no puedo explicar cómo estoy vivo.

Eduardo y Vidal quisieron entregarse. Ellos podían hacerlo pero yo no podía entregarme. Yo era el jefe y allí estaría hasta que un plomo decidiera por mí. Les pedí que cuando le pregunten por el jefe, digieran que había huído.

Estuve un rato solo y pensando. Ví como recogieron a los heridos y a los muertos.

Aquellos habían sido mis subalternos, mis compañeros de tantos meses y momentos. Pensé cuál sería la suerte de los muchachos, que era una cobardía dejarlos solos. También pensé en la muerte, pensé que todos serían pasados por las armas, y seguía pensando.

Cuando se iban de allí, pasó un miliciano por donde yo estaba escondido. Lo llamé y me entregué.

Aquí se acabó mi carrera de contrarrevolucionario y no de bandido como me pusieron en el retrato, pues tengo veinticuatro años que los cumplo hoy, 13 de agosto de 1962, y nunca nadie puede señalarme por coger lo que no es mío. Nunca he ido a ningún cuartel, ni jefatura juzgado por robo o atraco. Por nada de eso.

EN EL CERCO

Los cocineros instalaron sus cacharras en una nave abandonada que enmohecía en el final del pueblo Limones Cantero. Ellos recolectaron la leña que traían en los camiones del convoy y también arrancaron pedazos de la nave, sobretodo, pedazos de puertas y ventanas, y nunca de los horcones, para que la nave no se desplomara sobre sus cabezas.

Yo hablé con un cocinero gordo, de cicatriz en la cara, tratando de conseguir un buche de café. No me dio café pero supe que él era capaz de preparar los calderos y las fogatas en quince minutos. —En dos horas despacho la comida. Carne, plátanos y arroz. O arroz y potaje. Café y dulce.

Luego vinieron tres niños de Limones Cantero y se plantaron frente a la fogata. Los niños no dijeron nada, sólo miraban al cocinero, quien soltó sus palabras: —¡Muchachos, muchachos!—, y cortó una gran tajada de carne de res, una carne bien roja y jugosa.

—Tomen, y váyanse al carajo, a molestar a otro lado, que aquí está la guerra de las personas mayores y puede haber tiros.

Los niños cogieron la carne y se fueron.

Regreso al caserío. No hay más de diez casas. Ahí viene a cerrar el cerco. Las casas son de madera y piso de cemento. Un cemento gris y fresco en los portales, que da ganas de dormir.

Los poblanos aprovechan la operación militar para vender frutas a los combatientes. Yo me hago

de una docena de plátanos. Unos plátanos que me sirven de desayuno. La mujer que los vende lleva puesto un jacket negro. Se lo digo:

—Mire que jacket tiene usted.

La mujer se ríe.

—¿Cuánto le costó?

—Cuarenta pesos.

—Oiga, cómo ha gastado plata, ¿dónde la consiguió?

—De mi marido, que está en el ejército de Camagüey. Escondió el dinero en un escaparate nuevo que mandó a hacer y ahí lo encontré.

Me voy con los plátanos a recostarme en uno de los frescos portales, a esperar que termine la operación.

Estoy convencido. Hoy los cazadores no agarrarán a nadie.

Por mi vista pasa uno de los radistas. Estos llevan un trabajo molesto. Los radios de campaña pesan 75 libras cada uno, más el peso de la subametralladora y los cargadores de balas.

Un cocinero llega corriendo y le dice al radista: —Corre la voz para que vengan los de la compañía cuatro a buscar su comida.

Suelto los plátanos y vuelo para la cocina. Allí me dan una papa cocida, en la mano izquierda, y un bisté, en la derecha. Empiezo a comer la ración, limpiándome los dedos en un charco del camino.

La tierra donde estoy es una tierra amarilla, compacta, húmeda, con pedazos de mármol que le sobresalen. Al rato comienzan a llegar los oficiales, según va terminando la operación.

Acordaron encontrarse en el caserío. Arriban cargados de tierra, sol y sudor. Con los ojos fuera de órbitas y dilatadas las aletas de la nariz: tragando aire de donde no hay. Llegan y se tiran en los portales, abren sus mapas para discutir la operación que termina.

Un tiro hecho accidentalmente y un cazador que ha muerto.

Ahora traen al que hizo fuego, se lo traen a los oficiales. El capitán Carbonell está que muerde.

—¿Cómo fue?, le pregunta.

El que disparó no sabe qué hacer. Es muy joven; llora y explica cosas.

—Era mi amigo. Dormía en la litera de al lado. Mi amigo.

—¿Cómo fue? —exige el capitán Carbonell.

—Ná. Vi una cosa que se movió y apreté el gatillo. A ese AKA se le van las balas sin que se pueda aguantar.

—¿Por qué no diste el alto? Eso se hace antes de disparar —le pregunta el capitán Carbonell.

—Yo lo maté porque creí que era bandido.

Intentó algo en su cerebro: —Uno no sabe de qué manera son las cosas, ¿eh? Hace media hora yo estaba peinado y tenía un par de botas y un AKA y hambre. ¿Me entienden? Esas eran las preocupaciones. Pero las cosas estallan, se van de las manos, como los tres tiros míos que lo mataron. Y ahora estoy preso, y tengo un muerto en mi cuenta, que no era bandido, sino mi compañero, el hijo de mi comadre... ¿Se lo podré explicar a mi comadre?

Carbonell ordenó que lo presentaran a la sección jurídica.

Estrellé contra la tierra el pedazo de bisté que me quedaba en la mano.

La operación ha terminado.

Dos de los oficiales se recuestan en el piso de cemento y enseguida quedan dormidos. Los veo y pienso que el sueño más respetado debe ser el sueño del soldado. El sueño de un soldado es sagrado.

LAS HAMACAS DE PINEO

Cuenta Pineo que pasaron siete días y siete noches detrás de la huella de los bandoleros. Al Señor del Cielo le bastó ese tiempo para hacer el mundo. Hizo cañadas, terraplenes, bajíos del llano, papayos, jutías cimarronas y el odio.

Y la huella era más que huella. Una provocación. Toda la manigua abierta al medio, un *abarallao* por donde pasaba el mayor camión. Y se perdieron siete días sin alcanzar los bandoleros.

Las botas soltaban la suela, que lo asegura Pineo. El estómago seco. El cerebro hirviendo. Y el *abarallao* caminando delante de ellos.

No perdían el paso. Pero sí la paciencia.

Ahí seguían los trece caminantes. Los trece con AKA al hombro. Y cruzaban la tierra de las piedras secas, los cañaverales pegajosos, el río de agua lamedora, la sabana de añojos sietemesinos y las praderas cundidas de ganado pinto.

Hasta que se terminó la huella, en un derrisco de mil metros.

Los bandoleros no portan equipo de vuelo, aseguró Pineo. El Valle del Silencio esperaba en lo fondo de la caída.

—Yo, el capitán Pineo, digo por boca de mi experiencia que esto es una celada.

El vacío a la espalda, la noche por el cielo y la manigua de única salida. La manigua donde la emboscada del bandolero se tomaba su tiempo.

Pineo pidió el tabaco de la reserva, porque iba a pensar la táctica. Se fumó el último que guardaban.

Y se despojó de la boina, de los cien collares de santa juana, de la carabina AKA, y se recogió la melena en un moño sobre la nuca, y se atusó la barba, aligerándose el cuerpo para que el cerebro le funcionara con espabilamiento.

La idea vino antes que cantaron los tres gallos.

No hay encerrona de bandido que valga con Pineo.

Sacaron sus trece hamacas de hilo verdeolivo, atando una con una, usando el nudo de rizo, y amarraron la primera punta, con el nudo *as de guía*, a la más resistente palma cana del derrisco, y la otra punta no la condenaron, sino que la soltaron, como un rabo de vaca en celo.

Y por ahí descendieron al Valle del Silencio.

Y ahí dejaron las hamacas.

Y cuenta Pineo que aún no se pudren, ni se pudrirán nunca, porque es la gracia de arrieros y cazadores de perros jíbaros, cabalgar el Valle del Silencio, a pelo de caballo, y señalar: ¡Ahí están las hamacas de Pineo al viento!

TARTABULL

Me deja ver una pistola con franjas rojas en la empuñadura. Me dice que era de su hermano y que ya no la usará más, porque él se la cogió.

Viven una casa de madera, en Cumanayagua, pueblo al borde occidental de Escambray. El tronco más fuerte es José Tartabull. Un tronco de cincuenta años.

—La vieja y yo hacemos un matrimonio bien llevado, como debe ser.

Marcelina Chacón se acomoda en un balance de caoba. Marcelina crió nueve hijos. Tres de ellos se inscribieron en las Milicias Revolucionarias. José Esteban, Evangelisto y Javier.

—Cada noche yo me acostaba y no dormía. Yo sabía que algún día mis hijos se iban a encontrar frente a frente —dice Marcelina.

La sala de su casa es pequeña y en una mesita de cristal humean las tazas de café fuerte, recién servido.

Las comadres de Cumanayagua envidiarán el porte de esta casa, de madera asedada con la azuela de José, de madera pulida con el detergente de Marcelina.

Pero supongo que las comadres de manta blanca serán buenas y hagan el signo de la cruz cuando se miente el apellido Tartabull, y que no se anden con envidias. Por misericordia.

Se ha terminado el combate. Un muerto para la banda de El Pipero. Río Negro se llama este pedazo

de ciénaga. Van saliendo de un cayo de mangle con las manos en la nuca. —El muerto de ellos déjenlo ahí, que se hunda—, dice un oficial. A los cazabandidos le hicieron dos; los cuerpos bocabajo, las camisas infladas, los brazos extendidos, el pelo empegotado, la sangre flotando y luego uniéndose al pantano.

—Uno de esos dos muertos era mi hermano José Esteban Tartabull. Sargento de Lucha Contra Bandidos. Murió lejos del Escambray, carajo. Allá en la ciénaga.

Habla Javier, el menor de los Tartabull.

—Iba a cambiar la posición. Le dieron dos balas. En el pecho le hallaron quemaduras de las explosiones de granadas.

La muerte de José Esteban fue lo primero.

Murió un soldado, se puede decir. Mueren los soldados y todos lo comprenden.

—Ese era mi hijo —dice Marcelina.

—Y aquellas reuniones de Rigoberto, con aquella gente de mal.

La Seguridad del Estado se ocupó de informar en la casa.

—Señora, su hijo Rigoberto Tartabull es un alzado.

—Esas noches, esas noches terribles de que le hablo —quise escaparme en la taza de café; de verla clavada en el sillón de caoba y sus gestos aún dulces; no aprendí a mirarla de frente. Esas noches terribles esperando que mis hijos se enfrentaran con fusiles.

En la fotografía José Esteban, el que murió defendiendo la Revolución. Y en el mismo marco, al lado, Rigoberto Tartabull, que cogió una Browning para matar la Revolución. Marcelina intenta explicarme: —Un hijo es un pedazo de pecho que ya no está y que hace falta y que duele siempre ahí.

TARTABULL

Me deja ver una pistola con franjas rojas en la empuñadura. Me dice que era de su hermano y que ya no la usará más, porque él se la cogió.

Viven una casa de madera, en Cumanayagua, pueblo al borde occidental de Escambray. El tronco más fuerte es José Tartabull. Un tronco de cincuenta años.

—La vieja y yo hacemos un matrimonio bien llevado, como debe ser.

Marcelina Chacón se acomoda en un balance de caoba. Marcelina crió nueve hijos. Tres de ellos se inscribieron en las Milicias Revolucionarias. José Esteban, Evangelisto y Javier.

—Cada noche yo me acostaba y no dormía. Yo sabía que algún día mis hijos se iban a encontrar frente a frente —dice Marcelina.

La sala de su casa es pequeña y en una mesita de cristal humean las tazas de café fuerte, recién servido.

Las comadres de Cumanayagua envidiarán el porte de esta casa, de madera asedada con la azuela de José, de madera pulida con el detergente de Marcelina.

Pero supongo que las comadres de manta blanca serán buenas y hagan el signo de la cruz cuando se miente el apellido Tartabull, y que no se anden con envidias. Por misericordia.

Se ha terminado el combate. Un muerto para la banda de El Pipero. Río Negro se llama este pedazo

de ciénaga. Van saliendo de un cayo de mangle con las manos en la nuca. —El muerto de ellos déjenlo ahí, que se hunda—, dice un oficial. A los cazabandidos le hicieron dos; los cuerpos bocabajo, las camisas infladas, los brazos extendidos, el pelo empegotado, la sangre flotando y luego uniéndose al pantano.

—Uno de esos dos muertos era mi hermano José Esteban Tartabull. Sargento de Lucha Contra Bandidos. Murió lejos del Escambray, carajo. Allá en la ciénaga.

Habla Javier, el menor de los Tartabull.

—Iba a cambiar la posición. Le dieron dos balas. En el pecho le hallaron quemaduras de las explosiones de granadas.

La muerte de José Esteban fue lo primero.

Murió un soldado, se puede decir. Mueren los soldados y todos lo comprenden.

—Ese era mi hijo —dice Marcelina.

—Y aquellas reuniones de Rigoberto, con aquella gente de mal.

La Seguridad del Estado se ocupó de informar en la casa.

—Señora, su hijo Rigoberto Tartabull es un alzado.

—Esas noches, esas noches terribles de que le hablo —quise escaparme en la taza de café; de verla clavada en el sillón de caoba y sus gestos aún dulces; no aprendí a mirarla de frente. Esas noches terribles esperando que mis hijos se enfrentaran con fusiles.

En la fotografía José Esteban, el que murió defendiendo la Revolución. Y en el mismo marco, al lado, Rigoberto Tartabull, que cogió una Browning para matar la Revolución. Marcelina intenta explicarme: —Un hijo es un pedazo de pecho que ya no está y que hace falta y que duele siempre ahí.

El marco con las dos fotos lo clavaron en la pared derecha, según se entra a la casa, muy pegado a la ventana. El marco es de cristal y lo adornaron con los colores de la bandera.

—Mis dos hijos murieron peleando por la libertad de Cuba. Uno con su idea y el otro con la suya.

El padre José Tartabull se limita a oírla y a pasar sus enormes manos en los brazos del sillón.

—Los de Seguridad nos hicieron un buen servicio. Mi familia fue la única que pudo velar su hijo alzado, en la funeraria del pueblo.

En LCB (*) sabían que aquel encuentro sería inevitable, el de los mulatos Tartabull, los de ojos chinos y cuerpo enmulado.

Evangelisto se incriminó como simple soldado y ya era segundo al mando. Y el otro, el Tartabull más joven, comandaba un pelotón.

Javier y Evangelisto peinaban monte en la misma compañía.

Sucedió el 20 de agosto de 1963, a las cinco y diez minutos de la tarde, cuando avanzaron las compañías.

—Tartabull está cercado —dijo un oficial.

—¡Tartabull! —gritó el mismo oficial—. ¡Tu compañía debe mantener ese paso!

Tartabull estaba solo. Ya su banda no existía. Aniquilada. Estaba solo con su bi-ei-ar, como le decían al pesado automático Browning.

Y él era buen tirador. Le sabía los secretos a la bi-ei-ar. Era el mejor tirador de bi-ei-ar del Escambray.

Un cazador gritó: — ¡Aquí hay una pistola!

—El bandido la perdió.

Tartabull reconoció la pistola con empuñadura de franjas rojas.

(*) Lucha Contra Bandidos.

—¡Guarden la pistola, que éste no es momento de estar mirando cosas! —ordenó Tartabull.

El sonido de las hojas secas pisoteadas. Una ráfaga de balas hacia la izquierda. Otra vez el ruido de las hojas pisoteadas y el centelleo de los fusiles automáticos; las balas girando locas en las estrías de los cañones y enseguida tomando una dirección recta en el espacio.

—Tartabull —llamó el instructor de la compañía— Tartabull, aquí hay uno.

—¿Bandido? —preguntó Tartabull y vio al instructor Osorio arrodillado al lado de un bulto.

—Bandido —respondió el instructor.

La operación se detuvo, guardando un silencio espeso. Tartabull fue hacia el instructor y el agonizante, tendido con la cara hacia la tierra como mueren los Tartabull, y la espalda ensangrentada que aún se movía en un lento compás de respiración.

Tartabull se arrodilló a su lado tomándolo por un brazo y virándolo en redondo. Se levantó, apoyándose en la FAL.

A Tartabull le alcanzó el tiempo, antes de morir, para abrir los ojos, y no lo hizo, cerrándolos como un puño. Dejó de boquear.

—Este era mi hermano.

Tartabull miró a todos y todos miraron a Tartabull.

Gritó una orden. —¡Seguir avanzando!

Alzó el brazo sobre la cabeza, entonces gritó de nuevo, tropezando las palabras con el buche de lágrimas: —¡Seguir, seguir avanzando!— y desde esa hora se mienta con certeza, en los malos corrillos, que Tartabull le disparó a Tartabull, y nadie lo desmiente, a punto de ser verdad su leyenda, porque en esa compañía no se conoció de otro fusilero con ojo tan agraciado para la FAL.

Que nadie venga mañana a juzgarlo.

Que nadie lo adjuvante.

Es hora de enterrar a los muertos, echar abajo las estatuas y quemar las fotografías amarillentas.

Los muertos no deben andar a caballito, montados arriba de los vivos de hoy.

Y los de mañana... que se cuiden de juzgar, porque los cercaremos, y les prenderemos candela a los cuatro costados.

LA CABEZA DE TOMAS

Biografía de Tomasito San Gil, la mano más dura de las montañas, tomada del periódico clandestino "Escambray Libre", (8 páginas impresas en mimeógrafo): "Tomás David San Gil Díaz, nació el 29 de diciembre de 1938 en la finca Ciego Ponciano, término de Trinidad, Las Villas. Cursó primeros estudios en la escuela *Niño Jesús de Praga*, teniendo que abandonar los mismos para dedicarse al comercio. Cuatro años después asumió la administración de una finca ganadera, hasta el día 14 de setiembre de 1960, en que se alzó en armas en la Sierra del Escambray para luchar contra la intervención comunista en nuestra Patria. Su gran valor y hermandad con sus compañeros de lucha, lo han llevado a obtener el grado de Comandante en Jefe del Ejército Constitucional de Liberación de la República de Cuba en armas".

Con Tomasito San Gil no era la vida para andarse con paños calientes. A su biografía se le sale por los poros lo de pichón de burgués. En la escuelita de curas, en el comercio, en la administración ganadera, y luego de tercer jefe de la Sierra del Escambray. Su cuna estaría adornada con lazos azules, escapularios, y tomaría la compota en pomitos bendecidos.

Que esas cosas de museo las debe guardar, todavía hoy, la Doña Berilde Días de San Gil, que vive en Sancti Spiritus, que insiste en dinamitar la Revolución y guindarnos el espíritu.

A lo mejor Doña Berilde conserva los primeros calzoncillos de Tomasito. Y estarán rotos en la portañuela.

Qué bragas gastaba.

Y los que estábamos del lado contrario a su vida, le sentíamos esas bragas como nadie.

Tomasito asocaba.

En marzo de 1962 lanzó su ofensiva general, y asaltaron pueblos, detuvieron trenes, pulverizaron escuelas, tirotearon milicianos, y castigaba aquí, y castigaba allá, y nosotros de honestos y nobles, como los bomberos, apagando el fuego que él prendía.

Dicen que inició su guerra en la finca ganadera de la biografía.

Tuvo las palabras con un funcionario de la Reforma Agraria. Se discutía por una tierra de más, que si para la Revolución, que si para San Gil, que si la tierra es del pueblo, que si la tierra la compré yo, y no el pueblo, y no jodas, y cuentan que siguieron las palabras. Y hasta piñazos.

—Me voy a alzar. Y si tú tiene valor, ve al monte a buscarme. Te estaré esperando —juró Tomasito.

A ese funcionario nadie le recuerda el nombre. Ni el color de la piel. Te estaré esperando, dijo Tomasito, y mi compadre pidió un traslado a su organismo de nivel superior para otro frente de trabajo donde sirviera mejor los intereses de clase.

A la tropa de cazadores le correspondió limpiar el mundo de Tomasito.

El Tomás bueno de la campaña, que así le decíamos a Tomashevich, preparó un cerco que no tenía para cuando acabar. Mucha casa quemó Tomasito. Mucha casa y mucha caña y mucha guagua y mucho sembradío.

Con la misma moneda le pagamos, partiéndole arriba con la infantería, los cañones, las tanquetas, los morteros, y se salvó porque los soviets se llevaron los cohetes atómicos de Cuba.

Marzo de 1963. La tierra tembló de *a veras*. Tomasito gritaba:

—¡Arriba, mis lobitos! —y dale que dale con su M-3.

La especial de combate se lució ese día con un fuego de primera.

El cadáver de Tomasito no pudo ser enterrado enseguida, por lo lejano del lugar, y el helicóptero se demoró en buscarlo. Su cabeza, expuesta al sol, creció como una burbuja de pellejo.

Y era la misma gente de todos los días, en esos montes, pero los rostros feroces postrados al último gesto, a la nueva configuración que produce un balazo en el órgano exacto, a la mosca que revolotea en la punta de la nariz y nadie espanta; esa impunidad que teníamos los vivos, sobre aquellos hombres que habíamos temido y habíamos admirado, secretamente, porque se escuchaba cada noche al que mata sin pedir permiso, y él estaba allí, el poderoso estaba allí, sin una pistola, sin un cuchillo, sin el movimiento de un puño cerrado, estaba allí con su estado mayor en pleno, que Caballo de Mayaguara se la hizo.

A Ernesto Fernández

El topógrafo coge su compás y hace un círculo sobre el mapa. Eso es un cerco. El cerco varía del mapa al terreno. Vienen en ayuda de la línea trazada por el topógrafo, los conocimientos de su tierra que tiene el soldado campesino. Este soldado campesino mira al comandante y al topógrafo.

Les dice: —Mire usted, comandante, por aquí no puede ir el cerco. Mire usted topógrafo, guárdese sus coordenadas y háganme caso. Esto es Limones Cantero, ¿no? Pues por aquí es donde tiene que cerrar el cerco. Por esta línea, que usted marcó no se puede, sencillamente no se puede.

—¿Por qué? —pregunta el topógrafo.

—¡Anjá! —responde—. Porque aquí está el cañón y ahí no podemos cerrar. ¿Entiende? Entonces el bandido se nos va en las narices.

El comandante dice: —Ah, si es verdad—. Y el topógrafo protesta: —Estos mapas de uno por cincuenta mil están muy viejos. Así no se puede vivir.

El topógrafo dibuja un cerco en su mapa, a veces redondo, o si no ovalado, hasta triangular, y también cuadrado. En la operación, esa línea de lápiz será cubierta por miles de hombres con separación aproximada de dos metros. Los oficiales disponen a conveniencia las ametralladoras de siete puntos y las V-Z.

Esto es operar en teoría contra el bandido, pero a la hora de la verdad, el bandido estará a la expectativa, bien parapetado y escondido. Su arma apunta, y escoge al miliciano del peine que más le guste. Si tiene valor, apretará el gatillo.

Habla un combatiente; de mi block de anotaciones, año 1963. Zona norte de Las Villas.

Hoy vi fusilar a tres bandidos. Un pelotón los retorció entre el polvo y las balas. La orden de fuego la gritaron a las doce menos cinco de la noche. No vieron un día más. Les apuntaron primero con los reflectores de los jeeps, luego con los checos M-52.

Ellos saltaron atrás, quedaron suspendidos en el aire y se doblaron hacia delante. Las otras balas no se incrustaron porque entraron sin resistencia muscular.

Uno de los tres ajusticiados movió los brazos después de la andanada. Los movía desesperadamente y trataba de agarrar algo en el vacío. Después me dí cuenta que trataba de protegerse de los balazos. Los plomos le atravesaron los brazos y se metieron en el cuerpo.

Tenía el vientre abierto y dentro brillaba la sangre espesa. Aún movía los brazos.

El jefe del pelotón se acercó pistola en mano a los cadáveres. Disparó tres veces. Las tres apuntó a las cabezas y en las tres hizo blanco. Cada vez que oprimía el gatillo, gritaba:

—¡Por Mario Jorge!

—¡Por Mario Jorge!

—¡Por Mario Jorge!

A una cabeza, a otra y a otra.

A Mario Jorge no lo conocí. No tuve tiempo de conocerlo. Una vez me hablaron de él. Creo que me habló Abad, con sus dieciocho años y el largo fusil belga engrasado, el uniforme verde olivo gastado, los galones de sargento y su frase de siempre mientras muerde un tabaco demasiado grande para su rostro: —Ya a mí los tiros dejaron de asustarme.

Abad, el que esta noche se me grabó para siempre en la memoria. Esa imagen de su estatura avanzando hacia tres hombres, gritándoles más alto que la explosión de su pistola, para que lo oyeran todos, aún los mismos ajusticiados y quizás también el amigo vengado.

—¡Por Mario Jorge!

—¡Por Mario Jorge!

—¡Por Mario Jorge!

Yo he andado mucho con Abad. Lo conozco desde hace dos años cuando se colgó por primera vez el fusil al hombro. Vivimos la guerra en las montañas.

Al principio era sólo el fusil al hombro. Luego Abad se colgó de la cintura una pistola. Era nueva. Americana. Infiltrada por algún lugar de la larga costa cubana. Se la quitó a un bandido.

El fusil y la ametralladora son más potentes que la pistola, sin embargo, con las pistolas uno se puede quedar aún después de desmovilizado, y se puede llevar siempre al cinto, limpiarla cada día, acariciarla bajo la almohada y dormir con la seguridad que dan nueve balas.

Una pistola en la cintura de Abad: conocimos el primer encuentro con la muerte; los alzados se destriparon en el choque.

Con los otros días vinieron más encuentros. Siempre decíamos a coro lo que nos enseñó el comisario Lazo, en la clase de filosofía: —La materia ni se crea ni se destruye, se transforma. ¡Hay que transformar la materia de los bandidos!

Ahora estoy seguro: fue Abad quien me habló de Mario Jorge.

Ese día que me habló tuvimos un choque con los bandidos. Hacía meses que perseguían a la banda de Esquijarroza (El Quijá, seis pies y medio, carnicero en el matadero de Iguará; todas las mañanas desayunaba un vaso de leche batida con sangre de res). Abad no estaba contento el día que chocamos con la banda de Esquijarroza.

—Chocamos con la gente de Quijá —me dijo—. No los cogimos a todos. Quijá se escapó. Ellos nos mataron a Mario Jorge.

Minutos antes de morir, el más joven de los ajusticiados pidió permiso para orinar. Estaba parado a la izquierda. Su compañero de mala suerte, el del centro, lo miró y le dijo:

—¿Orinar?, ¿para qué vas a orinar? Dentro de un instante ya no vamos a tener ganas.

Yo era el tercero en la formación del pelotón. Me sentía intranquilo al principio, cuando los iluminaron con los reflectores de los jeeps. Estuve intranquilo hasta que apreté el gatillo. No sé si lo hice antes o después de la orden de fuego.

TABLA DE MAIZ

¿Quién es este hombre que se desespera dentro del cerco de las tropas de Lucha Contra Bandidos? Corre, se agita. Viste muy mal este hombre. Lleva un pomo de grasa para armas colgado a la cintura, al lado de la cantimplora. Sus pertenencias son pocas, lo de más valor es el Garand y un pedazo de nylon.

Poco dinero en los bolsillos. Unos pedazos de sogas constituyen la parte final de sus propiedades. Como viejo bandido aprendió a recoger cada cosa hallada en el monte: cucharas, hilo, alambre. Siempre de algún uso en el futuro.

Este hombre que huye, escribió en la primera página de su diario: "Se alza Mario Bravo Cervantes... para la conquista de nuestra patria..."

Ahora él huye y se desespera. Los bandidos a su mando huyen y se desesperan también. Los agentes de Seguridad lo detectaron. La información pasó a manos del comandante Proenza. Los de Seguridad le señalaron en el mapa las lomas de Blanquizar en la cordillera de Boquerón. Proenza dijo: —Este hombre no se me escapa.

Ya no escribe. Hace mucho que su jefe Arnoldo se pudrió en la tierra. Mario Bravo huye porque esa es su técnica para vencer a las tropas de Proenza. Cada cabecilla tiene las suyas.

Hay los que tratan de "romper" apenas se ven cercados. Otros aguardan la noche y estudian el terreno, buscando los cañones, los pasos difíciles por

donde volarán. Otros se esconden, hundidos en la tierra, esperando que el peine "les pase por arriba" y huyen después que se levanta el cerco.

Mario Bravo es de los que prefieren esperar el "pase por arriba". Así vencerá a Proenza, así ganará un día más.

Proenza no piensa así. El es un guajiro grande y fuerte, de bigote fino. Dice los carajos a la manera de los osos, y sus hombres aseguran lo que lleva en la muñeca de buena puntería con la FAL. Los combatientes dicen de Proenza: —Es el enemigo de los bandidos.

Todo lo que le sabe al enemigo lo aplica ahora. Conoce a Mario Bravo y conoce que le gusta esperar "el pase". Proenza decide tomar todos los lugares dentro del cerco donde haya comida. —Ya son cuatro días de cerco, ya debe tener hambre—. Los cazabandidos tienen tres prisioneros, pero Proenza está que echa humo; le han matado a un miliciano y hay otro herido.

Los tres prisioneros confirman que dentro del cerco quedaron otros tres bandidos. Uno de los capturados se cubre la oreja con su larga y sucia mechina. La bala le perforó su oreja. Tapada con el pelo.

—Sí, nos faltan tres bandidos, pero tres bandidos que quieren comer—, insiste Proenza y se detiene en una tabla de maíz, de tallo vigoroso y hojuelas crujientes. —Ah, carajo, aquí mismo vendrán a comer.

Cae la noche y el cerco se sobrecoge, espera. Mario Bravo se anima con el silencio. Tiene hambre. Sabe que el cerco no se ha retirado y sólo tendrá que esperar unos días más. Piensa: —aquella tabla de maíz es para mí—. Y se imagina barras de pan recién horneados, emergiendo de la tierra. No le importa. Aprendió a comer granos como si fuera gallina. Sus manos tiemblan sobre los tallos, acaricia la espiga. En un momento los granos le llenaron la boca. Trata de gritar. ¡No puede! Tiene la boca llena de sangre y siente adentro como le bailan los

dientes. Mira desorbitado la mata frente a él y más allá los fogonazos de la V-Z que le encaja las balas en el mismo cuerpo. —¡Cógela toda! —grita el vezetero.

DIARIO DE MARIO BRAVO

Mario Bravo se portó mal delante de los hombres, porque los vezetazos en la boca no lo mataron y se salvó de milagro, lo que se dice salvarse un poquito, porque después lo llevaron al Bramadero, en cuanto le soltó a Seguridad los detalles que guardaba, y se fue a visitar a San Pedro de muy mal porte, con la quijada maltrecha, y los boquetes que fabrican en el Bramadero, aunque la quijada se le arregló bastante en el hospital, y ya no era aquellas tiras de pellejo blanco, con burbujas de sangre que le subían, y los dientes que le rodaban hasta el pecho, y el gemidito triste y lejano, cuando pidió un poco de agua y a ver cómo se la colaban en el estómago, y es en el momento que se porta muy mal delante de los hombres, porque le echaron el agua por algún hueco, y nadie lo mató a lo salvaje, sino que era prisionero de guerra y como tal se le trató y le fue comunicado, y entonces hizo la marranada, porque es verdad que no podía hablar, pero no lució correcto eso de querer besarle las manos a sus captores, y sus captores corriendo para que él no los tocara con aquella melcocha de boca.

Se debió morir en la tabla de maíz, para que dejara en el mundo su imagen de bandido, contrarrevolucionario y corrupto, pero macho, tal y como él mismo se pintó en su diario, que aquí les transcribo, sin quitar un punto, ponerle una coma, agregarle el acento o ponerle la ese donde le toca a la zeta.

“Se alza el cubano Mario Bravo Cervantes del batey de la línea Norte, Los Ramones Nuevos, y se

une al comandante Rolando Martín Amodia, en la provincia de Camaguey para la conquista de nuestra Patria, que tanta sangre costó luego para caer en mano de un anticubano gobierno Sovietico.

Ya tomada todas las ordenes del comandante en jefe Osvaldo Ramirez, se empiezan las operaciones en esta provincia, del Ejército de Liberación Nacional. nuestro frente se compone de nueve patriotas.

Empiezan las operaciones.

Primer trabajo.

Asalto a la mina de afalto, quedando destruida casi todas las obras, y cojimos tres armas que habian.

Segundo trabajo.

Fue una sorpresa por las Milicias de Castro, en el lugar conosido por Cayo La Yuca, donde tubimos un combate de Veinte Minutos, donde le dimos muerte a un Miliciano, y por nuestra parte un hombre herido.

Terser trabajo.

Fué otra sorpresa, en ese mismo lugar donde nos cercaron y nos dieron candela a loredondeo y nos ametrallaron por arriba y por abajo, quedando destruida la guerrilla, quedando nada mas que yo, y luego fui cercado en los Ramones, pero me le escape otra vez y me incorpore con, Arnoldo Martinez Andradez, como a los cinco dias para seguir luchando, preguntandome Arnoldo, ¿Mario que mando tu tenia en esa guerrilla, Livertar a Cuba es mi dever, sin anvision de clase y incluso estoy a sus ordenes son, mis contesta.

Primer trabajo.

El primer trabajo que realice fue con el capitán Ibrahim Cruz, comandado por Arnoldo Martinez, en Barro Amarillo, donde ocultamos seis armas.

Segundo trabajo.

En el pueblesito de Senteno donde ocupamos cinco armas y destruimos varias tiendas del pueblo.

Terser trabajo.

En las minas de afalto donde ocupamos tres armas y destruimos las nuevas obras que halli hicieron y se ajustisio a un chivato.

Cuarto trabajo.

En San Felipe digo en las Llanadas, destrullendole cuatro casas y obtubimos tres armas y se ajusticiaron a dos chivatos.

Quinto trabajo.

En San Felipe ocupando dos armas y tiroteamos dos casas y un carro de Milicias.

Al mando de Arnoldo Martinez, primer combate. En los Ondonez por la parte nuestra sin noveda por las Milicias dos muertos.

Combate en la loma de Caraballo cerca de Carrillo por la parte nuestra sin novedad por las Milicias dos muertos.

Combate en el Salto por la parte nuestra sin novedad, por las Milicias heridos.

Ajusticiamos tres chivatos en la cordillera de las Llanadas digo de Jobo Rosado.

En Monte Oscuro por la parte nuestra dos bajas y por las Milicias veinte y dos muertos, terminacion de combates y trabajos

Bajos las ordenes de Juan Alberto Martinez, trabajo y combate, susesor de su hermano.

En la curva de las Margaritas emboscada a las Milicias destrullendole el carro y cuatro bajas.

Trabajo en la Consepsion ocupando ocho armas y tres pare de zapatos.

Combate en el Trillon por la parte nuestra tres bajas por las Milicias ocho.

Otro combate en el Trillón, por la parte nuestra cuatro bajas y Juan Alberto herido pero fue rescatado.

VILLALOBOS

Puro siembra café y tiene algunas cabezas de ganado. Todos sus hijos son milicianos. Construyó trincheras alrededor de la casa y no permitió que los bandidos se acercaran jamás. Los hijos de Puro Villalobos capturaron al Congo Pacheco. Aquí todos somos cojonuses, dice Puro, y él cree en los hombres y en la tierra bajo los pies de los hombres. Puro coge la semilla y desmonta el laderío de la montaña. Apisona bien la tierra sobre la semilla y entonces espera por el agua. Puro cree en las nubes sobre la cabeza de los hombres.

Los bandidos cursaron más de una orden para eliminar a los Villalobos.

República de Cuba en Armas / Comandancia General / Sierra Escambray / Agosto 28-960
Capt Edel Montiel.

Estimado amigo y Compañero. alegrandome que al recibo de estas cortas pero sinceras lineas te encuentre gozando de perfectas salud al igual que tus hombres, por esta bien a dios gracias.

Edel despues de alegrarme estar unido en esta lucha contra el Comunismo que impera en Cuba y ver a hombres que como tu no titubea en dar un paso al frente para destruir a los traidores de la Revolucion mas limpia y generosa que a costa de lucha

y sacrificio hombres como nosotros logramos para nuestro suelo, tengo ahora la misma lucha que la vez pasada (UN CHIVATO) que quiero que me lo ahorque sin ninguna contemplacion porque me afecta mucho el nombre del sujeto es JUAN VILLALOBOS, es un Capitan de milicias, es de la zona del Junco, y como tu esta bien internado te será mas facil para sembrar mas respeto le pones en el pecho un cartelón que (POR CHIVATO).

Sin más queda de ti RESPETUOSAMENTE. / "CUBA SI COMUNISMO NO" / Sinesio Walhs Rios / Cmdt Jefe M.R.D.

Mi padre fue capitán mambí sin saber un número ni conocer las letras. En Rancho Capitán nació yo. A los catorce años el viejo me puso a cortar leña. Ganaba un peso y treinta centavos al día, de entonces seguí trabajando y no he parado todavía. Cuando tuve decinueve años, conocí a Eusebia Cristina, mi mujer. Mírenos aquí. No quedamos muy bien. Un mal fotógrafo. Ella estaba ajetreá porque fue al principio de hacer una finquita que compré y trabajábamos como burros.

Yo estaba entre los muchos quehaceres de Eusebia. Yo y los ocho muchachos chiquitos.

El padre mio crió nueve hijos y yo le gané en cinco más. Y siempre en la tierra. Siempre.

Mi padre y mi tío se ponían a conversar de la guerra cuando eran ya viejos, y yo veía que al viejo se le salían las lágrimas por aquí. Decían que los habían engañado. Eso era allá por el año 1920. Yo tenía buen conocimiento y entendía la conversación.

Al tío le metieron un balazo en la nalga y no se lo pudieron sacar y se quedó con su balazo y lisiado. Ellos decían: Los únicos patriotas, patriotas, patriotas, eran Martí y Maceo, y vaya, podían haber más, que ellos no conocieran, pero siempre para los dos hermanos, para mi tío y mi viejo, los patriotas eran Martí y Maceo. Ese era su sentimiento.

Tiempo hubo en que se hacían más de treinta y pico de desalojos en un mismo día.

A la zona de Crucesita fueron Manolo Villalón, que era representante, Santiago Rey Pernas, que es el padre del otro Santiaguito, el que iba a ser presidente de la República. Ellos ordenaban los desalojos.

Fonseca, un montero que ahora está en la granja El Mamey, era un niño cuando lo tiraron con la familia al camino.

¡Tremendo regajero de guajiros y tarecos en to el camino de Crucesita!

Venía el juez y la rural. Buscaban los mulos con sus arrieros, a la brava. ¿Cuántos mulos tú tienes? Dice, diez mulos. Ve pa'llá, pa tal lugar. A desalojar tus compadres.

Por Guiteras, que era ministro de gobernación, sentí mucho. Me acuerdo cuando agarró al americano por un brazo y lo sacó de gobernación y le dijo que él no se vendía por dinero. Fue una suerte conseguir su cuadro que tengo ahí.

Un día vino un señor, fue por los años cuarenta. Uno que era comunista y estaba huído. Me lo topé en el camino. Yo volvía de ver a mi padre que vivía cerca de Champucino, y me lo topé.

Batista era el que estaba en la batuta. Aquel hombre militaba en el Partido Comunista, del Socialista, como se le quiera decir. Hablamos mucho. Andaba él en una ropa mal *trajeá* y me dijo: Caramba, yo quisiera encontrar un rumbo para protegerme así en estos días. Yo le dije, venga para mi casa. El me cayó bien.

Luego me enseñó a decir burgueses. Yo nunca había oído esa palabra. La burguesía es lo más malo que hay en el mundo, me dijo. Esa es la que está acabando con el mundo entero. Figúrese, yo no tenía palabras en aquel entonces.

En mi casa no sé los días que estuvo. Le dí un poco de ripios para que se vistiera. Y no lo ví más.

Desde que triunfó la Revolución Congo Pacheco cogió por otro rumbo. Se hizo un descubrimiento de armas en Jibacoa y se decía que era el Congo quién las había *enterrao*. Lo apresaron y se mandó pá Santa Clara. Después lo soltaron, pero cuando lo soltaron, al rato se alzó. Y así estuvo hasta que lo cogimos el 12 de abril.

Resulta ser que el confidente de los alzados vino por la mañana a mi casa y me dijo. ¿Y la camioneta? Ese confidente era un sobrino mío. Dígoles: La camioneta está con José y Rolandito *pa'lla pa* Cumanayagua, que se le rompió una pieza y tienen que ir a Sancti Spíritu *pa* arreglarla. Era incierto, yo no estaba diciendo verdad.

El se fue. Yo tenía un miliciano que estaba bajo el dominio mío y que vivía cerca de la casa. Fui a buscarlo a su rancho y me dijo. Por aquí pasó el sobrino suyo, dice que iba a casa de Marrero a cortar malanga blanca.

Mira chico, le digo, estoy más que seguro. Los alzados andan por ahí. Casi seguro, le digo al miliciano del dominio mío.

Como a las once y media de la mañana regresó el confidente a la casa. Estábamos almorzando y yo dándole de lado. Entonces es cuando se me aparecen los muchachos con la dichosa camioneta. Se quedó blanco como el cocorí.

Y ya eran las cinco de la tarde y el muy condenado todavía estaba ahí. Yo ya estaba un poco subido y le digo con talante. Voy a afeitarme, y el dícame, bueno, ya yo me voy.

Cogí la navaja y cuando tenía la cara izquierda afeitada oí un disparo y detrás una ráfaga larga.

Mi amigo Julio Alberto y el pollón de catorce años estaban guataqueando un arroz y las balas cruzándoles por arriba.

Entonces yo cogí un fusil y los hijos otros fusiles.

Busquen a Mirandita, ese es el chofer del Ca-

ballo de Mayaguara, que andaba cerca, justamente por la casa que los bandidos tiroteaban.

A Mingo Castillo, que también estaba guataqueando, le metieron un balazo por la ingle.

Ibamos por el trillo cuando ví a un hombre cojeando y yo dije. Ahí viene un bandolero. El hijo me detuvo. No le tire, que es mi tío. Entonces yo bajé el fusil. Un poco más atrás venía el viejo Miranda, el padre del que yo digo, y le preguntó. ¿Mirandita no está en la casa? Y dice. No lo he visto. Yo estaba chapeando aquí.

Nos reunimos todos muenos Mirandita.

Entonces digo. Bueno, me llevo a Rolandito, a José y a Juan, aunque me falte Mirandita. Y tú Julio Alberto, te llevas al Miranda y a Salvador. Son tres buenos tiradores.

Yo sabía que los alzados estaban entre las lomas de piedra y las tuberías de agua. De ahí venía la plomacera.

Le dije a los otros. Ustedes van por atrás del cañaón, bien calladitos y suben hasta la casa de Ricardo, que yo le dije que hiciera unas trincheras y allí las tiene. No me suenen un tiro, cónjanlos por la espalda que ellos andan entretenidos con su tira tira.

Nosotros vamos a copar el cañaón. Cuando ustedes los sorprendan, no les quedará otro remedio que bajar al cañaón.

Cuando llegamos al cañaón, dispuse los míos a ocho varas a cada lado.

Juan se quedó en la casa, cuidando al herido, trancándole la sangre y lavándole la perforación.

Siento que gritan por la loma de piedra. ¡Por ahí van, por ahí van! Y le digo a José Villalobos, mi hijo. Sube un poquito pa'llí, a ver lo que grita Ricardo.

José de regreso, me dice. ¡Los alzados van para ahí!

Yo me acuyo en la tierra, con el fusil en el pecho, y veo entre la hierba y le digo a José. Coge el camino, coge el camino.

Cuando llegué al callejón los muchachos estaban fajados a tiros. Pututín, pututín. Los bandidos disparaban con Thompson y nosotros con metralletas y checos.

Viene un miliciano, que también estaba bajo mi dominio, Eufemio se llama, y me dice. Villalobos, ¿qué hago? Tú no sientes el tiroteo? Son mis muchachos fajaos. Bueno, pero ¿qué hago? Andate a la comandante, tú que eres más pollón, te paras en la puerta y dices. De parte de Villalobos, que tiene un miliciano herido, que lleven un jeep y que están embroncados con los bandidos. No digas más.

Y los tiros se acallaron. Eran las ocho de la noche cuando oigo que viene mi camioneta. Entonces José Villalobos me enfocó con los reflectores.

Puro Villalobos.

¿Qué pasa hijo?

Cogimos a Congo Pacheco y a dos más.

Digo ¿Qué va!

Dice. Si.

Llego a la camioneta y el hijo mío llama. ¡Pacheco! y una voz de alguien tendido en la tabla de carga, responde. Si.

Oye, Pacheco, aquí está el Puro Villalobos. Viejo Villalobos, ¿no me vas a dar la mano? Ay hijo, ¿y por qué no te voy a dar la mano? Tenía siete balazos y estaba acostado.

¿Qué le parece? Usted cayó en mis manos. Tantos buenos consejos que yo le dí a su mujer y a su hija. Y hasta fui con el comandante Curbelo a su casa, bien que lo llevé, por mis propios méritos, pá decirles a la mujer y a la hija que si el Congo se presentaba, su vida estaría garantizada.

Congo Pacheco me dijo. Bueno, Puro, no quiero más consejos. Lo que tiene que hacer es jalar por la pistola y matarme.

Los comunistas no matamos como matan ustedes, por gusto, le digo. Mira, ahí ustedes acaban de sonarle un tiro a un compañero mío. Bueno, no hables más viejo Puro, y mátame.

Después, le busqué bastante sacos para hacerle una cama, con sábanas limpias, que le hice atrás, en la camioneta.

G A G A R I N

—¡Yo no quiero propaganda! —me dijo Vidal San Martín Pacheco, a quien llaman Gagarin. La propaganda yo me la hago con el fusil.

No debe pasar de los veinte años y me apuesto diez pesos a que aún no se ha tomado veinte cervezas juntas. —¿Por qué te dicen Gagarin?

—¡Qué se yo! Cuando ingresé en la LCB me dijeron, "tú eres Gagarin", y así se me quedó el nombre hasta hoy.

Gagarin es bazuquero y asegura hacer blanco efectivo a ciento cincuenta metros. Explica: —El proyectil de la bazuca se nombra cohete, porque la bazuca en verdad se nombra *lanza-cohetes*.

Gagarin tuvo siete encuentros directos con los bandidos, sin contar las operaciones en que no hubo ni pena ni gloria.

—Con la bazuca yo choqué a la banda de Sumba Viera y a la de Chano Ibáñez. Esas son las que me da gusto recordar. La brava fue con Sumba Viera.

El Caba'lo de Mayaguara se arrastró por la hierba, molesto con el enjambre de balas que le sacaban polvo al viento por arriba de la tropa, y le indicó a Gagarin: —Están en las malanguitas aquellas, ¿qué tú crees?

—Yo tenía la bazuca armada, que quiere decir lista, con la carga impulsora y el cohete instalado; me la puse al hombro y busqué en la mirilla.

Hay que disparar con tranquilidad, tomando el ritmo de la respiración, echando al olvido las balas

El comisario Lazo era implacable.

—Guardia que se me enamore aquí, guardia que pide corriendo la mano de esa mujer.

El capitán Paneque no tragaba.

—Ven acá, marxista embotado, respóndeme una idea. ¿Quiénes mojarán a las mujeres? Si no lo hacemos nosotros, entonces los bandidos *se ocuparán de ocuparlas*.

Lazo no tragaba.

—Qué va, capitán. De eso nada. La política es la política, y aquí nadie me falla. Hay que dar un buen ejemplo entre la población civil. No permitiré que un campesino venga a decirme que un guardia cazador le durmió a la hija.

Y este era el problema, que los ponía mosqueados, de esa pesadez del cerebro y lo otro del cuerpo. De las armas había mucho que decir. Porque se portaban de todos los tipos. Lo mismo para cazadores que para bandidos. De comidas no había tanto, pero también se resolvía, con una lata de leche condensada, o de carne rusa, y ya el monte ayudaba, con sus matas de corajo, mamoncillo, tamarindos y mangos inmaduros, pero comibles. Lo mismo para cazadores que bandidos.

Tocado el punto de las mujeres, la guerra no era igualitaria.

A los bandidos les resultaba fácil. Lazo no iba con ellos. Ni iban con ellos esas ideas y principios que son precisamente las que defendemos con los batallones de LCB. La Revolución también es una

cosa decente, dicen. Y el bandido tiene su noviecita en este monte, y en la lomita aquella, y en la llanadita más abajo. ¡Cómo no las iban a tener, si los principios tullían los pantalones! Y hasta La Niña de Placetitas era de ellos, para estar ricos en esa materia.

Y los cazadores despotricaban contra ella, y de la tal Ana Belkis, bandolera de Matanzas, que su marido tiene una anécdota fea.

Ella conoció a Eleazar, un leñador de la Ciénaga de Zapata y se casó con él. Se alzaron juntos el 19 de marzo de 1962, y se unieron a la banda de Perico Sánchez.

Luego los capturaron. A ella y al maridito leñador.

Tres días antes de la tronada, el leñador quiso que su compañero de celda, y también de la tronada, le hiciera el favor por la espalda.

Se murió sin la última voluntad, porque el compañero de armas dio más gritos que en el palo del Bramadero. —¡Auxilio, que el leñador quiere que yo lo viole! —decía.

Ana Belkis se enteró. —Es una lástima—, respondió la muy gata.

Y esa anécdota gustaba. Porque los bandoleros salían perdiendo con las palabras. Sin embargo, en la tropa no había compañeras, ni la Sección de Suministros las buscaba. Y al soldado joven no le gusta la ceremonia de la iglesia.

Y en todo alrededor, sólo machos peludos, sucios, hurañotes, y hierros, y pólvora, y helicópteros.

Las únicas mujeres iban en los cuentos, en las cartas, y en los sueños. Y en las manos, que es lo peor. Le decían Manuela.

Esa es la mujer más mala. Lo deja a uno sonso y arrepentido. Pero es muy fácil irse con ella. Basta con un escondrijo y un buen recuerdo.

De esto de Manuela y los sueños, yo quiero hablarles. Porque me sucedió.

El cerco se estiraba por más de diez kilómetros. Se escuchaban los disparos salteados. Había luna de frío. Un sargento roncaba debajo de un mamey, a cinco metros míos. No se podía fumar. Las sombras corrían por el cañaveral. Y yo no podía más.

Ví la casetica abandonada del chucho de las pesas del central. Allí adentro me olvidé de las balanzas, de las libras, y del alto quien va, y de ese rafagazo corto, y se lo dediqué a todas las vírgenes y a todas las desfloradas y a todas las monjas y a todas las artistas del cine y a todas las que se vuelven locas por un uniforme de soldado.

LOS CONEXAS SOMOS GENTE MUY SUFRIDA

Ni le pregunté el nombre. Yo le había pedido unos mamoncillos que guardaban en la mata frente al portal de su casa. Allí estaba ella, la mata de mamoncillos, un caballo sin montura y una batea de madera.

—Los Conexas somos muy sufridos —dijo, sin que yo le preguntara. Por el camino venía un muchacho cargando una saca de carbón. Luego supe que la mujer siempre hablaba de lo mismo.

—Somos muy sufridos. Primero la lucha por la tierra. Y después esta guerra. A Juan Conexa lo ahorcó Osvaldo Ramírez. Y Luis Conexa murió a los tres días. No se sabe qué bandido lo hizo. A mi hijo, Pastor Conexa, lo acribillaron en 1962. Ahora Pastor tendría decinueve años. La noche anterior yo oí los disparos, y se me quedó *el sobresalto*. Por la mañana trajeron la noticia. Dicen que el combate fue con la banda de Chiqui Jaime. ¡figúrese!, quince años de edad. Sólo eso. Pero las balas no tienen misericordia.

El muchacho con la saca de carbón llegó al portal de la casa. Depositó la saca en el piso. —Voy a coger agua, vieja —dijo.

—Sí, mijo, vaya al pozo —y la mujer me hizo una seña, para hablarme al oído.

—El es de los Pérez. Se llama Alfredito Pérez. Esa es otra familia muy sufrida.

El muchacho regresó del pozo y antes de que se ocupara de la saca, le pregunté por su historia.

—Lo del muerto fue hace cinco años. El 26 de julio de 1961. Mi padre había trabajado la tierra

hasta tarde. Hasta eso de las siete de la noche. Los bandidos llegaron por la orillita del camino y llamaron a papá y dijeron en la casa que nos nos preocupáramos, que lo buscaban para hacerle unas preguntas. Al otro día a las cuatro de la tarde yo encontré al viejo. Lo habían guindado de una mata de cigüelón y ya tenía peste. A mí me impresionó mucho porque era mi padre el que tenía esa peste a muerto.

Y la mujer recordó mi petición cuando yo la había olvidado.

—¿Usted quería mamoncillos? No tenga pena. Llévase la mata completa, si lo desea.

FINAL DEL CONQUISTADOR

Día de arrancada. Nos levantamos para poder sacar la lancha. Quedamos fondeados en punto. Marea alta. Nos despedimos. Punta Presidente, Bahía de Manzanillo, Santo Domingo, 27 de diciembre de 1964.

Menoyo escribe la segunda nota en su diario:

Partimos. Zarpa lancha rumbo a CUBA. Buen tiempo. Día entero navega con tiempo favorable, pudiendo nosotros comer raciones de campaña cómodamente. Nadie se marea.

Y la tercera:

Lancha avanza promedio 20 MPH.

El reloj de Menoyo es un buen reloj. Un reloj plateado. Un Rolex de precisión. Luce muy bien en la muñeca. Guayabo dice: —Este reloquito me ha trabajado que da gusto.

Le digo a Guayabo que en breves días me entrevistaré con el dueño anterior del reloj.

—Ah, no deje de darle las gracias. Dígale a Menoyo que su reloquito me ha salido muy bueno, que da gusto —responde Guayabo.

Entrevisté a Menoyo un mes después.

Eloy Gutiérrez Menoyo. Un hombre flaco, de sonrisa amarga, fumar constante y ligero temblor en las manos. Así veo a este hombre que fuera cabeza de la contrarrevolución.

Cada mañana el jefe de la organización *Segundo Frente del Escambray* —Alpha 66 toma el desayuno en el comedor de la prisión de Isla de Pinos. Después se dedica a su labor diaria. El trabaja en

el ala frontal de la prisión, sacando con una escoba el polvo acumulado en las rayas del pavimento, y limpiando de papeles y colillas que las gentes tiran.

El hombre que barre escribió en la tercera nota de su diario:

Vemos costa. Más tarde, punto conocido. Imposible desembarcar por tremendos farallones. Decidimos hacerlo en Punta Caleta pues el mapa no es de fiar mucho. Indica lugar solitario, sin casas, pero con trillos cercanos.

Se sienta delante de mí poniéndose en guardia.

—¿Qué quiere?

—Hacerle una entrevista.

—Una entrevista... —se ríe y no me cree.

—Sí, una entrevista —le digo y le enseño el carnet de *Granma* y el de la revista *Cuba*. Una entrevista, ¿por qué no?

Sigue sin creermelo y dice: —Usted es de Seguridad.

Trato de convencerlo pero él se tranca. Empiezo hacerle preguntas sin que se convenza.

—Menoyo, ¿por qué usted vino?

—Yo era jefe de una organización en Miami, ¿no? Yo tenía que venir.

El 28 de diciembre, en un lugar cercano a Punta Caleta, el extremo más oriental de la isla de Cuba, las unidades militares y de contra-inteligencia hicieron el conteo de los materiales encontrados a un grupo de infiltración recién desembarcado:

Una planta transmisora T-22 AEG 5, una planta receptora, cinco docenas de baterías, cuatro paquetes de diez cajitas de alimentos concentrados, un motor portátil Zeus Electric.

Y al final del conteo apareció el lugar de procedencia de los infiltrados: en aquellas cajas de cigarrillos dominicanos dentro de las mochilas abandonadas.

Seguridad del Estado y Lucha Contra Bandidos inauguraron en ese momento la "Operación Jauco".

—¿Y cuáles eran sus planes?

—Después de mi infiltración, arribarían otros grupos más. En Santo Domingo se quedaron esperando veintiocho hombres, pero perdimos la planta transmisora y no pudimos hacer comunicación. En síntesis: crear la base guerrillera.

Este es el lugar del desembarco. La zona más despoblada de Cuba. 1732 habitantes divididos en 243 núcleos familiares.

La gente más pobre del país vive allí.

La tierra es estéril.

Y ellos son gentes pequeñas y delgadas y de piernas débiles y arqueadas.

Sus casas están fabricadas de papel y hojas de yaguas.

Ellos fueron quienes descubrieron el desembarco.

Luego persiguieron al team con toda la saña del mundo, como buscando la razón de tanta desgracia.

—Menoyo, ¿a qué atribuye su captura y derrota?

—¿Derrota? ...Perdí la iniciativa desde el primer momento. Los guajiros nos regalaban comida, y cuando dábamos la espalda, ellos salían corriendo donde la milicia, para avisar. La zona de allí está muy bien controlada por ustedes, y nosotros no lo sabíamos.

Era agradable la oficina donde lo entrevisté. Pintada de azul marino, buena ventilación, entradas de luz, y cortinas chinas.

Junto a mí se sentó el primer teniente J. Francisco López, jefe de la prisión, y el agente Jorge González, de la Seguridad. Ellos son los testigos.

Menoyo luce mal, triturado.

Los revolucionarios lo condenaron por traidor y después por bandido.

Los contrarrevolucionarios lo desprecian.

Cuando llegó a la prisión, dijo: —La situación en los grupos del exilio es muy mala. Los exilados quieren que se mate mucha gente en Cuba, para levantar presión con los americanos, y empujarlos a una guerra.

Después de eso, ningún prisionero lo saluda.

Los tres hombres que se infiltraron con él, tampoco le hablan.

Menoyo les teme, como a todos allí.

Se negó a ir al trabajo agrícola con los demás reclusos. —Es que me dan mareos.

Ahora cada mañana su tarea consiste en barrer aquella parte de la prisión.

—Menoyo, usted es un hombre vencido.

No responde de inmediato. Se ajusta los espejuelos en la cara y sonríe. Responde:

—Soy un hombre derrotado en el campo militar.

¿Qué hará cuando salga de aquí? Eso será en el año 1994. Usted tendrá sesentaitres años de edad.

—Si es en esa época, abandonaré las actividades políticas. Yo he hecho bastante por Cuba.

—¿Por qué usted dice "si es en esa época"?

—Nada dura tanto tiempo.

Junto con Menoyo se infiltraron tres más.

El primer teniente Noel Salas, el comandante Ramonín Quesada y el capitán Domingo Ortega.

Un hombre rubio que no sabe mucho por qué está preso, ni qué será de él. Y un hombre trigueño que espera grandes acontecimientos. —O nos sacan de aquí, o nos fusilan, pero no vamos a estar más tiempo presos. Y otro hombre, de mirada torva, que no habla, que guarda un pesado silencio, que quisiera destruirlo todo a su alrededor.

DIARIO DEL CONQUISTADOR

Menoyo me demostró que no vale la pena ser enemigo. La gente enemiga se consume de cerebro, y más aún si los guardan en prisión. Nuestra entrevista careció de gracia, peleados a muerte como nos pusimos desde el principio. (Yo soy periodista, dije. / No, usted es de la Seguridad, afirmó). Y yo que iba tan contento, pensando entrevistar un malo de los grandes. Ideólogos, que se llaman.

Menoyo me resultó igual que Mario Bravo. Agachado como un sapo en la conversación.

Y aquí está, para que él mismo hable, los fragmentos de su diario de campaña, cuando estaba de bravo en las montañas de Oriente, desde que desembarcó el 28 de diciembre de 1964. Hasta el penúltimo día.

Primer día

4 a. m.

Comienza el canto de los gallos y nos damos cuenta que estamos pegados a dos casas. Comenzamos la retirada con las mochilas. Dos raciones por cabeza. Agua para dos días y dos mil tiros para ser lo primero a esconder, ya que el equipo de telegrafía, *no obstante ser lo más importante (*)* no nos es posible por lo pesado de la planta eléctrica.

6 a. m.

Después de subir una loma, *manigua mala y diente de perro*, ya de día, escondemos el parque. Inspeccionamos la zona y después nos dedicamos a

(*) Los subrayados son de Menoyo.

estar atentos al lugar de llegada, que aunque no vemos, está cerca, y podemos sentir cualquier movimiento sospechoso. Durante la mañana sólo oímos hablar y cantar a los guajiros de las dos casas y todo nos pareció normal. Luego los sentimos cortar monte y los vimos muy cerca de nosotros. Comenzamos a sospechar que pudieran haber visto rastro de nuestra presencia en la zona. También por el trillo de la costa vimos pasar uno que nos lució con camisa de miliciano.

4.30 p. m.

Terminamos de comer las raciones y estamos esperando que anochezca para bajar donde dejamos escondidas las cosas que tenemos que poner a salvo, poco a poco, y con precaución de acuerdo a su importancia. De pronto sentimos sonar una laja de piedra y nos ponemos en guardia. Al momento, muy despacito, aparece el *primer miliciano*. Me apunta y me dá el alto. Yo palanqueo mi arma y él me dispara en el momento en que me lanzo al suelo. Ramonín y Ortega también le tiran y el miliciano cae al suelo, al parecer, muerto o herido, pues no tira más. Imaginamos que venían varios, pero nosotros sólo vimos uno. Cuando yo me tiré al suelo, Ramonín pensó que me habían herido, y aunque no de un tiro, me dí *tremendo golpe* en las rodillas. Apenas podía caminar. Como el lugar era tan malo y peligroso, después de descubiertos, decidimos, rápidamente, *dejar las mochilas y retirarnos ligero*. Sólo Noel salvó su mochila, pues en el tiroteo, él se la estaba poniendo. Nos retiramos, cruzando un camino, y después, *trepando un farallón que sólo a los alpinistas se les puede ocurrir*, pero de esa forma no dejábamos rastro y no nos separábamos mucho del lugar donde escondimos las cosas, ya que si no las ocupaban, las podríamos rescatar al otro día. Durante la noche no *pudimos dormir* pues el terreno es de arrecifes. Además, *el frío y el agua es constante* y sólo tenemos para taparnos el nylon y la capa de agua que salvó Noel.

Segundo día

8 p. m.

Comemos nuestra *última ración* y tomamos nuestra *última agua*. Toda la tarde y toda la noche nos movemos buscando una casa que marca el mapa, para ver que podemos abastecernos e informarnos. Seguimos durmiendo en el suelo, sobre arrecife, y bajo el agua, *con un frío inmenso...*

Quinto día

Horas de la tarde

Llegamos a una casa y comenzamos a observarla. Pero de pronto tenemos que marcharnos pues *llega la Milicia con un niño de la casa*. Caminamos rumbo a (Río Seco) y después de bajar un farallón vemos otra casa. Esperamos la noche y nos dirigimos a ella. Yo en el camino me pierdo, *pues todavía me duelen las rodillas y camino muy lento*. Ramonín y Noel regresan y me recogen. Llegamos a la casa y como siempre: la gente un terror pánico. Les mandamos que nos preparen comida para gente hambrienta y nos preparan un caldero de arroz con unos pedazos de pollo que desaparecemos como por magia. Después Noel le da a la señora unas pastillas para la tos y yo me quedo con el hombre recogiendo información de la zona. Me dice si pensamos cruzar el río. Desistimos pues se encuentra emboscada la Milicia. Igualmente custodiada está la tienda del pueblo y otros lugares. Nos despedimos. Luce a nuestro favor. Caminamos y acampamos para dormir cerca de la Tienda del Pueblo para mañana poder inspeccionar.

Sexto día

Horas de la tarde

Vemos en la Tienda del Pueblo muchos guajiros reunidos y la Milicia custodiando el camino. Llega un jeep y vemos como *un jefe de Milicia habla a los campesinos*. Ortega deduce, cosa que es lógica que les están pidiendo que informen cualquier ras-

tro nuestro. A un grupo de niños también les habla otro miliciano. Por el trillo, pegado a nosotros, pasan campesinos muy seguido, de vez en cuando también pasa un miliciano.

Vemos de pronto dos guajiros que también nos vieron. Les damos el alto y se mandan a correr. Ortega y nosotros les caemos atrás, pero al llegar a dos casas se nos pierden. Seguro nos delatan y decidimos retirarnos y tratar de ocupar el arroyo Caletica. En la retirada comemos guayaba y un coco que nos encontramos. Más tarde dimos en una finca con una mata de mandarinas. Dos hombres al parecer, nos vieron y empezaron a caminar como apurados. Debieron estar comiendo mandarinas, pues encontramos cáscaras en el lugar. No obstante, nosotros comimos varias y esperamos la noche para entrar en la finca para comer.

Estamos en el patio de la casa y avanzamos algo desconfiados, pues la luz está encendida pero reina un silencio total. Ortega avisa de pronto que detrás de nosotros ha escuchado voces. Nos tiramos al suelo delante de la casa y al momento a diez metros de nosotros comienza a pasar una larga fila de milicianos conducidos por los que comieron mandarinas antes que nosotros. Entran a la casa dando golpes y registrando por todos los lados. Nosotros brincamos la cerca y nos retiramos un poco. Caminamos largo rato. Más tarde acampamos en un potrero.

Séptimo día

Horas de la mañana

Amanecemos en guardia y decididos a no hacer ni ruido, pues esto seguro está repleto de milicianos. Nos trasladamos a un farallón que da a un río pues representa mayor garantía. De comer no tenemos nada, pero de agua hemos cogido de lluvia acumulada en pequeños huecos en las rocas.

Sentimos ruidos y de pronto veo milicianos delante de nosotros. Les doy el alto al momento que mis compañeros abren fuego. Los milicianos comien-

zan a gritar ¡*Están aquí... tiren a cercarles!* Y hacen fuego de todas partes, inclusive con bazookas. Ellos pensarán que sigamos rumbo oeste. Por lo tanto decidimos después de salir del cerco, hacer lo contrario y retroceder rumbo al río Caleta otra vez. Llegando la noche vemos en río Caleta una casa y grupos de milicianos pasando por ella. Bajaremos a comer, pues ya es muy difícil que pasen más esa noche. Más tarde conseguimos unos plátanos y los salcochó Noel. De esa forma, esperaremos a mañana para estar más seguros de que perdieron nuestra pista.

Octavo día

Pasamos el día vigilando la casa y todo está normal. Ya al oscurecer subió y paró en la casa la misma fila de milicianos que ayer vimos bajar. Después que se fueron bajamos nosotros y rodeamos la casa. Hablamos con un viejo que salió mientras dos mujeres y tres niños permanecían en la casa. Noel le habló como miliciano y le dijo que si sus compañeros no le dejaron ningún recado y el viejo respondió que no, que ni café quisieron tomar para que no les cogiera la noche. Después yo le explique la verdad y le mandé preparar comida. Como era muy pobre, sólo pudimos comer unas viandas y sopa de fideos con un huevo. Hablamos con el viejo y salimos confiados que era buena gente. Dijo llamarse "Evaristo" y nos informó lugares de milicias, donde él veía peligro, recomendándonos que nos cuidáramos mucho. Más tarde nos retiramos y les dijimos un rumbo falso al viejo, de donde pensábamos dormir y que estaríamos atento a su casa. *El manifestó que confiáramos*, que él era hombre responsable y que él sólo saldría temprano a trabajar en su maíz...

Noveno día

Horas de la mañana

Comenzamos a escuchar voces, pero un poco lejos. Poco a poco las sentimos más cerca y de pronto nos damos cuenta que *nos están cercando*. El viejito

"Evaristo", en vez de trabajar en su maíz, *buscó el rastro y nos delató*. El cerco lo están tirando en la forma siguiente: Ya el tope lo tienen ocupado, y los de abajo van subiendo al grito de ¡"PEPE"! y los del tope van marcando la posición respondiendo, uno de los del tope, al escuchar ruidos de nosotros, dice: ¡Los que están abajo que salgan! Entonces nosotros permanecemos sin hacer ruido y al rato comenzamos a caminar a cámara lenta tratando de ganar el tope. Ya casi en el tope rompemos fuegos para romper el cerco contra la Milicia que también abre fuego. Un miliciano lanza una granada y cae entre Ortega Ramonín y yo. Nos tiramos al suelo y al rato vemos que no hizo explosión. Han caído en el tope varios milicianos muertos, y al que lanzó la granada Noel le partió para arriba y lo mató a culatazos, rompiéndosele toda la mira del FAL telescópica. Comenzamos rápido la huida rumbo la costa, buscando llano que nos permita avanzar más rápido y salir de tanta milicia. Caminamos sin parar bajando farrallones el día entero, pero llegamos a la costa.

6: 30 p. m.

Cuando vamos a cruzar el puente del río la milicia nos da el alto varias veces. Al no responderle, comienza el tiroteo. Nosotros desviamos y en silencio cruzamos el río cerca de ellos. Al momento llegan los dos primeros *jeeps con refuerzos*. Más adelante en la carretera una pareja de ronda pregunta quién anda y nosotros no tenemos más remedio que abrirle fuego. Esta noche caminaremos sin descanso y sin parar. Hoy Noel se hiró una mano al darle de culatazos al miliciano y Ortega recibió un fuerte golpe al caerle una enorme piedra sobre el pecho y parte de la cara bajando una loma de arrecife.

Decimocuarto día

Aclarando nos retiramos del lugar y acampamos en una pequeña cueva donde cocinamos arroz y vianda que junto a la carne, azúcar y miel que nos queda, hace un succulento almuerzo. Decidimos a ca-

minar de noche por la carretera, ya que las lomas aquí no permiten avanzar mucho más.

12: m.

Estamos almorzando. Tenemos que pronto apurarnos, pues vemos que la *Milicia viene siguiendo el rastro*. Posiblemente chivateó el de la casa que pasamos anoche, o un guajiro a caballo que vimos hoy por la mañana un poco distante. Trepamos a lo alto de la loma por un cañón y emboscamos en el tope a esperar la noche de no ocurrir nada. Desde este lugar vemos "Playitas", lugar histórico donde desembarcaba JOSE MARTI. Nos da la noche sin novedad pues al parecer no dieron ni con la cueva.

6: p. m.

Comenzamos a bajar el tope rumbo a la carretera, pero a las once decidimos acampar, pues el río nos obliga a trepar unos *farallones que nos hace la marcha sumamente lenta y dificultosa*. "Ramonín" tiene toda la bota abierta y a cada rato parábamos para amarrarle una sogá y que pueda seguir.

Decimoquinto día

6: a. m.

Comenzamos a caminar y paramos a las 8 a. m. pues Noel quiere coserle la bota a "Ramonín" en forma rústica. Almorzamos el último pedazo de carne y la última azúcar. Sólo nos queda un ñame y maíz crudo.

6: p. m.

Reanudamos la marcha. Noel carga un saco de yuca al pasar por un huerto. Y en el camino para dos veces para cocinar y comer yuca.

Decimooctavo día

9: a. m.

Estoy de guardia y siento voces, una de ellas dice: ¡"EDUARDO", dónde los dejó ...? Y "Eduardo" responde: —¡Aquí! ¡Y cogieron para abajo! ... ¡Tremendo "Eduardo" este! Al momento pasan por

aquí dos milicianos y uno comenta: ¡Están por aquí! ¡Mira el rastro... fulano, llegate aquí y de parte del comandante que venga todo el personal de la K-1!

Ya el personal de la K-1 está por todos estos topes, pero la suerte que ellos han calculado que de donde nos dejó "Eduardo" al amanecer, nosotros caminamos más y nos buscan un poco por aquí y siguiendo rumbo a Imías. Almorzamos lechón y por la noche no podemos caminar, pues a Noel y a mí nos cayó mal, ya que tenía mal olor y nos *hemos pasado el día arrojando y con tremendo cólico*.

Sólo de vez en cuando alguna que otra pareja de milicia, pero nos buscan para abajo. El resto del día, de vez en cuando el helicóptero y nada más. Esperamos la noche para recoger información en una casa cerca de la tienda y comer, pues hoy sólo nos quedaba agua.

Vigésimoprimer día

Acampamos pegados al campo de aterrizaje, en unas maniguas, y aunque por lo ocultas, no los vemos. Durante el día escuchamos *como se posa el helicóptero*. El de la tienda nos informó que la milicia había traído tres perros alemanes para buscar rastro. Yo creo que por lo malos que son buscando serán rusos. Ramonín como todos los días nos lee una oración. En la tirada se pudo coger dos cajas de cigarro y en ese renglón es la vez que hemos estado más abundante. Hoy almorcé la carne rusa y la encontré mejor de lo que esperaba. Las casas están siendo ocupadas por *pequeños grupos de milicia*.

6: 30 p. m.

Nos damos cuenta que estamos casi dentro del campo de aterrizaje. Escuchamos toser y hablar distintas postas, casi unos pegados a otros. Salgo yo a inspeccionar pero tengo que esconderme rápido pues viene un camión parando cada unos metros. Como por aquí es imposible cruzar, decidimos continuar marcha y tratar por donde teníamos pensado.

9: p. m.

Nos dan el alto al cruzar una cerca y *caemos en emboscada*, formándose el tiroteo pero nos retiramos rápido y más tarde cruzamos la carretera por debajo de una alcantarilla y cerca de la posta que registra los carros. Paramos a tomar agua de coco y más tarde cruzamos el río con mucha corriente, y ya al cruzar la cerca que da al terraplen. De nuevo alto, y otra vez tiroteo y retirada para cruzarlo más abajo, pero llegando vemos milicias. Están cada diez metros. *Decidimos retroceder*, ya que es imposible cruzar las dos cercas a los lados del camino, con milicia situada. Emprendemos rápida retirada, a cruzar de nuevo la carretera antes de que la cierren. De nuevo el cruce del río, etc. Pero llegando, ya vienen dos camiones soltando grupos cada varios metros. La luna está llena. Así que el tiro aquí, es seguro que sonará.

11: p. m.

Se lanza Noel a cruzar la carretera corriendo y detrás Ortega. Suena el alto. Comenzamos a cruzarla Ramonín y yo. Después de la carretera un *gran terraplén* totalmente limpio que conduce a una loma de piedras y aroma. No hemos comenzado a penas a correr. Comienza el tiroteo. Y esta vez de todas partes. Corremos tratando de ganar la loma y lo logramos rápido.

Vigésimocuarto día

Noel nos cose las botas pues ya las de todos están descosidas. Buscamos lugar de donde poder observar la casa y camino. Ayer en varias oportunidades nos voló por arriba el helicóptero.

1: p. m.

Ortega de guardia ve pasar *muchos milicianos por el trillo* y momento antes les escuchó decir: —"Orlando, que bajen todos— ... Al parecer estaban en la casa a la que nosotros pensábamos bajar.

Llegamos a una casa abandonada por mucho tiempo. En efecto: la milicia ha estado, pues se han comido todos los cocos y vemos mucho rastro. Podemos coger agua y plátanos que Noel salcocha y que por ser el primer bocado de hace rato el estómago lo agradece. Dormimos aquí mismo pues estamos que *el cuerpo no da más*. Pensando en las emboscadas del día diecisiete recordábamos, y ahora le damos crédito a Ortega, que en la noche del dieciséis bajábamos por una cañada donde en una aguada encontramos latas abiertas en el día. Cerca, a Ortega le pareció escuchar ruidos, y más tarde desde un tope escuchó: "¡Bajaron!", y otro preguntó ¿Viste?

CACERIA DEL CONQUISTADOR

El duro de Guayabo, que debe ser gallo fino para las mujeres de Imías, me relata:

—Yo insistía a cada momento, llamando la atención de los oficiales, hasta que convencí a uno, al más bragado soldado de Moa-Baracoa. El teniente Augusto Caballeros.

—Explícate —me pidió Caballeros.

—En lo de El Cuero no hemos buscado mucho, Caballeros. Esa es la zona más bruta de Cuba, con sus cañones y desfiladeros que gritan odio. Si ellos no están en El Cuero, entonces no están en ningún lado. Se esfumaron.

Caballeros pidió permiso para hablar con los comandantes.

Uno de los comandantes dijo: —Esto es lo último que hacemos. Dale, Caballeros, ve con ese Guayabo y prueba a ver qué pasa.

Menoyo escribió la nota final de su diario:

5:00 p.m. Llegamos a La Aguada y nos damos tremendo atracón. De aquí a la noche no llega nadie. Comeremos de nuevo plátanos y otro día más que se nos arregla. Mucha agua y mucho plátano y por la noche tratar de cruzar el camino del otro lado a ver si los despistamos.

Guayabo se olió la cosa. Caballeros preparó una patrulla bien bragadita, con caminadores de ley, y apertrechados de automáticos.

Caballeros dejó que una compañía marchara delante y revolviera bien la Aguada.

Después dijo: —Adelante, mi gente.

Menoyo, Noel, Ramonín y Domingo se hundieron en la hierba y esperaron que la compañía siguiera su camino.

Caballeros se dijo: —El enemigo mira adelante y yo estoy *adetrás*, y avanzó a lo gato con su gente.

Noel sí presintió a los de Caballeros; se volteó. — ¡Carajo!, gritó Caballeros y de un salto cayó sobre Menoyo.

Atrás saltaron los demás y se abrazaron en una pelea a mordidas y piñazos. Menoyo logró lanzar una granada pero no explotó porque tenía puesto el teipe de seguridad.

—Menoyo, el teniente Caballeros lo agarró a usted a piñazos.

—Hubo piñazos de todo el mundo —responde. De nosotros también.

Allí vinieron a recalar todos los milicianos de la región. Rodearon a los infiltrados y quisieron fusilarlos enseguida. A duras penas logró Caballeros que los prisioneros llegaran con vida al Estado Mayor. Luego las armas se dispararon al aire.

Finalizaba la Operación Jauco. Los combatientes lucían barbas de un mes, las ropas descosidas y harapientas, los zapatos sin suelas, sin brillo. A Guayabo lo cargaron en hombros, lo apretaron, vinieron a buscarlo en un gran automóvil del Estado Mayor y le obsequiaron una semana de vacaciones en la Playa Siboney. El Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Raúl Castro, lo premió con el reloj de Menoyo.

Y ahora en Imías, cuando Emilio Pérez Frómeta, alias Guayabo, va caminando por la acera, o a caballo por la calle, la gente dice: —Ahí vá Guayabo—. Y Guayabo saluda con el brazo del reloj.

Menoyo no recuerda a Guayabo, ni su bigote afinado, ni el pelo reluciente de grasa. No lo recuerda pero yo le digo: —Guayabo me dio un recado para usted.

—¿Guayabo? —y repite el nombre, para que yo me crea que él no sabe.

MONGO TRETO

Mongo Treto es poeta y no lo sabe. Llega caminando de abajo del monte. Sube hasta su casa en la punta de la loma. Es flaco, no es la imagen que yo creía. A fuerza de hablarme de él, mi imaginación dibujó a otro hombre. Pero Mongo Treto es flaco, desdentado. Viste un desarrapado uniforme olivo, machete y gorra. Mira su finca y dice: —Con esa tierrilla yo tengo bastante; son tres cuartos de caballería.

Después descubrí la poesía de Mongo Treto, cuando llenó sus manos deformes con un puñado de semillas de cedro. La semilla del cedro es como un ala de insecto, fina, volátil, del tamaño de la uña de un niño. Mongo Treto las tiene en sus manos. Bien llenas sus manos de esa semilla. Las esparce en la mesa y las acaricia. —Semillas de cedro, semillas de cedro—, murmura. Mongo Treto sembró trescientos cedros en los alrededores. Mongo Treto es sembrador. Mongo Treto dice: —El cedro es una madera noble.

Me toma del brazo y me lleva hacia la puerta. Repasa sus dedos por la puerta. Es una madera negro-carmelita, rugosa al tacto. Mongo Treto dice: —La sembré en el cuarenta y cuatro—. Luego enseña el techado de la casa, los horcones, las ventanas; son de la misma madera. Mongo Treto explica: —Yo sembré ese cedro en el año cuarenta y cuatro, con mis mismas manos. Lo sembré en el cuarenta y cuatro que fue el año de la gran seca. Ahora ese cedro es mi casa.

Toda la casa de Mongo Treto no es de madera de cedro. Las paredes son de mampostería, y de

una mampostería gruesa, capaces de resistir las balas del Garand. Bajo las ventanas hay aspilleras; los cordones de electricidad pertenecen a la Sección de Comunicaciones del LCB. Es mitad cuartel, mitad hogar. Así se la hizo el LCB. Mongo Treto sembró arbustos a todo alrededor. —Es que me gusta vivir en el monte—. A Mongo Treto los bandidos querían arrancársela.

Así andaba por las operaciones: uniforme de milicia, una cartera de cuero repleta de tabacos hechos por él y la metralleta al lado de la cartera. Mongo Treto es de ahí, del Escambray y él le sabe mucho a esas montañas. —Yo nací en el año veinticinco, cumpla cuarenta y uno. Casado, con dos hijos. Ramón Treto Fernández es mi verdadero nombre, natural de Manicaragua pero fui criado en el monte. Mi madre cogió un rumbo, mi padre el otro y yo por otro. Esa fue la infancia. Me hice desmochador a los diez años. Mi única novia es esta mujer, la señora.

El cedro demora quince años para tener sesenta pulgadas de diámetro. Es delicado pero luego fuerte. Suelta todas las hojas en invierno, hojas chiquitas y largas. La semilla del cedro se debe sembrar desde abril hasta octubre, cuando la tierra está húmeda. La semilla viene en una vainita que rompe con la primavera. El viento esparce las semillas. Nacen mejores las que caen a la sombra.

Mongo Treto vino en el vientre de una mujer y el monte lo lleva de su brazo, loma arriba, loma abajo. A la sombra y al sol. Nadie sabrá nunca que existió este poeta de la manigua.

Mongo Treto sirvió a la Seguridad. Fue de sus primeros hombres en la lucha contra los bandidos. —Para buscarle información al monte ahí está Mongo Treto—. Mongo Treto no tiene pistola; usa un cuchillo muy afilado. Una vez se consiguió del bandido muerto, aquel revólver de tan malos recuerdos. Fue a probarlo delante de la tropa. Ninguna de las seis balas se dispararon. Mongo Treto tiró el revólver y exclamó: —¡Me cago en Dios!

Los de Seguridad recuerdan cuando Mongo Treto asistió a las clases de Instrucción Política. El maestro hablaba del comunismo y Mongo Treto estaba embelesado. Le gustaba mucho que no hubiera dinero, ni jefes, ni bandidos. Al final de la clase pidió la palabra.

—Compañero maestro, yo quisiera hacer una pregunta.

—¡Como no, compañero Treto!

Mongo Treto afiló su mirada, iba a introducirse en un complejo problema: —Compañero maestro, si ese comunismo que usted dice es tan bravo, tan bonito, entonces usted me quiere explicar... —Mongo Treto cruzó los brazos sobre el pecho— ¿para qué estamos construyendo el socialismo éste que nos cuesta tanto trabajo?

Mongo Treto hizo el primer trabajo de infiltración que se recuerda en el Escambray. Su hermano, Gilberto Treto, alias Nichí Macá, se alzó en el año 1961. Mongo Treto lo persiguió por todo el Escambray hasta que lo halló. Regresó a todo correr y pasó el informe a las fuerzas de Milicia. Ese mismo día le lanzaron el cerco. Mongo Treto se paró frente a su hermano y le preguntó: —¿Tú no eres guapo?—. El hermano guardó silencio. —¿Tú no eres guapo?—, repitió Mongo Treto y el hermano volvió a guardar silencio.

Mongo Treto exploró caminos, interrogó bandidos, descubrió campamentos. La gente lo llamaba el "teniente Treto" o "Mongo el de la ge-dos". Por eso aquella medianoche los bandidos le tendieron la emboscada, en el firme de la montaña.

Así venía Mongo Treto por el trillo. A trecientos metros la muerte esperaba en las carabinas de los bandidos. Mongo Treto conocía los secretos del Escambray: —el Escambray es muy misterioso, uno habla y se oye muy allá—. Aquella noche oyó el traqueteo, el murmullo del monte. Se detuvo sobre sus pasos y apagó el tabaco. Una banda de garzas se elevó sobre él. —Cuando la garza se arrebató

de noche es que hay gente o perros...— meditó Mongo Treto y no caminó un paso más. Trató de escudriñar en la oscuridad. Se dijo: —Esas garzas se asustaron porque allá delante hay gente... y son gente mala.

Mordió su tabaco apagado, húmedo, y se sentó al lado del trillo, con el checo M-52 a su lado. Se repitió sus viejas palabras: —Todo el que lucha por una revolución tiene enemigos.

Esperó tirado en la hierba hasta que surgieron los primeros claros del día. Agudizó el oído y oyó los pasos a pocos metros delante de él, que se alejaban.

Se levantó cuando a sus oídos no llegó ningún sonido ajeno al monte. Entonces caminó por el trillo y allí en un recodo vio la hierba aplastada, con la conformación de los cuerpos. Mongo Treto prendió su tabaco, aún en la boca, y dijo:

—Jé, ¡a Mongo Treto no hay bandido que lo madrugue!

EL BANDIDO MAJA

El día 4 de setiembre de 1964 a un viejo se le crispaban los poros adentro de un cañaveral, con los ojos desorbitados, a cada paso los jirones de la ropa trabándose en los tallos, tan delgado que él era, noventa libras, la cuarenticinco colgando hasta las corvas, polainas altas de montero y sombrero barato de paño negro, y en la copa del sombrero la imagen metálica de la Virgen de la Caridad.

Era José Campos, rodeado a los cuatro vientos por las tropas del comandante Proenza.

Y esto de José Campos es de sobra contado en Corralillo, su zona de movimiento, de cuatrero, que le dio por alzarse contra Batista en 1958, y de cómo envió a su hijo Martí al Escambray. —Localiza a Ché Guevara y dile que reconozca nuestra guerrilla—, fue la misión que le encargó.

Ché Guevara desconfió de las actividades de Campitos, por eso Martí regresó del Escambray acompañado del teniente rebelde Guillermo Llabre.

—Usted no viene de jefe. El jefe soy yo ¿de acuerdo?

Llabre no discutió la jefatura. Su objetivo era inspeccionar la guerrilla de Campitos.

—Ese teniente cuela la nariz en todo, averigua demasiado y anota cada cosa —se quejaba Campitos, impedido de sacrificar sus reses de contrabando, y descuerarlas. Llabre no pudo disfrutar de la victoria sobre Batista y Campitos informaba: "El com-

pañero Teniente Llabre, mártir de nuestra gesta, murió en un encuentro con las fuerzas enemigas". Le dispararon por la espalda.

—Viejo, nadie le cree el cuento y Ché Guevara quiere tener un conversado con nosotros. Parece que a alguien se le engrasó la lengua. Mejor nos perdemos para el monte, que en definitiva el monte es lo nuestro.

Campito, a secas. Y su grado, comandante.

Comandante Campito, de las bandas contrarrevolucionarias en Matanzas.

—Es el hombre-majá —aseguraban los Testigos de Jehová—. Campito puede jugarle sigilio a los comunistas porque se convierte en majá, o se convierte en perro, o se convierte en gallina. Dios lo ayuda y protege.

En un mes se planificaron veintisiete operaciones contra Campito. A los cazadores no les gustaba regresar con las manos vacías. Ni un majá, ni un perro, ni una gallina, nada traían. Veintisiete operaciones contra Campito, así que en setiembre de 1964, su grupo y el de su hijo eran los únicos que se movían en Matanzas.

En el mapa, Proenza señaló a sus oficiales de Estado Mayor: —Sabemos que Campito anda que-mando en tres zonas. De estas tres barajas, hay una que nosotros no hemos jugado. Vamos a probar ahí. En esa zona del central Mercedes, pegadito a Colón.

El primero que no supo respirar más fue Martí, quien disparó con su M-3 provisto de tubo silenciador. Los milicianos no veían la boca que disparaba tantas balas que los estaban matando. Era como la peste negra, pero más fulminante y arrancando de cuajo la carne y los huesos. Hasta que alguno vio una candela que no acostumbra a salir sola de

los cañaverales, y advirtió: —Desde aquel costado hay un hierro que nos está perjudicando encalladito—.

Le echaron una de plomos a Martí que le dejaron la cabeza vacía como una cáscara de huevo.

—A buscar ahora la cueva de ese majá atrevido.

Madrugada del primero de setiembre de 1964.

A pocos metros de la zona cercada cruza una línea de tren, por donde trafica una *chispita*. Los operarios de la *chispita* pidieron hablar con un oficial.

El teniente Tamus los atendió. —Teniente, mire usted, nosotros veníamos así y al pasar por el puente de Benavides vimos unos hombres armados abajo de ese puente.

El puente de Benavides estaba en el lado opuesto de la dislocación de las tropas. Tamus informó a Proenza las noticias.

—Eso es una mala información —dijo Proenza— ellos quieren desviar el cerco para el puente de Benavides. Los bandidos están aquí adentro y no allá.

Proenza remachó: —Que la operación continúe como está planificada.

A cada rato me pregunto en qué habrá pensado Campito cuando ya no le quedaban hombres a su banda, ni el hijo vivo, ni aliento de los Testigos de Jehová.

Proenza pegó el helicóptero a seis metros del cañaveral y el chorro de viento separó las hojas y los tallos y la banda completa se vio muerta y al descubierto.

Menos Campito, que andaba por otra esquina del cañaveral, ganándose el nuevo grado de capitán

araña, que manda la avanzada por delante y él se queda atrás.

Y es ahí donde me pregunto qué habrá pensado y hecho, apretando los ojos y el cuerpo y el deseo para convertirse en majá, o en una mosca, o en cualquier cosa que lo dejara salir de allí, haciendo cara de estreñido, en ese momento que sonó un disparo solitario y Proenza dijo: —Allá adentro se suicidó un bandido.

Comentaba el soldado, al regreso de la faena:

—Ya no es más el hombre majá. Ahora es el bandido alacrán, que cuando vio la candela cerca se mató y se mató con su mismo aguijón.

TESTAMENTO EN PAPEL DE ARROZ

Afuera del campamento, que está en un borde del pueblo, la calle central se va hasta el otro extremo de la Sierra, cruzando el cementerio de paredes mohosas.

Ahí la lluvia llama en la caja que ocupa Ramón García, mientras lo hunden en su sitio, manchándose con hilos de fango la madera desnuda, sin banderas.

El jefe de la Escuadra de Ceremonias ordena a sus siete números y a los dos enterradores civiles: —Posición de atención.

Adentro del cementerio no hay otra gente para oír las descargas de fusilería, echadas a las nubes de manera dispareja, porque apenas este es el quinto muerto en combate que entierran.

—Le toca al Himno Nacional —dice el jefe de la escuadra.

—Oiga, jefe, el Himno Nacional va después. Ahora le corresponde a La Internacional —explica un soldado, abriendo la recámara caliente de su FAL.

—He dicho que el Himno Nacional va primero. La Internacional es muy larga y le toca a lo último. Póngase en posición de atención, y cante.

—*Me mato, no por cobarde*, dejó escrito a los hombres este Ramón García que entierran de apuro por culpa de la descomposición.

Me mato, no por cobarde, sino porque tuve que dar un arma a un alzado. Y me siento abochornado de las cosas. Le pido perdón a la Patria y a mis

compañeros y a Fidel. Y quiero que hagan por mis hijos. Llénenme para Manicaragua, a enterrarme allá donde están mis padres. Mis hijos no tienen la culpa de esto. No le quiten nada. Que viva Fidel y sus compañeros.

Y lo firmó: Ramón García. Con su lápiz mocho, de carpintero. Grabada cada letra en el reverso de una bolsa de arroz de cinco libras.

Nunca se supo cómo los alzados le arrebataron el checo M-52. Ni el tiempo que anduvo colgando del jagüey. Con el testamento de única pertenencia en los bolsillos.

INFILTRADO

No puedo decir su nombre verdadero que es de consumo interno para la Seguridad del Estado. Hay que limitarse al nombre de guerra. David.

—Tengo treinta años. Antes era cercador en la parte de Santa Lucía, también picaba caña elefante, en trocitos, y con ella hacía forraje de ganado.

Le pregunto sobre la familia.

—Estoy ajuntao y tengo dos hijos. Once hermanos vivos y tres muertos. Eso somos.

—¿Tenían alguna tierra?

—El viejo se hizo de tierra de una forma graciosa. Se ganó un premio de seis mil pesos en la lotería. A la semana se ganó otro premio de setenta pesos. Después el viejo cambió una *altofónica* que es como un tocadiscos, pero muy viejo que se mueve con manigueta. Mi padre cambió esa *altofónica* por una novilla que le parió siete terneros. Vendió los terneros. Reunió entonces todo el dinero y compró cinco caballerías de tierra.

—¿Sembraron la tierra?

—La tierra no era buena, pura sabana. Un lugar de mucha piedra donde no hay vegetal y la hierba es gruesa y el ganado no se la come.

—Después del problema de los bandidos y mi *infiltración*, yo le dije al viejo "entregue toda esta tierra y las treintaicinco reses. Usted no la necesita. Sus hijos están casados y yo tengo trabajo. Usted no tiene problemas".

Desde que llegó la Revolución la gente de Balilo, que era de por el barrio, empezó a enamorarme con la idea de la guerrilla. Una noche me dijeron: —Mira, tú sabes que nosotros no podemos ser comunistas porque los gobiernos comunistas son de esclavos...

Yo me quede así, mirando. El siguió hablando: —Somos un ejército libertador, ¿te ponemos en la lista?

—Sí, ponganme en la lista —les dije, porque ya en ese momento yo comprendía lo que era la Revolución. Yo le había preguntado al padre y él me respondió. —En el comunismo todo es común.

—Yo de la Revolución conozco poco, bueno, puedo decirle cuándo murió Martí, pero no recuerdo la fecha de la muerte de Maceo y de Agramonte. Esas son las cosas de la Revolución que me cuesta trabajo recordar.

—Lo que sí sabía era que tenía mi tierra y que había que cumplir la ley. Eso me gustaba y por eso me apunté en la lista del ejército libertador de ellos. Para hacer lo que hice después.

A Balilo le aniquilaron la banda. Y él se escapó de milagro. Con el Chino la Fiesta. Ya Balilo estaba en posición de desventaja. Balilo pensó que sería bueno que yo me alzara con él y me envió el recado con un familiar suyo. Yo lo informé a Seguridad y ellos me hicieron un entrenamiento de tiro con Smith Wesson calibre 38. A los pocos días Balilo me esperaba en casa de sus familiares. En lo último de la manigua. Lo descubrí debajo del sombrero tejano. Usted es el hombre, compay, me dijo. Yo sé que usted no cree en muertos, ni en comunistas. Y le respondí. Yo no creo ni en mi madre. Balilo se puso ciguato. ¡Eso es, así me gusta!, exclamó. El Chino la Fiesta ni me dio la mano.

La primera parte del camino fue desde el llano, desde el valle, busca y busca el firme de la montaña, busca y busca el monte; dejando atrás el campo limpio para encontrar el monte tupido. Yo recordé las instrucciones. Averigua colaboradores. Averigua planes. Averigua rumbo. Trata de informar para lanzar un cerco... si no puedes informar, que el muerto lo pongan los bandidos. Y en la noche del 28 llegamos al firme de la sierra. Después y al costado de un recodo apareció un bohío, con las bases de cemento y los horcones de caoba. Balilo golpeó la puerta con una piedra. ¿Eh, no tienen algo de tomar aquí?, gritó. Para usted, siempre. Para usted una botella de cinco años, dijeron de adentro. Entramos y alrededor de la mesa, el dueño de la casa descorchó una botella. ¿Por qué tan callado?, me preguntó Balilo. ¿Por qué tan callado desde hace rato? Y yo dije. Jefe, comprenda, no es fácil esta vida. Yo me pregunto, ¿y qué haremos después? Balilo se encogió de hombros. ¿Miedo ahora? Y después quiso animarme. No se preocupe mi nuevo guerrillero. Mire, venga acá. Me tomó de un brazo, alejándome de la mesa. Mañana a estas horas estaremos de operaciones, más arriba aún, donde hay menos peligro. Desde ahí reorganizaremos la guerrilla. No temas, recuerda que tú serás de mis primeros oficiales. Y exigió. ¡Venga esa botella! El Chino la Fiesta se la alcanzó. ¡Toma!, me dijo.

Pasaron tres días con sus tres noches y ya era el último día del año 1962. Balilo había dicho que esperaríamos el año nuevo en unas cuevas cercanas. Siempre llovía. Estábamos en la base guerrillera de Balilo y yo recordaba nombre por nombre y kilómetro por kilómetro cada elemento de la vida del bandido. Balilo traía en su mochila unas inyecciones y las repartió entre los tres. Son americanas, para que la lluvia no haga daño, dijo. En aquel campamento sin techo, bajo los eucaliptos, recibía-

mos la comida y el ron que traían los colaboradores de una finca cercana, por el Alto de Gibara. Si tuviera techo estaríamos como en los hoteles de La Habana, decía Balilo. Los colaboradores también llegaban a veces con informaciones militares. Supe que Balilo contaba con quince colaboradores.

Y ya lo conocía todo, pensaba. Lo conocía todo y era el último día del año.

Desde la tarde llegó una neblinaza imposible. Esa noche no esperamos el año nuevo. Balilo y el Chino amarraron sus hamacas *entempranito*.

Ahora a dormir, ordenó Balilo. Yo tendí mi lona, en la tierra, cerquita de la hamaca de Balilo. Y calculé. No habrá claridad hasta muy entrada la mañana, sólo un sol de verano puede rajar esta neblinaza.

Tenía frío. Prendí un cigarro y vi que ellos dormían. Malos soldados, de sueño pesado, dije.

Me levanté de la lona, con cuidado. Ya tenía el Smith Wesson en la cintura. Tengo ganas de orinar, dije a la clara. Ellos no dieron señales de oírme y traté de orientarme para buscar una salida.

Tiré el cigarro. Fue imposible evitar el ruido de los pasos contra la hojarasca.

¿A dónde vas, traidor?, me preguntó Balilo.

Salté a su izquierda y no vi dónde cubrirme. Me volví frente a Balilo y recordé el revólver y caí de boca, pero con el revólver en la mano. Los primeros fuetazos no sonaron como en el campo de entrenamiento. Me saltaba la hojarasca en la cara.

El Smith Wesson cabeceaba. Sólo contaba con seis balas. Ahora Balilo no estaba de pie frente a mí. El Chino se despertó con los ojos desorbitados, y cayó con esa misma expresión, asiéndose del aire y sin saber cómo había muerto también.

CERCO DE ROCAS Y FUEGO

Los hallaron de casualidad. Dos cuerpos, como si se dijera un pedazo de tela o una paletada de arena. Colgaban de la misma sogá.

—Eh, Piscooo.

Abandonó la comida que le preparaba a los puercos. —Yo soy Frías— se presentó uno de los hombres que acompañaba a su hijo. Portaban armas de seis modelos distintos. —Soy Everardo Díaz Brunet, pero me dicen Frías. Nos encontramos a tu hijo por ahí, tumbando mangos. *Lo usaré de práctico*—. Pisco dijo: —No lo lleven a él, llévenme a mí—. Entonces le sujetaron los brazos a la espalda. Frías hizo una señal. Los alejaron de la casa. A un kilómetro, Frías se detuvo. —Aquí—, ordenó. Uno de ellos zafó la mochila y extrajo su hamaca. Desarmó la sogá de la hamaca. Tiró una punta a la rama de la ceiba mas fuerte. Las dos puntas colgaron. Frías señaló el muchacho.

—¡Ahórquenme a mí, coño, que él tiene dieciséis años!—, dijo Pisco. —No te preocupes, que a ti también. Todo es cuestión de tiempo—, lo calmó Frías. —Ahorita vendrán los milicianos—, aseguró el muchacho. —Jum, difícil que los milicianos vengán por aquí si ustedes no los sirven de práctico—, concluyó Frías y chasqueó los dedos. Pisco vio las piernas asiéndose en el vacío, buscando un apoyo que no fuera el cuello, moviéndose como látigo, y de pronto las piernas no buscaron mas apoyo, aquietándose a poco. —¡A él no, a mí sí!— repitió Pisco. Y lo amarraron del otro extremo de la sogá. Tendió

los brazos. —Ahora—, y Pisco se abrazó al hijo mientras lo iban.

El cañón de la M-1 de Floro Camacho dio de canto en una roca caliza. —Sío, cuidao!— pidió alguien en lo negro. —Ya lo sé—, respondió Floro Camacho. —...esa música... esa música...— Se colaban los bajos y el golpe de cencerro. El capitán Herrera Tito había dicho: —Estos son bandidos viejos y la zona está cundida de cuevas y rocas grandes. No deben peinar los batallones, evitando la bulla. No hay que darles tiempo de esconderse. Sólo peinará un pelotón silencioso.

—¡Por aquí!— ordenó Floro Camacho.

LCB taponeó las entradas y salidas de la cueva, porque la cueva corría y se ramificaba durante cinco kilómetros, horadando las vetas de un mogote. Lanzaron granadas, arrancando esquirlas de la *fragmentación* y del mogote. Luego el silencio. Proenza aseguró: —Ellos saldrán de todas formas—. Los bandidos podían elegir las posiciones de defensa. Los choques se producirían en la oscuridad. —Esperemos aquí afuera, que ellos saldrán de todas formas.

Y así pasaron los días y los bandidos ya no sabían qué día era.

—Se está muriendo—, advirtió Floro Camacho. Se arrimaron a Frías. —Me apuntaron bien. Me estoy muriendo. De la nariz se me sale un líquido gordo y caliente, que ustedes no lo ven, pero yo me lo siento—, dijo Frías. —¡Entréguese— gritaron, y la música después. Floro Camacho buscó a tientas la cabeza de Frías. —Se pone endrungue—. Se acomodó la carabina en los muslos. —Te has muerto, y con buen entrenamiento, acostumbrado desde aquí abajo a la oscuridad—.

—Ay, virgencita—, rogó un bandido, a la otra noche, por la peste. —Floro, Floro—, llamó el sargento Ordoñez. —Floro, escúchame. Entrégate. Es mejor para ti. ¿Tú oyes bien?— Se acalló la música.

ca. —Floro... —dijo un bandido. —Bueno, pero una sola cosa—, accedió Floro Camacho. —¡Eh, eh! —llamó. Los cazadores se arrimaron a la roca. —¡Floro! —respondió Ordoñez. —No nos entregamos, oíganlo bien, pero sáquenlos el muerto—. Proenza estuvo de acuerdo. —Aceptamos ese trato. Que saquen el muerto—.

Primero una mano, después un filo del rostro, y la voz para terminar: —Ahora saco el muerto—. Los cazadores le sirvieron comida y agua. —¿Y Floro dónde está? —preguntó Ordoñez. —Adentro. El dice que no se entrega—.

Y sí se entregó. Lo sacó su gente, tomado de la mano. —Yo no me quería entregar—, dijo. El cadáver de Frías lo montaron en una ambulancia. A Floro lo entiesaron en el Bramadero. Se comportó flojito. Los otros se salvaron en un pelo. Ahorita andan libres por la calle.

Luego los cazadores propusieron que se condecorara a la banda del ejército. Por tocar once días sin detenerse. Pero los cazadores no tienen condecoraciones en su Reglamento.

LA HUELLA AL REVES

Carlos Campanioni López. Veintitrés años. Con uniforme azul de los presos en proceso de rehabilitación. No tenía crímenes. Estuvo con Floro Camacho "adentro de la cueva que le pusieron música".

—¿Y tú estuviste en la cueva?

—Estuve.

—¿Y cómo era allí adentro?

—Allí adentro yo tenía un Springfield.

—¿Y qué hacían con la sed?

—Tomábamos pasta de diente. Nosotros teníamos una docena de tubitos. La lengua se ponía gorda y clorofilada.

—¿Y cómo se moría Frías?

—El se quejaba mucho. Yo estaba a su lado y lo toqué pensando que era otro. Si llego a saber que es él, no me le siento al lado. Le sentí la tiesura.

—¿Y a qué olía?

—La cosa era de moscas y carne dulce. Un cristiano muerto es terrible. Cuando nos entregamos, ya el cadáver tenía sus punticas blancas.

—¿Y de Floro Camacho?

—Floro llevaba la mano descompuesta, con mucho pus en toda la mano. Se la tuvieron que cortar en el hospital.

—¿Y qué tipo de ropa preferías en el monte?

—La ropa oscura era mejor.
 —¿Y cómo la conseguían?
 —Con los suministros, con los colaboradores.
 Ellos nos daban la ropa nueva.
 —¿Por qué le gustaban los sombreros Stenson?
 —Esos sombreros son fuertes, duraderos y lucen muy bonitos.
 —¿Qué hacían para no ser descubiertos?
 —Muchas cosas, cantidad de cosas. Caminábamos regados para no dejar rastros. No brincábamos cercas de alambre para impedir que chirrearán. No fumábamos en los días de sol. No partíamos gajos en los campamentos. Cuando llovía, andábamos de espalda y así marcábamos las huellas al revés.
 —¿Y en los últimos meses qué pensaban?
 —Ya queríamos escaparnos de todas maneras para los Estados Unidos. Esto no tenía solución. Eso lo hablé yo una vez con Clemente Aragón.

MI CAPITAN

Con este capitán yo iría a cualquier lugar del mundo, a incendiar praderas y castigar botellas de ron.

Este capitán es un zoquete que le parte a los problemas por el centro del corazón. No hay que vivir de palabras blandas, ni se debe preguntar cómo hubiese actuado en la sociedad anterior, la de los burgueses, porque ésta es la revolución de su propiedad, la que le enseñó algunos rudimentos de justicia, para que el peje grande no se trague al chico, y es cierto que no quiso oír las razones de la Agrupación Agrícola Estatal, la de los obreros y campesinos, cuando sucedió esto que no me acaba de explicar bien, que si no tiene tierra, o que tiene muy poca, o que anda enfermo, o que desea vivir mejor, o que necesita dinero.

Pero rompió relaciones con la Agrupación Agrícola Estatal.

—Vine para la casa. Hago trabajitos de arar la tierra a los vecinos, porque está la obligación de alimentar a los hijos que la mujer me dejó —y señala a su alrededor media docena de gentes que van desde los niños hasta los hombres—. Me dejó para irse con la muerte, ¡qué cosa!

Era Eladia de Hurtado. Nunca tuvimos una palabra más alta que la otra. Cuando iba a salir Eladia me preparaba el bulto, con la ropa planchada y almidonada. No me preguntaba ni a dónde iba, ni por cuánto tiempo. Sólo me recordaba: —Cuídate, que la familia te espera.

Era de cara caída, ojos negros, pelo bueno y me daba por el pecho. Al mediodía de la faena aquella, me llamó: —Andrés, trae a los muchachos, que ya me acabo.

Los muchachos vinieron, entonces los abrazó y los besó y se quedó como una palma.

Espacía las palabras, que le salen pastosas y musicales. Su manera de decir es la del buen cuentero, y sonrío, buscando la aprobación del escucha, porque está muy convencido de lo que habla. —Son cincuenta años de vida y llevo canas.

El machete le cuelga, ajustado en el cinto, bailando junto a la cadera derecha. —Este acero es el que me quita los bejucos en la manigua mala.

Andrés Hurtado construyó su casa a la orilla de un polvoriento terraplén del Escambray. Una casa de pobre, revestida con maderas de palma; dividida en tres partes. Una parte muy amplia que sirve de sala, de comedor y de cocina. Y dos pequeños cuartos. En la sala hay menos muebles que dedos en una mano. Tres taburetes desfondados y una mesa de patas gordas.

La radio clandestina de Isla Swan transmitió en 1961:

“El capitán Descalzo debe preparar el lomo. Le ajustaremos cuentas apenas desembarquemos en Cuba”.

Camina de la misma forma que habla, a lo tigre acechador. Cualquiera cree que las piernas van delante de él. Se le hunden en el trillo, rompiendo gajos, piedrecillas y caracoles.

A Hurtado lo nombran Capitán Descalzo en todo el Escambray. —Desde que tengo uso de razón no recuerdo llevar zapatos en mis pies.

Los decimeros de la Sierra cuentan que Fidel Castro invitó a Descalzo a pasarse una temporada en

La Habana. Pusieron un automóvil y tres escoltas a su disposición. Y le regalaron unas botas relucientes. —A usted hay que cuidarlo, capitán —le dijeron.

—Bueno, ¿y no podría caminar solo por ahí?

—Eso es imposible. Nosotros somos sus escoltas y Fidel Castro ordenó su protección personal.

—Bueno, yo voy acompañado, pero quiero andar sin estos trastes de botas. ¿Eh?

—Capitán, esta es La Habana. El asfalto es muy duro. No tiene que ver con la tierra. Y la gente se asombrará de verlo con el uniforme y sin botas. Recuerde que nosotros los militares cuidamos de la presencia y buen porte.

Sin embargo, una tarde amarró los cordones y se echó las botas al cuello, escabulléndose de los escoltas y echando a caminar por la ciudad.

Los habaneros se hicieron amigos de Descalzo, formaron grupos a su alrededor, le preguntaron por el Escambray, por los bandidos. Lo invitaron a tomar del mejor ron, y sus escoltas, erizados de preocupación, vinieron a hallarlo en lo último de La Habana Vieja, con los pies oreándose en la mesa de un bar de mala muerte.

—Me aburrí de ver tantas casas amarillas y retorné con las botas al cuello. La Habana es para los habaneros, y el Escambray es para mí.

Descalzo es desmochador de profesión. Descalzo es un cazabandido veterano. Descalzo es dueño de una pistola española Star del calibre cuarenticinco. —Yo también maté mis bandidos, y cogí esta pistola—, y la muestra en sus manos, pero no se la cede ni a su madre.

El sargento Otelio se me presentó en la casa. —Hay una operación en Mata de Café.

Le dije: —La operación no puede ser en Mata de Café. La operación será bien cerca de aquí. En Veguitas.

—No, en Mata de Café.

Fuimos en el jeep al cuartel de Caballo de Mayaguara, pasando por Veguitas, donde me *cuquió*: —Hace tiempo que por esta loma no se registra, desde la época de Congo Pacheco.

—Regístrala, y ya verás los bandidos. Me da la idea que hay gente en esa loma. Pienso en lo que están comiendo. Hasta eso pienso.

Arribamos a lo de Caballo.

—La cacería debe ser en Mata de Café —repitió Otelio.

—Capitán, ¿dónde la hacemos, en Mata de Café, o en Veguitas?

—Yo digo que en Veguitas, Caballo.

—Pues en Veguitas vamos a operar.

Subimos a La Herradura, y dimos en Veguitas. Yo tomé por la izquierda, y Caballo por la derecha, repartiendo el cerco.

El día aclaró con el cerco repartido. Caballo y yo dirigimos el peine de los demás soldados.

Al poco, andan y tiran los bandidos, y nos matan un cabito. El tiroteo siguió hasta las doce del día. Un bandido muerto y otro con las piernas partidas. El resto se dio a la desbandada.

Caballo ordenó: —Los perseguimos después. Ahora vamos a refrescarnos, que la loma es brava y la loma es dura.

—Mientras ustedes refrescan, yo subiré al firme. Caballo dijo: —Cuidese.

—Respondí: —No es la primera vez que se muere un hombre —y me quedé solito con el enemigo, que así es mas sabroso.

Los desbandados se hundían en el monte. Y yo al paso de ellos.

Uno, blanquito y rubio, me lanzó su pistola, a ver si yo me agachaba. Y me partían.

Yo no me agaché y ellos disparan y yo respondo con el M-52 porque yo siempre guerreo de pie. No me gusta echarme al suelo. El blanquito y rubio se murió. A la derecha sentí un gajo que partían y era el bandido que usaba una granada sin anillo, para echármela. Le volé la tapa de los sesos y la granada le explotó en el pecho.

Entonces me agaché para recoger mi pistola.

A Descalzo lo bautizó el Escambray: Descalzo. Pero él asegura que sus grados se los dio "quien puede: —Me los dio Fidel Castro". Grados de capitán. En el año 1961. En los meses de "la limpia de bandidos".

—Fidel quería remover la zona de Valle Blanco. El teniente Elio López informó: "no hay mejor práctico de esa zona que el práctico de mi batallón", y me presentó.

Tú estás descalzo —se asombró Fidel.

—Descalzo, comandante —le dije.

—¿No te han dado zapatos, no te han dado botas?

—Sí, comandante, me han atendido de lo mejor.

Fidel intentó convencerme:

—Tú le haces falta a la Revolución. Te nos vas a lisiar sin zapatos.

Pero me negué.

—Oiga, comandante, estos son los mejores zapatos. No hay que zurcirlos ni comprarles suelas.

Salimos hacia Valle Blanco.

Propuse tomar por el firme de Boquerones. Fidel aprobó la idea. Un aguacero nos sorprendió a mitad del camino. Fidel iba delante y yo detrás de él. La Sierra se puso de jabón. Las gotas parecían limones. Fidel me prestó su jacket con las estrellas de comandante en las charreteras. Los campesinos

se olieron que venía gente grande y salieron al camino para saludar. Los vecinos se sonrieron al verme con las estrellas en los hombros y decían:

—Ahí va el Descalzo, cobijado en buena sombra.

—Miren que va de comandante.

—Eh, comandante Descalzo, ¿cómo marchan las operaciones?

Yo respondía: —No soy tanto como Fidel. No soy comandante. Pero sí soy capitán. Nada más que capitán.

Fidel me oyo hablar así. En un alto de la jornada me dijo: —Tú eres el capitán de los descaltos—, y desde ese día me otorgué los grados.

Es la desesperación del arado contra las piedras. —Joo-ooope, Batalón malo, cuje la raya, joo-pe—. Y va forzando la bueyada. Y ahí encuentra las piedras, el surco, la sequía, la tempestad y la gratitud del matojo que brota. Con este odio y con esta ambición fue que preñó seis veces a la mujer, la que soltó demasiada vida y se extinguió seca. —Batalón, caraaa, que tu macho te dice, que te dice, ay, Batalón, buey malo, cuje el surco—. La cama se le quedó desabrida a Descalzo y también la Revolución es cosa de hombres. —Carajo, Batalón, hazme el favor de trazar. Recto, Batalón, recto—. Ahorita concluye la faena, y el hijo de más responsabilidad le preparó algo en la mesa. Unos arroces patitiesos, o pan con guayaba, o café aguado, o tiene suerte y es el día de la carne. Luego será la hora de los sueños, de la verdadera conquista, hundiendo la cabeza en la almohada que cubre su Star. Y afuera será la noche en la montaña donde la tierra es tan negra como el cielo.

ENTREVISTA A UN ASESINO

Me senté en una habitación que olía a papeles viejos, dispuesta con muebles de cuero blando y madera pulida, que parecía reservada a las visitas "de la casa", y no a las visitas de costumbre.

Era una dependencia de la Seguridad del Estado.

Y no me hicieron esperar.

Dos personas entraron por la puerta que no había descubierto. A mi izquierda. Uno de ellos vestía de verde olivo, armado con pistola. El otro usaba el uniforme amarillo de los presos.

Se sentaron y yo miré las manos del hombre de amarillo. Luego revisé lo demás, y me detuve en su cabeza, que la sacaba a flote como si se ahogara.

R, el oficial sentado a mi lado, inició la entrevista.

—Aragón, este compañero es periodista de *Granma*, y él desea hacerte un interrogatorio. ¿Tú estás dispuesto?

—Sí, señor —dijo Aragón.

El teniente Pedro Nodal era jefe del Batallón Dos. Recibió la orden de peinar dentro de una quebrada y dentro de un bosque. —Avanzar—, se dijo, y en media hora hallaron las diez mochilas y la cacerola de frijoles que pertenecían a la banda de Estervino Gutiérrez.

—Huyeron ahora mismo —advirtió Nodal—, y no les gustará salirse de este montecito. Aquí se pueden atrincherar a gusto.

El batallón no podía maniobrar de tanto gajo y espesura. Nodal llamó a los bazukeros y les pidió que sonaran por el trillo que aplastaron los bandidos.

Bastó con dos cohetes. Salieron del bosque que parecían *majases* espantados, pero les vino en suerte, porque atravesaron un descampado y se posesionaron de un cogote de tierra.

Volvieron a la supremacía.

—Están arriba y nosotros abajo. Están apertrechados y nosotros a la descampada.

Dispararían a mansalva contra el peine, rompiendo una brecha y escapando por ella. "Irse por arriba", como dicen los manuales.

Nodal detuvo el peine. Nodal escogió sus mejores fusileros. Nodal dijo: —Ustedes aquí, alrededor mío.

Con los fusiles disparando todo el tiempo, crearon su barrera protectora, y desde el centro del grupo, Nodal lanzaba las granadas. Y ganaron. Estervino Gutiérrez se entregó con dos heridas en la espalda; la banda se le convirtió en recuerdo.

Estervino Gutiérrez esclareció los hechos alrededor del asesinato de Roberto Gutiérrez, militante de la Unión de Jóvenes Comunistas de Jatibonico. —Yo fui uno de los matadores, pero no fui yo sólo porque Clemente Aragón también haló la sogá.

Y ahora Clemente Aragón y Aragón, bandido recién capturado, esperaba mi pregunta.

—¿Estás dispuesto a responder?

—Sí, señor.

¿Por qué te alzaste?

Se acomodó en la butaca. Meditó la respuesta.

—¿Contra la Revolución dice usted, señor?

—Eso.

—Tenía miedo, sabe usted. Tenía miedo, señor—.

Le clavé la mirada, y hoy pienso que no debí ensañarme, porque sucedía lo mismo que cuando se descuartiza un cadáver putrefacto, aunque no es tiempo de arrepentirse, y le clavé la vista, bien clavada. —¿Qué te hacía temer, Clemente Aragón?

—Diga usted, señor.

No le hice caso.

—Dígame, dígame usted, señor.

Le pregunté en voz alta: —¿A qué le temías?

—¿Yo?

Buscó la respuesta en las rayas de las losas. Alzó la vista. —Decían que los milicianos iban a fusilarme. Yo no era comunista. Y me ofrecieron cargos, para cuando triunfáramos.

—¿Quiénes?

—La gente de Juan Alberto, señor.

—Los bandidos de Juan Alberto, ¿a ésos te refieres?

—¿Qué dice, qué dice? —preguntó Aragón—. ¿Qué dice usted, señor?

Y cómo morirá este hombre?, me dije. Le quedaban pocos días... Vendrá el carro célula. Se abrirá la puerta del carro célula antes del amanecer. Clemente Aragón verá siete hombres armados de FAL. Pensará que están muy cerca. A sólo seis pasos. Que de esa distancia recibir los plomos de la FAL es la no escapatoria. Entonces comprenderá que lo van a matar. Y caminará por delante de ellos. Pedirá: —¿Por qué no me perdonan?— A su derecha aguardará el ataúd... Y ya lo amarran al poste. No pide cigarros, ni se los ofrecen. El oficial ordena: —¡Carguen con balas de guerra! — Le apuntan. Le disparan. Se desgarran, se orina, se estalla. Todas las fuerzas afloran para morir.

El tiro de gracia.

Finaliza la ejecución.

Aún se mueve.

Otro tiro de gracia.

Juan Alberto, armado con *Baby-Thompson*, intentó romper el peine, de frente a los cazadores. Era su técnica. Esperaba el "pase" y luego corría en dirección contraria. Los de su banda eran jóvenes y le permitían una gran velocidad de desplazamiento. Pero ese día intentó romper el peine con la *Baby-Thompson*. Un plomo de M-52 le torció el cañón de la *Baby* y se la arrancó de las manos. Juan Alberto se dobló de rodillas. —Me mataron—. No dijo otra cosa y pegó la cara en el infierno.

Manuel Martínez y Clemente Aragón y Bartolo Labrada lo vieron morir. —¡Ahora yo! —gritó Labrada, y no alcanzó a taponearse el juraco que le abrieron.

Manuel Martínez y Clemente Aragón y un hermano del finado Labrada, Rafael, lograron escabullirse. Corrieron dieciséis kilómetros en una hora y media, según los cálculos de la contra-inteligencia. Se despachó un contingente en jeeps y camiones. No dieron con ellos.

Año 1965. Sólo quedaban tres bandidos en la región fronteriza de las provincias Camagüey y Las Villas. —Están huyendo, pero están aquí—, se molestó Proenza. Y Seguridad le pasó el informe: "En la zona C. Los vieron de noche. Son ellos. Manuel Martínez, Rafael Labrada y Clemente Aragón".

A las ocho de la mañana el cerco estaba cerrado. A las diez, los cazadores divisaron, un kilómetro adentro de la línea, dos bandidos que corrían. Podían ver las cabezas. En el territorio cercado crecía una hierba de guinea que llegaba hasta el pecho. Minutos después, un cazador descubrió otro bandido, corriendo en dirección opuesta.

El peine se electrificó. —Avanzar, carijo—, ordenaron, pero los bandidos desaparecieron en el mar de hierba de guinea. Ya no se les vio más. El te-

niente Sergio de Armas dirigía el peine. Llevaba una pistola soviética *Stichin* con el selector automático dispuesto. Ordenó acelerar el paso hacia donde los divisaron. —Aquí no hay nada, teniente Sergio. No hay ni el murmullo de una mosca—. A un combatiente se le movió la tierra en sus pies. En la provincia de Camagüey nunca tiembla la tierra. —¡Párate, tú, párate! —así le gritó el combatiente.

Rafael Labrada respondió con un rosario de cuarenticinco, y trató de incorporarse para tomar una mejor posición.

No pudo levantarse porque las balas de los cazadores lo clavaron en el mundo.

—Descuenten un comandante —dijo Sergio de Armas—. Ahora nos faltan los dos capitanes.

Y en ese día hallaron las tres mochilas, pero nada de los dos capitanes. Los batallones peinaron tres veces los cinco kilómetros cuadrados del cerco.

En la mañana nueva se ensayó una táctica. El terreno cercado presentaba ondulaciones del norte al sur. En esa misma dirección habían peinado.

—Se esconden abajo de las ondulaciones. Vamos a invertir el peine.

Sergio de Armas ordenó un *peine proletario*, esto es, los combatientes unidos codo con codo, sin permitir una pulgada de espacio libre entre ellos.

A las ocho y cuarto comenzó el peine. A las ocho y media descubrieron dos botas, renticas a una ondulación, y también el cañón de una carabina San Cristóbal.

—Oye, bandido, sale de ahí.

—No disparen.

—Sale, y no hables más.

Los cazadores se reunieron a ver la cara que traía, cuando saliera del hueco, si no hacía ninguna trastada, y si era de ojos nobles o de melena larga.

—¿Me regalan agua? —fue lo primero que dijo.

—¡Una cantimplora! —ordenó Sergio de Armas, y le advirtió: —Poco a poco. Que no le haga daño.

Usaba en las hombreras unos trocitos recortados de latas de leche condensada, moldeados como las tres barras de capitán.

—¿Cuál es tu nombre, capitán?

—Yo soy Manuel Martínez.

Un bandido nunca olvida la fecha de su alzamiento. Si hay nuevas armas en la banda, y el jefe no las quiere, se las pasa al alzado mas viejo. El escalón de antigüedad es importante para los bandidos. Clemente Aragón y Aragón fue el último alzado que se movió en la frontera de Las Villas y Camagüey. El último por quince minutos. Mas viejo en el monte que una caguama en la playa.

La oficina le hacía contradicción, fuera de ambiente. No se acostumbraba a la butaca; lucía tirado allí. Un fardo.

—¿Cómo lo apresaron?

—A los quince minutos de Manuel, señor. También pedí agua, y un cigarrito.

—Clemente Aragón —le dije—, quisiera que me relataras lo del joven comunista.

ADIOS, SEÑOR

La noche del 7 de setiembre Roberto Gutiérrez se despidió temprano de su novia. Después no se supo mas. Los de Seguridad desenterraron un cadáver en la rivera del Jatibonico. Los forenses dictaminaron: Muerto por ahorcamiento.

Aún podían identificarlo. Le avisaron a la familia:

“El compañero murió *guindao* por los bandidos”.

Cinco años después, la gente cayó en manos de Lucha Contra Bandidos. Estervino Gutiérrez y Clemente Aragón confesaron su cuento.

—El venía por la orillita de un campo de caña —comenzó a decir Clemente Aragón— él venía por la orillita y nosotros nos escondimos en el campo de caña.

—¡Alto! —le gritó Juan Alberto al joven—. ¡Alto!

Juan Alberto lo encañonó con su ametralladora:

—¿Quién eres?

Roberto preguntó: —¿Y ustedes quiénes son?

—Los guardias rebeldes —dijo Juan Alberto.

Entonces Roberto respondió:

—¡Ah!, yo soy miliciano.

El culatazo en la cara.

—Oye, ¿por qué?

—¡Somos el Ejército Libertador! —dijo Juan Alberto.

—Pues sigo de Patria o Muerte.

Detuve a Clemente Aragón.

—¿Qué le dijo Roberto?

—Qué dijo el muchacho, eso pregunta usted, señor?

—¡Somos los bravos! —aseguró Juan Alberto.

—Juan Alberto lo obligó a cavar su tumba, así como le digo, señor.

La habitación resultó ser calurosa. Durante la entrevista olvidé el block de papel y el lápiz. Únicamente observaba el rostro de aquel hombre, y sobre todo sus manos.

—Entonces Juan Alberto me obligó a ahorcarlo.

—¿Cómo hizo Juan Alberto para obligarte?

—Bueno, señor, él me dijo "ahórquenlo tú y Estervino", entonces Estervino y yo lo ahorcamos.

—Aragón —interrumpió el oficial R—. Aragón, explícale al compañero cómo lo ahorcaron.

—¿Usted habla de que fue caminando?

—Sí, Aragón.

Aragón volteó la cara otra vez hacia mí. —Bueno, señor..., dijo.

Pasaron un pedazo de sogá por el cuello de Roberto. —Es que la sogá era muy chiquita. Era un cabo, señor.

—Tú por la izquierda y él por la derecha —ordenó Juan Alberto.

Roberto vio a pocos pasos el hueco abierto. La tierra húmeda y removida.

—Lo llevamos caminando hasta la sepultura. Estervino de un lado y yo de otro. Entonces.

—¿Entonces, Clemente Aragón?

—Entonces, señor, yo fui jalando de un lado y Estervino del otro. Lo íbamos llevando a la sepultura y estrangulándolo a la vez.

—Ya está muerto —aseguró Estervino.

La cabeza pendía hacia la izquierda; el peso de la sogá era mayor porque Roberto estaba muerto y ya su cuerpo no se mantenía en pie.

—El muchacho se aguantaba de la sogá, pero allí no se aguantó mas. Yo solté la sogá y Estervino también. El se cayó para la sepultura.

—Y después, señor —dijo—, después echamos la tierra.

—¿Nada más? —preguntó el oficial R.

—Nada más —dije yo.

—Pero yo solamente hice eso, señor.

—Debes retirarte ya —dijo el oficial.

Aragón me miró por última vez. —Hasta luego, señor.

Aragón salió primero de la habitación. El soldado le seguía. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo; parecía que cargaba algo en ellos. Y pesaba mucho.

La puerta se cerró.

EL DESEMBARCO DE NAVAS

Desembarcan veintisiete comandos en la Bahía de Navas, costa norte de Oriente; 4 de octubre de 1960; El Indio Fera es el jefe; se llama Armentino Fera Pérez; el subjefe es Arturo Alvarez; prófugo de la justicia revolucionaria, criminal de guerra bajo el Batistato; hay cuatro norteamericanos en el grupo; zarparon de Miami en un camaronero de matrícula desconocida; abordaron en alta mar el yate *Sun Part*; la tropa de Caballeros se ocupó del caso.

Un ventilador chino *National Five Star*, de botones plásticos para el cambio de las tres velocidades, zumba como batallón de moscas en la jefatura de cazadores serranos.

El teniente Caballeros, con la camisa abierta, repasa los dedos por el costillaje que le viene desde la cintura hasta el mismo nacimiento del cuello. El *National* en la primera velocidad, que es la mas fuerte, chupando el aire del lugar y lanzándolo al pecho.

Así está la oficina del militar serrano: una mesa de comer a modo de buró; dos taburetes, uno para él y otro para su ventilador; las paredes cubiertas de mapas de *uno por cincuenta mil*. (Zona de Baracoa-Moa. Mapa Militar. Muy Secreto. 1 metro x 50 000 EMG).

Caballeros recuesta el taburete en la pared, que es recostarlo en los mapas, en la región de Baracoa-

Moa, que es la imagen espacial de él, tan hijo es de esas serranías, de la que conoce cada ocuje, cada grillo, cada hembra buena.

Hay un hueco abierto entre los mapas. La ventana. Por ahí se ve el Baracoa-Moa que dibujan en el mapa los cartógrafos del Estado Mayor.

Aquí termina (o comienza) la isla de Cuba, en siete escalones de roca por la misma punta de Maisí y se estrecha y sube por Gran Tierra, dejando en el borde norte a Baracoa y después a Moa, y por el sur a Guantánamo.

Regiones que los pilotos de Cubana llaman la jungla, la ruta de la jungla, por las nubes siempre bajas y los cachazudos DC-3 sorteando las montañas, cargados con veintiocho inocentes pasajeros que esperan un feliz aterrizaje en Baracoa, o en Moa, o en Nicaro, o en Cayo Mambí.

Pilotos sin radar, con visibilidad cero dentro de los cúmulos, dándole potencia a los motores, apretando los Douglas, para que asciendan un poco y no *encajen la nariz en el Valle Mayarí Arriba*; valle de polvo rojo, polvo de acero, polvo de níquel, polvo de manganoso.

Caballeros se ha quitado su camisa verde olivo de campaña, único uniforme, hecha de una lonilla soviética, confeccionada para las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba. Las botas de Caballeros también son soviéticas, deben estar fabricadas con piel de oso o de pingüino, ha dicho él mas de una vez por culpa del calor en las piernas, sin embargo, no las cambiaría por otras. "Calor, meten calor, pero qué piel tan dura, por fuera, y tan suavcita, tan ajustadita, por dentro".

En la guerra, Caballeros no quiere otras botas que no sean las soviéticas.

Sobre la mesa: una Super-Colt 38 norteamericana. No hay balas del 38 en Suministros; Caballeros usa balas nueve milímetros de subametralladora checoslovaca, que tienen pólvora de doble distancia, pólvora negra, que le ha rajado dos cañones

y mas de cinco agujas, pero que ajustan en la recámara igual que las del 38... y además, no hay otras.

Y en Baracoa-Moa concluye el sol de este día. Caballeros presencia, a través del hueco entre los mapas, la muerte en un rafagazo de la luz, del inmenso bolón naranja, incandescente, que se hunde en el mar. Da ganas de llorar esta muerte, de oír trombones militares y de agradecer a los dioses toda la miseria.

Caballeros, impávido, ha desmontado su pistola y comienza a limpiarla con un pedazo de camiseta vieja. *Restriega* el cañón con la baqueta. A su alrededor nadan los papeles recién firmados para que la sección de Suministros envíe mas café.

Moa. Al amanecer. Cuarentaicinco soldados conmigo. Recibo la noticia por micro-onda. Ha surgido desembarco. Ha surgido desembarco.

Escojo caminadores de ley. Salimos en dos camiones. Portamos ocho Garands, una calibre 30 con siete cajas de cien balas cada una y el resto armados de Springfields.

Arribamos al río Jiguaní y seguimos a pie porque el camión no trabaja en esos derriscos.

A pie.

Llegamos a Cayo Guanete. Las esposas lloraban. Nos llevaron al maridito, nos llevaron al maridito, y todas esas cosas que dicen las esposas cuando les llevan de rehén al marido. Seguimos.

De Cayo Guanete se robaron un camión zapa para adelantar camino. Y nosotros andando.

Tropezamos un miliciano desarmado. Yo voy con ustedes, dice. A la guerra se va con armas, le contesto. Pero él sigue empecinado con nosotros.

A los tres kilómetros divisamos la zapa, y su motor trozado con hachazos de infantería.

Interrogamos a un chamaco. Le quitaron tres botijas de leche.

Mas adelante vimos las botellas vacías.

Dos y media de la tarde.

Continuamos la marcha y se nos juntan sesenta guardias que venían de Baracoa. Con dos oficiales al mando. Sabían lo mismo. Estamos siguiendo el rastro.

La gente de Baracoa ya se agotaba. Entonces les informé: Yo y mi tropa nos sentimos bien. Seguimos la marcha.

De los sesenta de Baracoa se me incorporaron tres. Las piernas nos responden como a usted y a su tropa, argumentaron.

Pero yo me sentía cujeado.

Y pensé. Si ellos son expedicionarios, y yo estoy cujeado, pues ellos estarán con la lengua afuera.

Se lo arengo a la tropa. Donde quiera que se hallen, lejos o cerca, andan descansando y tienen preparada la emboscada. Es de noche. Y nos turnamos.

Descansamos.

A las cuatro de la madrugada di la diana, despertándolos con sacudidas por los hombros, y también la voz, pero en susurro. En pie, soldados.

A cincuenta metros nos topamos con una encrucijada de dos trillos.

A esa hora no teníamos comida, ni agua, ni cigarrillos y no había desayuno. En ese lugar no vive nadie.

Rayamos un fósforo y dice uno. Por el trillo nuevo. No, ordeno. Por el trillo viejo.

Y por ahí.

A las seis y cuarenta aparece un ruido. Tranquilo, tranquilo, hasta que identifico el ruido y doy el alto. Llega un ser en estado desgraciado. ¿Qué te pasa, hombre?

Era uno de los rehenes.

Están a dos kilómetros, responde.

Nos reanimamos.

De siete y media a ocho identificamos la nueva bulla.

Por el monte venían bajando que chiflaban otros rehenes que se habían escapado.

Yo los increpo: ¿Por qué corren? Ellos seguían corriendo, y les advierto. Si Fidel se entera que ustedes corren, se va a encojonar.

Y me siento a estudiar la situación.

Tomo medidas de seguridad.

Me adelanto con cuatro hombres y los veo en un clarito. Quiero adelantar para tirarles y que ellos echen atrás y cogerlos entre dos fuegos. El trillo está en el firme.

Se me derrisca un hombre y vuelvo hacia atrás.

Bueno, aquí una cosa o la otra, digo, y entonces ordeno un artillero para la 30.

Ahí está y pasa adelante.

Aquí no hay terreno para pelear todos. Que sólo tiren los de adelante.

Le hago señas al miliciano desarmado. Oye miliciano, dale para atrás, que tú no tienes armas.

¿No hay pistola?

Nada, no hay nada.

Preparo la vanguardia en el firmito. Nos echamos. El enemigo se luce un poco más abajo.

Grité. ¡Al jefe de la expedición, que se entregue para garantizarles la vida porque están rodeados por trescientos mil hombres!

El Indio Fera responde. ¡Comunistas, rojitos, no nos vamos a entregar!

Yo veo que el Indio palanquea su M-1 y viene tirando. La 30 lo coge por el medio de la frente y se la abre. Se muere el Indio. Un mercenario está atrás de un ocuje que en el monte se dan gordos y fuertes. El ocuje me sirve de punto de mira. Lo afino. Le meto la bala por la mano y le parto el fusil.

Era pendejo porque se puso a gritar.

El subjefe, Arturo, viene por detrás, y no me ve, porque yo me le abalanzo arriba.

Exclama: ¡Ay, me matan!

Yo le respondo: Nadie, nadie te va a matar.

Se acabó el tiroteo.

Se entregan los enemigos.

El miliciano desarmado viene manipulando una carabina italiana Beretta. ¿De dónde?, le pregunto.

¿Yo? De abajo de la balacera, responde.

Después arribaron mas tropas. Miles de hombres, que ahora sí eran miles. Nosotros regresamos, por donde llegamos. A descansar.

Me llamo Augusto Caballeros, cumplo treinta años de vida y seis en la cacería de bandoleros.

Esta es la ciudad. Desde el interior de la isla, el resplandor de sus luces atrae a muchos kilómetros. La meditación se rompe en una batería de cañones antiaéreos que apunta al cielo en pleno Vedado.

Año 1964.

Cartel de estreno en los cines: La Muerte se llama Engelchen; Hiroshima, Mon Amour; Cenizas y Diamantes.

Un avión Ilushin-18 cruza el cielo de La Habana. El piloto pide permiso para el descenso desde que avista a Varadero y oprime los comandos de vuelo.

—Utilice la pista número tres —dice Torre de Control.

Ya es tarde. La Habana recibe el tibio aire de la noche. Por su parte asfalto corre, se detiene y gira la vida. Los hombres se hunden en sus sueños y angustias: el temor a la muerte y la necesidad de crear y amar.

Un bandido, Pity Hernández, abandonó el Escambray y tomó rumbo a La Habana.

Al menor descuido de su grupo, Pity Hernández dijo adiós al Escambray, internándose en la profundidad de la capital.

Joven, de cara cuadrada rematada en un cabello encrespado, peinado hacia atrás, Pity se las agenció para guarecerse en casa de unos amigos, en el reparto Apolo.

Un amplio jardín sembrado con gusto y un portal de losas servían de entrada a la nueva casa de Pity Hernández. Adentro, rodeado de paredes, Pity lo había dicho: —Yo soy un hombre que jala pa'lante, a mí el ge-dos no me agarra vivo.

Pity empuñaba su pistola. Oprimía el gatillo y el peine se deslizaba por el canal de la empuñadura hacia afuera. Contaba las balas del peine: siete. Leía atrás del casquillo: Rem. Cal. 45.

En la secreta "Lista de Bandas y Bandidos del Escambray" redactada en 1962 con informes obtenidos por la Seguridad del Estado (y para uso interno del propio DSE) podía leerse en la parte dedicada al grupo de Luis Vargas:

Banda en etapa de desarrollo. Constituida por nueve hombres. Grados: un comandante, dos capitanes, tres primeros tenientes, un segundo teniente, un soldado.

Armas: un Garand, dos M-52, una San Cristóbal, una carabina M-1, una Thompson, una subametralladora T-23. Se desconoce otro armamento.

Más abajo de esta información, se leía:

Comandante Luis Santana Gallardo c/p Luis Vargas, armado de Garand... y en líneas posteriores: primer teniente José M. Hernández, c/p Pity, armado de San Cristóbal.

A Pity Hernández le llegó la oportunidad de salir clandestinamente del país. Un hermano suyo, Héctor, conocía de viejos tiempos a un médico. El doctor Terraache visitaba a menudo el laboratorio donde Héctor era empleado.

Héctor supo por boca del propio Terraache que se preparaba, "un viajecito, amigo Héctor, un viajecito".

—Doctor—, Había confesado Héctor en aquella oportunidad casi al oído—. Mire usted, doctor, yo tengo un hermano... —Héctor le contó lo suyo a Terraache. El médico pensó que sería una gran cosa

llevar en su yate a "un hombre del Escambray". Un buen efecto para arribar a La Florida.

—Sí, dijo—, pero usted debe reservárselo todo. Tráguese esa lengua que dentro de pocos días puede ser el viaje—. Y recalcó. —Bien que puede ser el viaje.

Un Dodge azul y blanco de dos puertas se detuvo en la casa de Pity. Del automóvil se apearon tres hombres. Héctor, el médico y un joven amigo del doctor. Venían a buscar a Pity.

En el portal de la casa jugaban dominó, pero Pity no estaba alrededor de la mesa. Dormía en el último cuarto de la casa.

Una mujer encorvada los atendió. —Pity está atrás—, le dijo a Héctor—. La mujer creyó conocer al doctor Terraeché. —¿De dónde nos conocemos?—, oyó Héctor que preguntaba la mujer, mientras él caminaba hacia el último cuarto en busca de Pity.

—Apúrate, que te vas hoy para el norte —le explicó Héctor—. Aún entre sueños, Pity recibió la noticia como un corrientazo.

—En la sala hay un médico que tiene una lancha y que te va a llevar—. Pity buscó sus ropas y después la pistola. Héctor detuvo largo rato su mirada en la pistola.

Se preparó en pocos minutos. Héctor presentó a los amigos de viaje. Luego llamaron a la mujer. Le dijeron. —Mañana a estas horas, Pity estará paseándose por Miami.

La mujer sonrió: —Ay doctor, cuídelo usted por allá.

El automóvil abandonó el reparto Apolo. Torció hacia la izquierda y después de diez minutos los hombres se unieron al tráfico de la ciudad. Pity, sentado detrás con su hermano, veía La Habana por última vez.

—Pity —preguntó Héctor—, ¿trajiste tu pistola? Yo quiero que se la enseñes al doctor.

—¿Una pistola? —dijo Terraeché— ¿Cómo una pistola? Dame acá muchacho, dame acá. Yo no quiero pistolitas aquí. ¿Quiéres echar a perder la fuga? Si nos detiene una perseguidora y nos coge esa pistola ¿qué decimos?

Pity, apenado, entregó la pistola a Terraeché. El médico la guardó debajo del asiento.

Nadie habló más.

TRABAJO OPERATIVO

Una muestra de trabajo operativo corto fue el que siguió la Seguridad del Estado contra el bandido Pity Hernández.

La sección de Seguridad de Las Villas detectó por medio de sus agentes en el Escambray, que Pity Hernández había huído, porque de eso se iba quejando por toda la Sierra.

En esos días el oficial de Seguridad, Felipe García, jefe del departamento de Lucha Contra Bandidos de La Habana, recibió un informe de un Comité de Defensa del reparto Apolo, donde explicaba "los movimientos sospechosos de un individuo nuevo en el barrio que no se sabe de dónde llegó y que no sale de la casa".

Junto con estas informaciones, el oficial Felipe García recibía una petición de Las Villas:

"Si se captura a Pity Hernández, podríamos situar por sus declaraciones las últimas zonas de movimiento de la banda de Luis Vargas y otros grupos.

"Debe hacerse una *captura invisible*, de manera que la noticia no llegue a oídos de la contrarrevolución y las bandas cambien sus zonas de movimiento".

El primer paso del oficial Felipe García y su equipo de trabajo fue el de verificar si "el individuo de movimientos sospechosos del reparto Apolo", era el prófugo Pity.

Comenzaba el trabajo operativo.

En un automóvil Dodge, azul y blanco, Felipe García y otro agente se trasladaron al barrio habanero. El automóvil se detuvo a cincuenta metros de

la casa y los agentes se detuvieron en la esquina parqueando junto a una bodega.

En el portal, meciéndose en un sillón, un hombre tomaba el fresco de la tarde.

Los agentes hicieron fotografías con cámaras ocultas. Una mujer encorvada detuvo su mirada en ellos. La mujer no descubrió las cámaras.

"El hombre que se balancea en el sillón es Pity Hernández", comunicó la jefatura de Las Villas.

Sólo quedaba elaborar un "plan de captura invisible". Para este plan se mantuvo la vigilancia sobre la casa de Pity Hernández.

El chequeo arrojó su resultado. Héctor Hernández, hermano mayor de Pity, visitaba la casa dos veces al día.

Se supo que Héctor trabajaba en un laboratorio instalado en la carretera de Rancho Boyeros y que buscaba la vía clandestina de sacar a Pity del país.

—Héctor va a ser un elemento importante en nuestro trabajo —explicó el oficial Felipe García a los de su grupo de operaciones.

Héctor será el hilo conductor en la captura invisible de Pity.

Héctor no se percató del automóvil azul y blanco que lo seguía, porque se ocupaba en huirle a la lluvia. Recién terminaba su turno en el laboratorio y regresaba a la casa de Pity.

Dentro del automóvil, el oficial Felipe García le dijo a un agente sentado a su lado:— Ese es Héctor—. El agente Jorge González, miró a través del recorrido de limpia-brisas. Héctor buscaba un techo.

—¿Sabes bien lo que debes hacer?

—Sí —respondió González.

—¡Entonces... ahora! —dijo el oficial y aceleró suavemente el automóvil hasta dejarlo paralelo con Héctor.

Jorge González se apeó y en dos saltos estuvo al lado de Héctor y le pasó un brazo por encima.

—¡Hola, mi socio!

Inmediatamente y sin que Héctor pudiera articular palabra, le susurró al oído: —Héctor Hernández, estás detenido por Seguridad del Estado. No hables una palabra y entra en ese automóvil.

Héctor obedeció. —¿Quiénes son ustedes?

Jorge González le mostró un carnet con ribetes verdes.

Héctor leyó las siglas *DSE*.

Felipe García detalló el plan de captura.

En los informes y actas del *DSE* se acostumbra a escribir los apodos de esta forma: "Luis Santana Gallardo c/p Luis Vargas". Las siglas c/p corresponden a "conocido por..."

Los agentes de Seguridad bautizaron al oficial Felipe García. Lo llaman "Ce-pe Casualidad". Y ese nombre no es de gratis. Felipe García y sus hombres se vanaglorian de sus capturas "accidentales".

—Héctor será el hilo conductor. Observen mi plan —dijo Felipe García a sus hombres.

—Héctor, de la ayuda que nos prestes dependerá la suerte de tu hermano.

—Yo no sé nada de mi hermano. Yo no sé dónde está.

—Héctor, si él se enfrenta a nosotros va a morir en el tiroteo. Las tiene todas para perder.

—Entienda, yo no sé nada. No sé dónde está.

El oficial miró fijo en los ojos de Héctor y después buscó un sobre amarillo y lo abrió con cuidado. Héctor observó la operación del oficial porque lo hacía con cuidado y esmero, tratando que el sobre no se rompiera.

Felipe García extrajo varias fotografías del sobre amarillo y las esparció en la mesa como si fueran barajas.

—Este es Pity —señaló Felipe García en una de las fotos—.

Héctor atropelló las palabras. —¿Qué... qué quieren ustedes?— Héctor pidió un vaso de agua. Después alegó:

—Fueron las malas compañías. Mi familia está muy preocupada. Pity es un equivocado que se esconde de ustedes y de las guerrillas.

—Este es el plan —explicó el oficial Felipe García.

Un Dodge azul y blanco de dos puertas se detuvo en la casa de Pity Hernández.

Del automóvil se apearon tres hombres: Héctor, el oficial Felipe García y el agente Jorge González.

En el portal de la casa jugaban el dominó.

Una mujer encorvada los atendió. —Pity está atrás—, le dijo a Héctor. La mujer creyó conocer a Felipe García. —¿De dónde nos conocemos?—, oyó Héctor que preguntaba la mujer mientras él iba al último cuarto.

—No sé—, respondió Felipe García.

Héctor volvió con Pity y presentó a los amigos de viaje. Luego llamaron a la mujer. —Mañana a estas horas, Pity estará paseándose por Miami.

El automóvil abandonó el reparto Apolo. Torció hacia la izquierda.

REUNION EN EL 67 DE CARTAGENA

Adentro del Dodge, Pity Hernández estaba preso y no lo sabía. Un modelo deportivo de dos puertas. Pity Hernández se sentó en el asiento de atrás.

Ahora el camino está libre para nuestro automóvil. Hace una hora dejamos Matanzas y en Colón apenas nos detuvimos cinco minutos. Dejamos atrás la carretera Central, estrecha y atestada de tráfico. Vamos por la vía del sur.

El oficial Felipe García maneja y agradece la nueva pista. El automóvil responde bien a los mandos. Es un Chevrolet del año 1958. Con motor del año 1959.

Salimos a las cinco de la tarde de La Habana. A las nueve y media llegaremos a nuestro destino. Cartagena.

Sentado a mi lado, en el asiento de atrás del "chevi", Héctor Hernández duerme.

El automóvil penetra a baja velocidad en la dependencia de Seguridad. Pity pregunta: —¿Este es el hospital, doctor?

El Dodge se detiene en el patio de cemento. Dejan las dos puertas abiertas y esperan por Pity y por su hermano Héctor. —Bájense aquí, les dice Felipe García.

El agente Jorge González lo rodea con los brazos. —Ven, Pity, que tú y yo tenemos mucho que hablar.

—Hazle caso, Pity —le pide Héctor—, que estamos presos. Tú con treinta años y yo con veinte.

Hay un entronque en la vía y Héctor se despierta. —Siga por el entronque, hacia la izquierda—, le señala Héctor al oficial Felipe García. El "chevi" dobla y diez minutos después entramos en Cartagena. A la entrada hay un obelisco pequeño, cuadrado y feo. A cincuenta metros del obelisco, en una calle que se une en cuchillo a la carretera de acceso, está la casa de madera con el número 67. El automóvil se detiene.

Me apeo primero y después los demás. Felipe García, Héctor Hernández y Jorge González.

De adentro de la casa reconocen a Héctor.

Hay un joven que sale a recibirnos. Lleva sombrero de alas cortas. Piernas abiertas y grueso cinturón, a lo vaquero. El joven mira a Felipe García, como alucinado al principio.

El oficial rompe la tensión y le ofrece su mano: —¿Qué pasa, muchachón? —le dice.

Pity Hernández toma con sus dos manos la del oficial y exclama: —¡Terraache, cará! —y entonces le da palmadas en la barriga, lo abraza, no suelta la mano y vuelve a exclamar: —¡Terraache, cará!

Felipe García dice: —No se te olvidó el nombrecito, ¿eh? —Terraache, ¡cará!

La sala de la casa se va llenando. Alguien habla: —Ese guardia gordo es el que cogió preso a Pity—. Héctor se ocupa de presentarme a su familia. —Mi papá—, y un hombre desdentado y con largos pies de patilla me mira. —Y esta es la viejita.

Y este es Pity —me dice Héctor—. Mi hermano Pity Hernández.

Lo saludo. Lo reviso. Ya no es el cuerpo de ciento veinte libras que bajó del Escambray.

Es el más saludable de los reunidos allí.

A solas en aquella celda, recordando los relatos que le hacían en el Escambray. Esperaba con los

ojos clavados en la puerta de madera y el oído atento a cada paso afuera de esa puerta.

No era un hotel. Contaba sólo con un objeto. Una de esas camas de armazón de hierro, estrechas y largas, que sirven para montar en literas y que abundan en las unidades militares cubanas. El prisionero recordaba las palabras, dichas una y otra vez, en las noches de los cañaverales.

“Como los comunistas no creen en Dios ni en nada, entonces no tienen problemas”.

Pity no puede dormir, ni de día ni de noche. Se pregunta por su vida. Afuera. Los pasos. Se acercan a la puerta. Va a entrar ahora. Se mueve la cerradura. Pity piensa: “vamos a ver a cuánto tocamos”.

Se levantó de su cama y se pegó contra la pared.

El carcelero le dejó un plato en la cama. Arroz, frijoles, macarrones y pan.

No comerá ese día, ni el otro. Al tercer día sí come y amanece bien, con más hambre, y vuelve a comer. Esa tarde, antes de la hora de comida, un soldado se presenta y no es el carcelero.

—Tú estás muy complicado, Pity. Llevaste muchos meses de alzado en el monte. Tu situación es mala y sólo tú puedes lograr que mejore. Yo creo sinceramente que puede mejorar. Nosotros sabemos que no tienes crímenes. Y si tú nos ayudas entonces nosotros podremos ayudarte.

Después se repitieron las visitas.

—Esto es el lavado de cerebro, pensó.

—A Héctor lo dejaron en libertad en seguida. Yo colaboré con Seguridad. Me hice amigo de ellos. Celebraron juicio y me condenaron a treinta años.

Alrededor de la mesa en casa de Pity todos tienen necesidad de decir algo. Hace dos años Felipe García lo apresó en la Habana, Jorge González detuvo a Héctor. Ahora están reunidos por primera vez en casa de Pity. Cualquier palabra hace reír porque los nervios en tensión empiezan a relajarse. Pity está de pase por tres días. Visita todos los meses su

casa. En el Plan de Rehabilitación lo han hecho responsable de una vaquería.

Podía ser un buen encuentro. Así lo pensé. Por eso fuimos a Cartagena.

—Pity, ¿por qué te desalzaste? —le pregunté.

Pity Hernández se alzó en noviembre de 1961.

En las estribaciones del Escambray se unió a la banda de Gilberto González. De ahí y por el camino de Vueltas de Cumanayagua, subió a la Sierra.

En un mes le entregaron su primera arma. Un revólver Colt 38. Luego pasó a la banda de Sancti Spiritus.

Tres semanas después, en la zona de Mercón, cercana a Cumanayagua, recibió la orden de unirse al grupo de Luis Vargas, donde le entregaron una carabina San Cristóbal.

En dieciocho meses, Pity aprendió a estar días sin probar bocado, ni siquiera una guayaba o un pedazo de yuca.

Arnoldo Aguilera, bandido del grupo de Luis Vargas, le dijo en el invierno de 1963: —Vamos a darle un tiro a Luis Vargas y nos entregamos después. Así nos buscamos el perdón de la Seguridad—. —Muchacho, estate quieto; acuérdate que Luis tiene un espíritu que le avisa lo malo que le puede suceder—, respondió Pity.

Adentro de una cueva dormía José Reboso, Juan La Cagá y Pity Hernández.

Luis Vargas entró. —Entonces, ustedes están durmiendo en esta cueva ¿y si viene el enemigo?

Al otro día Pity se despertó antes que Luis Vargas. Lo despertó. —Entonces usted está durmiendo en esta hamaca. ¿Y si viene el enemigo?

Luis Vargas, levantándose, le dijo: —No me comprometas—. Pity le encajó un piñazo en el cen-

tro del pecho. Luis Vargas abrió los brazos y cayó de espalda.

Ese día Pity pensó: —Hay que irse de aquí.

Dos semanas después merodeaban las estribaciones del Escambray. Luis Vargas le preguntó:

—¿Dónde pusiste el saco de sal?

—No lo traje. Lo olvidé en el camino.

—¿Entonces dejaste la sal? —se quejó Luis Vargas.

—¡Dejé la sal y ahora lo dejo a usted! —gritó Pity. ¡Dejé la sal y ahora lo dejo a usted! —dijo la espalda al grupo y buscó un trillo por entre el monte— ¡Y lo dejo a usted! —echó a correr sin saber por qué ni a dónde— ¡A usted!

Enterró su armamento en la guardarraya de un cañaveral. Una carabina San Cristóbal y una granada norteamericana de fragmentación.

Luego buscó a su padre.

El viejo llamó a La Habana y le pidió a Héctor que viniera con un automóvil.

Dos días después, Héctor recogió a Pity y lo trasladó hacia La Habana. En la capital, Héctor le regaló una pistola a su hermano.

—Bueno, Terraeché, lo que iba a decirle es que yo lo odié cuando usted me cogió preso. Se lo digo hoy. Yo lo odié.

Felipe García quiso decir algo que sintetizara aquella reunión pero no le salió. Argumentó algo sobre la lucha de clases. Pronto Pity estará en libertad condicional.

Yo me le acerqué al oído. —Podrías estar muerto ahora.

La madre me escuchó. —¡Ay, señor, no diga eso!

LA TIERRA NO PARE NARICES

A Tondike debieron premiarle con el diploma del bandido que más se batió contra la pelona.

Tenía su asiento de terror desde Corradillo hasta Sagua, y era negro como la noche, y precisamente por la noche atacaba.

Gastó más balas soviéticas y gomas de camiones soviéticos que cualquier otro bandido. De la cantidad de operaciones que le echaron. A ese Margarito Lanza Flores alias Tondike.

A la larga lo cercaron en un campo de caña. Y para iniciar el fiestón le prendieron candela.

Los de su banda se cayeron poco a poco, igual que un racimo de plátanos maduros.

A lo último sólo faltaba Tondike. Y se le dio candela a lo quemado. Arriba lanzaron un peine proletario con bayoneta calada.

Tondike siguió faltando.

Y se le dio candela a las cenizas, a las piedras, al viento, y le dieron candela y contracandela. Y ya venían los bulldozers cuando un miliciano vió dos huequitos de fiato que afloraban del cenicero que fue cañaveral.

El miliciano llamó a su comisario político. —Dígame usted, camarada, si a la tierra del pueblo le crecen narices de respirar.

Desenterraron a Tondike, que había cambiado la piel como las iguanas, y se le embolsaba la carne, y le colgaban tiras de pellejo, y era mucho más feo que antes de la quemazón.

El teniente Ferrer lo cogió por la muñeca.

¿Y usted quien es? —preguntó Tondike.
—Negro, yo soy el que tiene en Cuba más ganas de partirte los cojones.

Lo fusilaron por sus veinticinco crímenes de guerra abajo de un puente en construcción.

Se hizo el muerto cuando ya las balas salían, y cayó, y las balas le cruzaron a una pulgada de la cabeza, y apenas llegó al suelo ya se arrastraba para escapar.

Lo levantaron. Un oficial le explicó la seriedad de tal ceremonia.

—Ah, yo sé comportarme como los hombres.
Y se comportó.

EL ENEMIGO

Entró renqueando en la sala de interrogatorios. Le colgaba todo de la rodilla izquierda para abajo. Evitaba apoyarse en esa pierna. Tenía el rostro compungido, barba de tres días y uniforme amarillo de preso. Los de Seguridad nos dejaron solos en aquella sala. Ahora yo era su dueño.

Se presentó: —Me llamo Roberto García Molín.

Habló con serenidad, sin la preocupación de los primeros días, cuando lo capturaron. Ya no iba a morir fusilado. Seguridad comprobó que no cargaba crímenes y su cuenta quedará saldada en treinta años. Dos afilados plomos de la ametralladora checa V-Z le trozaron la pierna para siempre, por culpa de la mala puntería del vezetero que no le dio en el pecho.

Le pregunté: —¿Y ahora?

—Ahora todo terminó—, me dijo.

23 de julio de 1964.

Vieron volar el helicóptero de Lucha Contra Bandidos, como una araña atronadora. Discutieron y decidieron quedarse allí, en la llanadita cercana a Perea.

El helicóptero había volado muy alto.

3 de la tarde del día 23 de julio de 1964.

Llueve en ráfagas, durante media hora; después no llueve más aunque el cielo queda nublado. Oyen un motor. Observan a doscientos metros un jeep cargado de soldados.

Los tres discuten nuevamente. —No es con nosotros, fíjense que no se ve más ejército.

Pertenecían a la banda de Juan Alberto y estaban disgregados.

Decidieron quedarse allí.

El artillero del helicóptero Mi-4 espera abajo de la cabina de los pilotos, en una cabina más grande donde puede entrar hasta un jeep. En la nariz y empotrada en el piso está la *doce punto siete*. La boca de la *doce punto* mira al frente y hacia abajo. El artillero se ha sentado frente a los manubrios de su ametralladora. Tres ventanillas de cristal le enseñan su campo de fuego: la meseta insular que viene a morir en esta parte de la costa norte; la meseta termina de pronto, en un pronunciado escalón de cien metros. Después hay una franja de tierra que llega hasta la costa. Así es el centro de la Isla. A veces la meseta se eleva y adelgaza y entonces se convierte en sierra.

Cuando el helicóptero gira sobre la meseta, el artillero ve las casas de curar tabaco y la gente que sale de sus bohíos, seis veces más pequeños que las casas de tabaco, para asombrarse con el paso del Mi-4.

Se dieron cuenta que estaban cercados, llegando el vocerío de la tropa que peinaba. Roberto García Molín sabía desde antes, por instinto, donde debía resguardarse. Una rajadura angosta hundida dos metros en la roca donde terminaba el campo labrado. Portaba un magnífico Garand de fabricación moderna, con dos estrías en vez de cuatro. No lo utilizaría, esperando que el peine "le pasara por arriba". Atrás de él oyó los gritos y después los estampidos. Juró haber visto caer uno del grupo. Dentro de la hendidura se escondió a lo seguro, aunque había que estar de pie y la roca presionaba contra los hombros.

Cruzó los brazos sobre el pecho y dejó el cañón del fusil hacia arriba. Los del peine no se percataron que él estaba allí porque el jefe de la tropa ordenó una posta armada de V-Z sobre la misma hendidura, que hacía una vuelta de tal manera que estando en la tierra no se veía su interior.

El vezetero preguntó: —¿Aquí, Caballo?

—¡Cuida ahí, y enciende la chispa! —ordenó el jefe de la tropa.

Después el Caballo de Mayaguara situó más postas dentro del cerco. Roberto García Molín oyó cómo la posta se acomodaba y asentaba su V-Z sobre el bípode, a sólo medio metro de su cabeza.

Y llegó la primera noche. El Caballo de Mayaguara había dispuesto cada posta dentro del cerco. La tropa podía esperar allí toda la vida.

Mediodía del 31 de julio de 1964.

Contaba el tiempo. Ocho días hundido en la tierra como si fuera semilla.

Veía al vezetero a contraluz, por entre la fina hendidura. En los primeros días se imaginaba dentro de la barriga de un tiburón y que podía mirar por la boca hacia afuera.

Ya no sentía hambre pero sí la sed.

Arriba se acercaron unas botas. Pensó que traían la ración del vezetero. El Caballo de Mayaguara recorrió todo el cerco y ahora le decía a la posta sobre la hendidura: —Andando, nos vamos. Aquí no hay bandidos.

Luego escuchó cómo el vezetero se alejaba y mucho más tarde el ruido de los camiones. La hendidura quedó libre. Salió.

Afuera las cosas lucían igual que antes. Caía la tarde y se orientó hacia el este donde él conocía de arroyos y mangales y sembradíos de caña. Arrastraba el Garand. Pesaba un millón de toneladas. Oyó pasos de bestia y se dejó caer entre la hierba. Era un montero que terminaba la faena. Roberto García

Molín se fijó en los movimientos del campesino y su burro. Ninguno de los dos miró a los lados ni les llamó la atención nada en los alrededores. —La LCB está muy lejos de aquí —se dijo—. Están en lo de su madre.

Sólo deseaba una jícara de agua.

Vio la casa donde el montero había detenido su burro. En el portal jugaban unos muchachos. Se preguntó si debía seguir o pedir agua y comida.

El vezetero emboscado pegó la mejilla al culatín y encendió la silueta dentro de la mirilla. Aprentó con lentitud el gatillo hasta que la V-Z comenzó a zapatear.

La pierna izquierda le colgó hacia adelante como si no fuera de él.

Oyó que alguien gritaba: —¡Alto!—, pero la ametralladora seguía.

—¡Háganle caso y paren!

De pronto el silencio.

—¡Estoy aquí, me entrego! —voceó con las fuerzas que le quedaban.

—¿Se puede llegar en confianza? —preguntó el Caballo de Mayaguara.

—Llegue, que es un hombre el que habla.

Recogió el Garand cerca de él y se lo afincó al hombro. Apuntó. El Caballo de Mayaguara, plantándose delante, dijo: —¿Cómo, muchacho cómo has hecho ésto? —y tomó el fusil por el cañón, arrebatándoselo de las manos.

—Ná —respondió—, ideales y terquedades que tiene uno. Ahora no hay remedio.

Sólo después se dio cuenta que el Caballo de Mayaguara no traía armas. Lo montaron en una camilla y pidió agua y tomó mucha, sin que le hiciera daño.

Aplastó su cigarro en el cenicero. Me esquivó la mirada.

—... pero ya todo se acabó.

EL CABALLO DE MAYAGUARA

El Caballo de Mayaguara es hijo del monte. Perro viejo en la montaña. Dice: —La FAL belga es mi bicho y mi pistola es la cuarenticinco—. Manipuló su pistola Colt, número 272-448, modelo del gobierno norteamericano. Se hizo de ella en la lucha contra la tiranía de Batista, la ocupó en la batalla de Santa Clara.

No tiene nada extraordinario su pistola. Aplana, engrasada con economía por quien sabe de armas; el pavón gastado en el gatillo y la empuñadura. No tiene nada especial, salvo que es la pistola del Caballo de Mayaguara, y es este hombre de 46 años quien ha enviado más bandidos al Reino Celestial.

El Caballo es primer teniente y su otro nombre es Gustavo Castellón. Pero nadie conoce ese nombre. Las órdenes del Estado mayor venían presentadas así: "Estrictamente Secreto. Compañero Primer Teniente Caballo de Mayaguara. Escambray".

Caballo es soldado, posee una mujer bien acorada; él le sabe cada parte de su cuerpo y dónde le gusta que la toquen. —Sus besitos quemán—, dice Caballo y acaricia la FAL. El mismo bautizó su arma: La Yegua. —¿Cuántos bandidos ha matado?—, le pregunto y se pone molesto y responde: —Yo sólo mato en combate—. Después me confiaron: —son más de doscientos—.

En el combate Caballo de Mayaguara se encaja la boina en la nuca a la manera de los receptores en el juego de beisbol. Carga la Yegua y la dispone en

automático. El Caballo pelea de pie, las piernas abiertas y echando rafagazos largos, moviendo el arma en abanico.

Esa es su técnica porque conoce la técnica de los bandidos. Cuando el bandido huye, dispara hacia atrás y a la loca. Sin apuntar. Sobreviene en los cazabandidos la sensación de agarrarlos con las manos. Caballo no se mortifica, sabe que la Yegua quema a más de un kilómetro. Caballo sortea el tiroteo bobo de los alzados y ladea la Yegua a la izquierda, la separa una cuarta del tórax y hace fuego a chorros, guiándose por las balas trazadoras y los bandidos que caen.

El Caballo vive dentro de un cuerpo de seis pies, lleno de músculos. Sus piernas se hicieron de la misma madera del roble de la montaña. Lleva pistola en una cartuchera de cuero negro y un cuchillo comando del lado izquierdo. Siempre usaba en las operaciones un machete cañero.

Sobre él mismo dice: —¡Es que yo he vivido tanto!

Los del Estado Mayor se preocuparon alguna que otra vez y dijeron historias del "Personalismo del Caballo". Pero Caballo reía: —¡Qué le voy a hacer, si yo soy el Caballo de Mayaguara!

Su tropa, formada con cachorros que morodean los 17 años, se para en seco cuando Caballo alza la diestra en las operaciones de peine. —Ya el Caballo olió al bandido —comentan los cachorros y se preparan para el encuentro.

Esta tropa se formó con los niños bragados del Escambray. El es padre de cada soldado y así les llama: —son mis caballitos—. Pero los caballitos no lo ven como a un padre. Para ellos, Caballo es su jefe, su combatiente número uno. El más fiero de los cazabandidos.

Hubo épocas de apretarse el cinto, de escasear las botas y las camisas en la sección de suministros. Y ellos eran la imagen de todos los desvalidos de la

tierra, que peinaban el Escambray, comandados por Caballo, con su FAL terciada sobre el pecho.

De pronto se detenía y alzaba la diestra. El monte callaba. —Ya olió al bandido, se decían los caballitos. No era magia ni radares en los huecos de la nariz. Sólo que Caballo es hijo del monte.

El peina cien metros delante de toda la tropa. —Para oír bien porque tengo oído fino—. Rebusca las huellas en la hojarasca, los gajos partidos, las contraseñas de piedras de los bandidos; así los huele, con su propia experiencia de alzado.

De esa época de alzado, cuando la lucha insurreccional, nació el nombre y la historia: este campesino pobre y sin tierra, hijo de isleños, una madrugada supo que los soldados de Batista habían macheteado a su compadre Maximiliano Reynoso, por "lo de las quemas de caña".

Fue la madrugada que Caballo juró matar también.

Tres meses anduvo rondando por la zona de Mayaguara hasta que decidió coger monte para unirse a los rebeldes. Después, cada noche, subía al campamento insurrecto con un par de armas quitadas a los soldados. Los rebeldes aseguraban: —Aquí el caballo es Castellón—. Y nadie le preguntaba por la suerte de los desarmados.

A los 39 años desapareció el campesino Gustavo Castellón. Nació entonces esta fiera de cuerpo grande y disparo certero. Lo parió el monte, y la injusticia.

Fue en aquella operación de la llanadita de Pearea donde los del Estado Mayor lo llamaron. Era el octavo día de operaciones y LCB ensayó una táctica: retirar el grueso de los batallones y dejar un grupo emboscado, a las órdenes del mismo Caballo.

Ese día, al anochecer, Caballo oyó el canto de la V-Z. Corrió por dentro del monte sin agarrar sus armas. El vezetero le informó: —Caballo, le dí a uno.

—Estoy aquí, me entrego.

—Voy a llegar con confianza —dijo Caballo y se acercó a la silueta revolcada contra la tierra. Le apuntaban con un Garand. Se lo arrebató de un matazo.

Montaron al bandido en una camilla y llegó el comandante Proenza. El bandido le dijo a Proenza:

—Yo se la iba a arrancar al Caballo.

Proenza le respondió: —¡No jodas!

A LA CUARTA VA LA VENCIDA

El 8 de julio de 1961 reventó en la zona norte de Cuba, entre las provincias de Camagüey y Las Villas, el alzamiento de Arnoldo Martínez y Andrades, traidor al Ejército Rebelde. En su actividad inaugural, asaltó el Círculo Social de Río, la noche de 18 de setiembre de 1961, dejando nueve muertos. Arnoldo portaba una FAL; fue de los pocos bandidos que portó FAL. Arnoldo instituyó el "Frente Norte", y le dio el mando de la parte de Las Villas a su primo hermano, el comandante Juan Alberto Martínez y Andrades, y la parte de Camagüey, al comandante Manolito. Arnoldo se quedó con una guerrilla a modo de estado mayor. Llegó a reunir 56 hombres. Los cazadores le tendieron tres grandes cercos, uno tras el otro, de los que se escapó, pero cayó en el cuarto cerco. Su cadáver y su FAL pasaron a manos de la Revolución.

El cabo Gerardo Díaz Gutiérrez, de la Especial de Combate relata:

En la granja Camilo Cienfuegos, cerca de Santa Clara nos instruyeron en infantería y despliegue, para formar una nueva unidad, la Compañía Especial de Ametralladoras del comandante Tomashevich. Nuestra misión sería cerrar en un círculo de fuego al bandido, usando sólo las V-Z y las FAL. La pri-

mera misión de la Compañía Especial fue contra Arnoldo. Los bandidos venían avanzando y nos hicieron fuego. Entonces íbamos a envolverlos pero se ordenó detenernos. El teniente Miguel Ramos, dijo: ¡Pelotones dos y cuatro, síganme! Lo seguimos hasta la izquierda del peine. Allí topamos con una cueva y nos encontramos con dos alzados rezando con sus rosarios. Les dimos el alto y ellos soltaron un M-1 y un M-3. En la cueva encontramos mochilas, pantalones, rosarios y biblias. Al otro día se tiró un nuevo peine. A nosotros nos enviaron por la parte de las piedras y una compañía de granjeros subió la loma de hierba de guinea. No encontramos nada. Tomashevich invirtió la operación y envió nuestra Especial de Ametralladoras por la loma de guinea. Apenas nos dislocamos, y empezaron a disparar, y nosotros a responderle. Arnoldo era un huevúo. En ningún momento se echó al suelo. Peleaba de pie. Le llevamos un trozo de cabeza. Los sesos se le vacilaron, acompañados de las raíces de los ojos. Es que le dimos con V-Z, y con FAL, y con ganas.

Diario de Arnoldo Martínez:
Frente Norte de Las Villas.

Julio 8, 61.

Nace el Frente Norte de Las Villas, se alzan los soldados Mario López, Ibrahín Cruz y Medardo Cruz, dirigidos por Arnoldo Martínez y Andrades, que actúa como jefe. Manteniéndose varios días sin que se supiera de ellos, hasta setiembre, que fue cuando recibieron las armas; bajo las órdenes del Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR).

Setiembre 18, 61.

Es atacado el poblado del Río por un grupo de soldados de este frente, al mando del comandante Arnoldo Martínez, y los soldados Mario López, Ibrahín Cruz Oropesa, Medardo Cruz Oropesa y Fidencio Torres, causándole nueve heridos al enemigo, y por nuestra parte no tuvimos que lamentar

desgracia. En esta acción se nos unieron Juan Alberto Martínez, Valentín Hernández Concepción, Gerardo González, Noel Herrera Ramos y Manuel Padrón.

Octubre 2, 61.

Ingresaron: Rogelio Padrón, Jorge Padrón y Nicolás Vázquez.

Octubre 16, 61.

Valentín Hernández, Capitán, Juan Alberto Martínez y varios compañeros más, los cuales salieron a recibir unas armas que iban a ser entregadas por el señor Fidencio Hernández, a las doce de la noche y en esos momentos que esperaban las armas fueron atacados por el ejército y en el tiroteo que se desarrolló se le causaron dos bajas y por nuestra parte un soldado herido; terminada la lucha a las dos y treinta a.m., es atacado el campamento media hora después, no teniendo que lamentar desgracia por nuestra parte, los hechos ocurridos fueron en la finca *Juan Velozo* que se encontraba el campamento en los límites de ambas provincias.

Octubre 20, 61.

Encontrándose la tropa en un cerco y con varios hombres desarmados, además de eso, a petición de ellos, porque se encontraban desarmados dijeron que era mejor bajar y tratar de escapar y yo como Jefe consulté la situación con los demás compañeros y estuvieron de acuerdo en que ellos bajaran, Roberto Cintra, Guillermo Morejón, alias Gato Negro, Yankee, Claudio Torres, Pedro Romero, tres de los compañeros mencionados fueron sorprendidos en los momentos que trataron de escapar, convirtiéndose en chivato y traidor de sus compañeros el Casquito Roberto Cintra, por su causa fueron detenidas numerosas personas, de las cuales todas fueron enviadas a Santa Clara, siendo esas personas trabajadores y padres de familias, honrados y cumplidores de los deberes de su patria en los momentos difíciles.

Octubre 29, 61.

Ramiro Saavedra se encontraba operando como segundo del comandante Jorge, en la zona de Marroquí, provincia de Camagüey; por acuerdo de la tropa entonces ingresó en el Frente Norte de Las Villas e ingresó el día 2 de noviembre de 1961.

Noviembre 12, 61.

Ingresó el compañero Daniel Cruz.

Noviembre 20, 61.

Ocupada una carabina San Cristóbal por el capitán Valentín Hernández y los soldados Manuel Padrón y Rogelio Padrón.

Noviembre 20, 61.

Por orden de la Comandancia, el teniente Mario López y los soldados Juan Alberto Ramírez y Pedro Pino fueron a realizar una misión en la finca *Las Flores* y en los momentos en que esperaban fueron sorprendidos por el ejército comunista, los cuales fueron informados por el chivato Juan, no pudiéndose comprobar en estos momentos si fue él; a las dos de la tarde fueron rodeados los dos compañeros y a las cuatro de la tarde del mismo día veinte fue incendiado el campo de caña donde se encontraban, no pudiendo encontrar ninguna salida, optaron por esperar y después de quemada la caña, a las siete de la noche, trataron de escapar ya en estos momentos el compañero Pedro Pino, heroico combatiente había resultado muerto; el Teniente Mario López y el soldado Juan Alberto Martínez, empezaron a retirarse del cerco mencionado y en los momentos que esperaban fueron sorprendidos por una posta y en esas circunstancias tuvieron la necesidad de separarse por el ataque del enemigo; escapando el teniente Mario López en esos momentos, y al otro día, logró escapar también el soldado Juan Alberto.

Noviembre 26, 61.

El comandante Arnoldo Martínez se traslada a realizar una misión en el llano con varios soldados

de su tropa y no fue posible realizarla, por lo cual esa misma noche se acerca a la carretera que lleva el nombre de circuito norte y es interrumpido el tránsito en cuestión de media hora, al tratar de quemar una guagua de transporte; una máquina que se desconocía quienes la tripulaban empiezan a tirar, entonces contestamos la agresión sin poder precisar cuáles fueron los hechos hasta este momento, por nuestra parte no hubo desgracia que lamentar.

Noviembre 27, 61.

El grupo de hombres que se encuentra operando acción y sabotajes, por orden de la comandancia que man las cañas en la zona comprendida entre Caibarién y Chambas; por los hechos ocurridos fueron detenidos varios compañeros valiosos que se encontraban operando bajo mando de acción y sabotajes, que también trabajaban bajo el mando del Frente Norte Las Villas.

Noviembre 29, 61.

Por orden del Frente Norte de Las Villas, el grupo de acción y sabotajes hacer arden las cañas de varias colonias en la zona comprendida entre Caibarién y Morón.

Noviembre 30, 61.

Es autorizado por esta comandancia el señor Ramiro Saavedra, para realizar una misión y yo autorizo para que sea respaldado en cualquier motivo.

Diciembre 2, 61.

Se alzan los soldados bajo las ordenes de esta comandancia, Floro Camacho. Héctor Cruz y Reinel Méndez.

Diciembre 8, 61.

Por encontrarse enfermo el capitán Valentín Hernández y a petición de él, causa baja y es sacado de la zona; hasta este momento este hombre ha observado buen comportamiento, pero debido a las circunstancias tiene que ocupar su puesto uno de

los hombres más viejos en el monte, por lo tanto yo como Jefe Autorizo que este señor en cualquier momento que crea el estar dispuesto para ingresar en las filas de este ejército, será alistado.

Diciembre 13, 61.

El señor Mario López, teniente de este Frente Norte, que actuaba como Tercer Jefe, es degradado, por encontrarnos en una zona que él conoce perfectamente bien y negarse a conducirnos a un lugar seguro; llamándosele la atención trató de pelear y desobedeció las órdenes superiores. Momentos después, yo como Comandante de este Frente Norte desarmo a este individuo y lo destituyo del cargo que ocupa, bajo mi responsabilidad y la de los oficiales presentes. Siendo testigo de este incidente todos los soldados y demás presentes. Firmado: Arnoldo Martínez, Comandante en Jefe; Manuel Padrón, Ibrahín Cruz y Fidencio Torres.

Diciembre 16, 61.

Encontrándose las tropas del Frente Norte en la provincia de Camagüey, debido al cerco plantado por el Gobierno Comunista, el grupo de Acción y Sabotajes, por orden de esta comandancia, quema un jeep del gobierno, causando varias pérdidas en el Central Adelaida.

Diciembre 21, 61.

El capitán Ibrahín Cruz Oropesa, se traslada con un grupo de soldados hasta cerca del poblado del Río, donde sobre las siete de la noche, queman el tren de Narciza que iba con destino a Chambas, sin que recibieran resistencia alguna, realizado el trabajo, se trasladó al campamento.

Diciembre 25, 61.

Al mando del comandante Arnoldo Martínez y un grupo de hombres en el lugar conocido por Aguada, donde tratamos de ocupar un baile comunista, pero fuimos sorprendidos como a dos cordelles del baile por las Milicias, entablándose un fuer-

te tiroteo que duró varios minutos, el baile se terminó, no teniendo que lamentar nada por nuestra parte.

Enero 4, 62.

Encontrándose la tropa en la provincia de Camagüey, en el lugar conocido por *Guayabo*, fuimos cercados por la noche, pudiendo escapar sin sufrir bajas en los momentos en que trataron de asaltar el campamento, perdiendo la tropa nuestra todos los utensilios del campamento y los libros de todos los hechos ocurridos en los meses que lleva actuando este Frente.

Enero 8, 62.

Se incorpora a la lucha de guerrilla el soldado Venancio Rodríguez, bajo las órdenes de esta comandancia.

Enero 20, 62.

Por encontrarse en un cerco el diecinueve de los corrientes en la provincia de Camagüey, en la zona Norte, el comandante Rolando Martín Amodias, se incorpora a la Columna del Comandante Arnoldo Martínez, por haber perdido tres hombres y regada la tropa, logrando salir el comandante Rolando y el soldado Mario Bravo, desconociendo el paradero de los restantes hombres de su tropa. Debido a esas circunstancias, toman el acuerdo los dos jefes de trabajar unidos por el momento hasta ver si es posible reorganizar la tropa.

Enero 26, 62.

Un grupo de hombres se traslada a la cooperativa de Barro Amarillo, bajo las órdenes del capitán Ibrahín Cruz y roban las armas de la cooperativa, sin recibir resistencia por parte de la Milicia, ocupando nuestros guerrilleros, cinco Springfield y una escopeta calibre 16, trasladándose después de los hechos al campamento.

Enero 30, 62.

Ingresan los soldados Everardo Díaz Brunet y Eliseo Alfonso, los cuales portaban una Carabina San Cristóbal y un M-1 y una escopeta automática calibre 12, éstos se encontraban alzados desde el día veinticinco de octubre bajo las órdenes del capitán Martínez Rosell, que opera en la zona de Jarahueca, y el día primero de diciembre optaron por separarse; estos elementos bajo la dirección de esta comandancia entraron en el pueblo de Meneses, sobre las doce de la noche y quemaron un carro comunista, después de quemar el carro sostuvieron un tiroteo y luego se marcharon.

EL MAS ACA

A O.G., el mejor amigo

El día se destruyó a mi espalda. Era yo solo en el ocaso y en el Escambray. Me quedé rezagado de la compañía, de la Ligera de Combate, del Batallón 119. Yo soy el miliciano Narra Pelón, que ese es el nombre más lindo.

Y tenía alguna brujería, rondándome la existencia. Algún espíritu que picaba rente y no se decidía, ese espíritu de maldición que me lanzan las mujeres que preño. Jamás fallo con la puntería. Y el espíritu andándome por las estribaciones. No se atrevía de frente, ni el espíritu, porque hay que tener coraje conmigo, hasta los espíritus, que toda la Habana Vieja sabe de mi desesperación en la bronca fuerte, que le muerdo la garganta a cualquiera, que voy a morir gritando dispárenme en los huevos que aquí hay un macho. Y eso lo sabía el espíritu que yo cuento. No se atrevía conmigo, pero me dió la señal.

Primero apareció en el cerco de Tondike, cuando Robertico el fusilero me dijo alcánzame el tenedor, a la hora del rancho, y sonó fui fui a mi lado, y me viro con el tenedor en la mano, el sargento señalaba de allí salió el fuetazo, y Robertico no acababa de coger el tenedor, con la cabeza abierta al medio y los sesos puestos en la cacharra del rancho.

Ese fue el primer aviso.

Después sucedió con la FAL. El sargento ordenó que la entregara cambiándola por una metralleta, para hacer posta en lo de Bertulio.

Las metralletas son una porquería. Ya me han explicado que las dieron los hermanos checoslova-

cos. Y yo agrego que algún día los cubanos levantaremos estatuas a las metralletas checas y a los fusiles M-52 checos y a las Pssha rusas, de la recia Revolución que defendimos con sus pertrechos. Pero quiero asentar que si de echar balas por delante se trata, pues las checas la echan a gusto, si el soldado lleva tal cantidad de braguerío que se le pega al enemigo a menos de un pie. Entonces el enemigo se muere.

Los bandoleros vinieron al trote y a la media noche. Y yo oculto y solo en la barbacoa del maíz. Cinco de a caballo. Uno que se apeó y cuatro montados por cada esquina de la casa. Fui a palanquear la FAL cuando recordé que era metralleta. Los hubiese barrido de un soplo. Cinco muertos a mi cuenta que se quedaron en ganas, sobretudo el mulato de pelo lacio, colgándole al pecho, y el sombrero negro y la carabina terciada.

Terminaron su negocio en lo de Bertulio. Se fueron por donde vinieron, con el polvo detrás.

—Sargento —le dije provocando la jurídica—, o me entrega la FAL o me declaro en huelga.

Ese fue el segundo aviso. Y a la tercera va la vencida. El corajo se rompería en mi próxima acción de guerra, lo pensaba en el rezago de la compañía y del ocase y del Escambray.

Los morteros sonaron antes, los del primer pelotón, de la Batería Ligera, de nuestro Batallón 119, uniendo el acero de la treinta a las vísceras de sus servidores. Yo oí de la cañada las voces de mi compañía, que se retiraban, y que cómo recogían los pedacitos de los bandoleros de la treinta, que necesitaban una espátula, por lo menos.

Iba a reunirme con ellos enseguida. Estábamos adentro del cerco grande y la orden de fuego a cualquier sombra después de las seis de la tarde no tenía madre.

El mulato de la melena lacia me cruzó sin caballo a cincuenta pasos. Le soné dos toletes con la FAL, resguardándose atrás de una ceiba panzona.

Le soné un magazine completo, sacándole lascas a la ceiba.

Puse un magazine nuevo.

El mulato agitó una camiseta amarrada a un palito.

Le toleté la camiseta.

—Me voy a entregar —voceó.

—Bueno, estás acercándote ya.

Salió con las manos *enjuntadas* a la cabeza y le nacionalicé la pistola. —No me vayas a matar.

—Perdóname, mulato, yo sé que tu eres buena gente, o padre de familia, o no te alzarás otra vez, pero yo tengo un maleficio que me vuelve loco. Alguien tiene que limpiarme, porque el espíritu se ha empeñado conmigo.

—¿Y cómo es? —preguntó.

El mulato usaba cara de entendido, y le conté. —Entonces, es verdad— comprobó el mulato.

—Me tiene loco.

—Te propongo una onda. No me mates y yo te acompaño toda la noche, en vela, y llamamos al espíritu, a que baje, y no te moleste más. Vale la pena ser pareja y no solitario contra los malos augurios.

Subió la luna. Los grillos se mortificaron las patas. Acosté de boca al mulato, amarrado con su propia camisa y con su propio cinto. Me le senté en las nalgas y le hundi el cañón del fusil en la nuca. Advertí: —Voy a picarte un cacho de nalga si me imagino una trastada.

Le puse un cigarro en la boca y me puse otro en la mía. Empezamos la fumadera, y la habladera, que de dónde eres tú, que de dónde soy yo, y estas cosas. A la medianoche pidió otro cigarro.

—Si tuviéramos café...

—Eso sería un tiro —dije.

Luego hablamos de las mujeres, y el amanecer nos sorprendió haciendo chistes de las buenas hembras y los curas impotentes.

Lo llevé a la línea del cerco y los de Seguridad me regalaron una palmada. Nunca supe si él sintió cuando yo daba los cabezazos y me iba durmiendo, porque sólo me decía: —Que ese espíritu tuyo no baja.

Y desde esa noche el maleficio se fue a molestar otras almas mejores que la mía y no he vuelto a preñar una mujer porque el mulato me dijo que los *apreservativos* cuestan veinte kilos y los venden en las boticas.

EL ULTIMO DE LOS JIBAROS

Bedule fue al grano, como le gustaba a Mejerías.

—¿Sabes, Mejerías? me cansé de matar perros jíbaros. Hay una guerra en esta Sierra y yo soy un buen tirador. No lo niego, he aprendido a tu lado y lo agradeceré cada vez que apriete el gatillo. Pero ya me cansé de matar perros jíbaros. Ahora voy a matar hombres.

Mejerías sólo preguntó:

—¿Con quién te vas, con el ejército o con los bandoleros?

—Soy viejo amigo del capitán Braulio Pastora. En el ejército dan ropa, botas y comida. Es mucho mejor que andar cazando contigo. Además, Mejerías, de verdad que a las mujeres les gusta el uniforme.

—Sí, eso es verdad —asintió Mejerías—, ¿y qué armas te darán?

—El capitán Pastora me prometió una FAL. Esa es belga.

—Ah, pues si es belga tiene buena calidad. Seguro. Yo tuve una escopeta belga, de dos cañones, calibre dieciséis. La perdí en un ciclón.

Bedule devolvió el caballo Roquete, la montura mejicana, la escopeta inglesa y veinte cajas de cartuchos, todo de la propiedad de Mejerías y que usó Bedule en los diez años de trabajo a su lado. Por su parte, Mejerías pagó el último salario como si hubiera trabajado el mes completo. Ochenta pesos contantes y sonantes que abultaban en el bolsillo de Bedule.

Sorbiendo un trago de ron, seco y lento, tomado sin decir palabra, recostado a la barra del bodegón La Primera de Godines, se despidieron.

Con el ocaso, Mejerías partió de Godines, llevando sus nueve sabuesos, un caballo vacío y una escopeta sin dueño.

Así nació el tiempo en que los árboles de la Sierra lucían perros jíbaros muertos como si los parieran. Mejerías cazaba afiebradamente.

Había más dinero que nunca. Los propietarios pagaban sin remilgos. Los jíbaros iban dejando en paz al ganado, a las gallinas y a los puercos. Era el segundo año de la Ley de Reforma Agraria, la primavera venía noble y el dinero corría. Aunque en las noches surgieran las llamas, ardieran almancen, campos de caña, casas de tabaco y sembradíos de vianda.

Los bandoleros se hacían sentir con la potencia de sus M-3, y sus petacas de fósforo vivo, y la cadencia hábilmente manejada de los bi-ei-ar.

Comenzaba en Cuba la escasez de ropa, comida, calzado y bebida. Pero se tenía dinero, en las cifras deseadas, en las cantidades que no podía gastar Mejerías Argilago, que seguía colgando los perros muertos, de las cercas, matas y piedras altas.

Mejerías preparó un nuevo ayudante. Ramón Mancebo. Se lo tropezó en el camino, y Mejerías dijo: —No te conozco, pero tienes los ojos limpios. Por eso te propongo que te hagas mi ayudante.

En el Cerro, en Lagunitas, en el Valle del Silencio, en Las Bellagas, en Dos Arroyos de Canasí, al pie de Las Hamacas de Pineo, y alrededor de las estribaciones de El Cacique. De esta manera extendió Mejerías Argilago su coto de caza, acompañado del nuevo Ramón Mancebo, haciendo buen pre-

cio por cabeza de perro jibaro muerto. Cincuenta centavos el macho. Sesenta centavos la hembra.

Mejerías le cedió a Ramón Mancebo la escopeta inglesa de dos cañones, del dieciséis, sin marca de fábrica en el lomo, comprada en mil doscientos pesos, construida a mano con acero gris, labrada pacientemente en las partes cercanas al gatillo, luciendo arabescos, venados, zorras y manzanos.

Junto a la escopeta, Mejerías le cedió el caballo Roquete.

La bestia se acostumbró en dos partidas a su nuevo jinete y lo dejaba disparar desde la montura, sin encabritarse. Roquete estaba domado a los tiros. Sin embargo, Mejerías exigía hacer fuego rodilla en tierra y asegurar así la rotura del jibaro. Escaseaban los cartuchos del 12 y del 16. En las tiendas estatales había abundancia de proyectiles para las escopetas checas Brno 2. Prohibieron la venta de estos cartuchos por la guerra con los bandidos. Entonces Mejerías se los fabricaba, haciendo la metralla con cabezas de clavos, y la vaina con cartones de embalaje.

Buscaron durante semanas y no los hallaron, ni en los llanos, a donde bajaban en tiempo de seca, ni en las lomas, a donde suben en tiempo de agua.

Buscaron en los escondites favoritos, en las cuevas, en las malezas y en los barrancos.

Los sabuesos gastaron sus hocicos y el viento se negó a traer noticias de las fieras.

Mejerías advirtió:

—Hay que tener cuidado. Si se están reuniendo en manada es que van a atacar. Son unos hijos de puta.

No sucedió así.

Los dos cazadores regresaban a paso cansino. Mejerías Argilago, corneta de cuero cruzada al pecho, sombrero despelusado, se había reducido sobre la montura.

—Es imposible, que yo mismo los haya eliminado.

Llegaron al sitio del Gallego.

Ramón Mancebo esperó el cierre del negocio y el Gallego gesticulaba.

—Observe esto, Mejerías, me han comido una ternera, un chivo, un carnero, una gallina y tres guineos. Así no se puede trabajar. Me reviento los pulmones haciendo las crías y son las fieras quienes abusan.

—¿Y cuándo se dio cuenta de las visitas? —preguntó Mejerías.

—Todas las mañanas me amanece un animal muerto. Todas las mañanas. Vienen por las noches, como los ladrones.

—Como los coyotes —rectificó Mejerías.

—Sí, como los coyotes ladrones —siguió el Gallego.

Mejerías silbó, Cadera vino corriendo a sus pies y los demás sabuesos corrieron al lado de Cadera.

—Oye, Gallego, te traigo ese jíbaro en una semana. Pero oye bien, no quiero dinero. Págate diez botellas del mejor ron.

—Eso vale mucho, Mejerías.

—Más caro te resulta ese jíbaro suelto por los montes.

—Te has vuelto duro, Mejerías. No me queda otro remedio. Tendrás tus dos botellas de ron.

—Te dije diez botellas, Gallego.

—Eso... eso mismo. Tendrás tus diez botellas. ¿Y por qué no quieres dinero?

—Se acaba el negocio, Gallego. Te digo que este es el último perro jíbaro que me queda. No quiero despedirme de la cacería por cincuenta centavos. Me gustan las despedidas con ron.

—Está bien, como quieras. Tráeme ese perro muerto.

—Lo traeré —aseguró Mejerías, acariciando el pescuezo de Cadera, agachándose a su lado, diciéndole al oído: —Huél'eme ese jíbaro—. Cadera se alborotó, giró sobre sí mismo y de pronto halló un derrotero por donde la siguieron los cachorros. Mejerías se montó en Mandarina, tocándola con las espuelas. Ramón Mancebo también. Entre las ramas y por arriba de las ramas jugaban las torcazas, los totíes y los judíos, ajenos a la cacería que se iniciaba.

Y que terminó ese mismo día, cuando Cadera se internó en una cañada de piedras calizas y regresó aullando. Manaba sangre del hueco que había sido su ojo derecho.

—¡Es una jíbara recién parida! —gritó Mejerías. Ramón Mancebo se lanzó del caballo, aún al galope, y corrió adentro de la cañada. Mejerías siguió con los gritos:

—¡No dispaes, muchacho, no dispaes! —y se desmontó de Mandarina. Los otros sabuesos, intimidados por los aullidos de Cadera, se replegaron.

Mejerías llegó al lado de Ramón Mancebo, suando frío.

—No dispaes, muchacho, no dispaes.

La jíbara apareció sola, desafiante, avanzaba cautelosa en contra de los dos cazadores, pelambreira en punta, ojos brillantes como brazas de candela, la piel del hocico recogida. Mejerías se agachó, rodilla en tierra, apuntando con delectación.

—Es la última vez, Ramón Mancebo. Es la última vez.

Los ojos inyectados en sangre aparecieron a los lados de la mirilla.

—Será el mejor tiro de mi vida, el más limpio.

Se escucharon los lamentos de Cadera.

—Ojo por ojo y diente por diente —dijo Mejerías y le separó la cabeza como si en vez de disparar con un Remington hubiese utilizado una guillotina. El cuerpo del animal degollado quedó un instante en

pie. Y se vino abajo, resbalando por cada una de las patas.

Mejerías continuó sudando.

—Los hijos deben estar por aquí.

Llamó: —¡Cadera!

La perra tuerta respondió con un gemido.

—Le duele —dijo Ramón Mancebo.

—Claro que le duele —aseguró Mejerías—. Má-tala.

Cadera, sin comprender, se restregaba las patas por la cabeza. Ramón Mancebo la volteó con el cañón de la escopeta, y aunque ella se resistió, él encentró el pecho. Volvió a la entrada de la cañada. Ahí estaba la jibara degollada, pero Mejerías caminó más lejos y Ramón Mancebo vio el machete que descendía con todo su peso y subía dejando un rastro de sangre en el espacio.

—¿Ves por qué las hembras son peores? —enseñó Mejerías—, está allí muerta, pero aquí se dejó ocho cachorros iguales que ella.

A las seis de la tarde, Mejerías le tendió su carga. El Gallego asintió. —De verdad que eres el mejor.

—Ahí tienes los últimos perros jíbaros de la Sierra del Escambray. Son esos. Ahora venga la primera botella de ron.

El ganado y las aves de crianza podían vivir confiados. El Gallego y todos los propietarios dormían sin sobresaltos.

Mejerías Argilago, al trote de la yegua Mandarinina, el alarido de los sabuesos, se detuvo al pie de las Hamacas de Pineo. So-ooo. Ramón Mancebo, a su derecha, sujetó las bridas de Roquete.

Trece hamacas del capitán Pineo y sus hombres, llevadas al viento, se retorcían atadas una con otra.

—Ahí están las hamacas de Pineo —dijo Mejerías—. Quítate el sombrero.

Ramón Mancebo se descubrió, Mejerías buscó el más sobrio de sus silencios y la sabuesa Estrella lanzó un largo gemido.

—Ponte el sombrero.

Ramón Mancebo se lo puso.

—¿Cuántos perros jíbaros quedan en la Sierra del Escambray?

—Ninguno.

—¿Y quién ha hecho tal cosa?

—La hizo usted, Mejerías Argilago.

—Es lo que el cuerpo me pedía oír —y fusteo la yegua Mandarinina—. ¡Al trote, carijo!

EL PEPE REBOSO

—Lo capturé yo mismo, cuando él dormía. Me dieron ganas de hacerle cosquillas en los pies. Le puse el hierro en la nuca. Se entregó mansito. Y por culpa de entregarse, ya se nos acabó el trabajo —me dijo E., de la Seguridad, que me lo guardaba de sorpresa, cuando arribé a Santa Clara.

¡Pepe Reboso en persona! Le compré un tabaco Bauzá, que me costó treinta centavos. Y lo entrevisté en serio.

—Así que usted es Pepe Reboso —dije y advertí la señal de E., con las cejas, pidiéndome que no lo admirara, porque le iba a dar personalidad para comportarse en los interrogatorios.

—Sí. Soy yo. Este que viste y calza.

Ahora vive en la mampostería, por primera vez en siete años. Que le iban a salir hojas y caracoles del cuerpo. Demasiado tiempo en el monte. Demasiado. Eres un bravo, que se lo digo con el pensamiento. La Revolución Mundial se perdió tremendo guerrillero. Y desde que lo apresaron, hace tres días, no atina con el grifo de agua, ni con el muelle del colchón, (aunque sea colchón de la cárcel), ni a caminar sin hundirse en las cañadas, ni a ver los guardias y buscar el fusil que le han quitado del hombro para toda la vida.

—Yo he pasado muchos trabajos, chico. Soy un hombre bruto. Anduve un *seremil* de años por la loma, para ser capturado al final. Me capturó este señor. Y lo que yo traía arriba esa noche, era el sueño viejo, un fusilito, un saco de arroz y las botas.

Pero ningún crimen en la conciencia.

Le pregunté por la cultura.

—Yo escribo unas letras que parecen gajitos estreños. Sufro mucho con el lápiz.

Le pedí que me hiciera un documento, y lo dejé solo. Se echó media hora.

—No me sale nada.

Entonces le dicté:

—Pon ahí. Yo, José Reboso, fui el último bandido alzado en Cuba. El G-2 me capturó, y me ha tratado correctamente. Yo no me alzaré jamás, por los sacrificios y trabajos que me acarreo. Escribe eso. Y fírmalo.

Pepe Reboso lo escribió, sudando la gorda. Y luego, nos despedimos. A él lo mandaron para la galera. Y a mí, Santa Clara me quedaba angosta, de la Sierra amplia que respiraba Pepe Reboso. El capitán José Reboso, ¡carajo! El hombre que un año después, cuando le dieron un permiso de tres días, vio una loma, de las enanas y pelonas, con chivas lecheras pastando, y ésa le bastó para aguarle los ojos.

Y yo brindo por tí, Pepe Reboso, y por la suerte de que no te tronaran, y levanto mi cacharra de campaña, cargada con agua de río crecido, y digo que es a tu salud.

AL PRINCIPIO ERA LA MONTAÑA, EL CIELO Y LA TIERRA

Este hombre de cara noble se llama Borja y es panadero de profesión. Este panadero lleva las tres barras de capitán al cuello.

Este Borja de barbas patriarcales es ahora un cazabandido veterano, pero el día 27 de febrero de 1959 no tenía ningún conocimiento en la materia de coger bandidos. De la guerra sólo tenía sus apuradas experiencias de guerrillero en la Sierra Maestra, donde ganó los grados.

El capitán Borjas llegó a Pinar del Río con la misión de capturar los primeros seis hombres alzados contra la Revolución Cubana. La gente de El Cabito Lara.

—Resultó que una tarde de agosto de 1959, yo estaba con Fidel en la cueva de Santo Tomás. Eso queda en la Sierra de los Organos. Nos acompañaba el práctico Malajón, que se sabe esa zona de olerle las cosas y adivina quién viene. Después del almuerzo me eché a dormir, y Fidel se alejó acompañado de un tabaco, para venir a despertarme enseguida.

—Oye, Borja, me ha dado una idea —dijo. Yo me desperté completo—. Oye, Borja, vamos a coger a Malajón, y a once campesinos más, para organizar una patrullita. Yo les daré entrenamiento en la escuela de Managua. ¿Qué te parece?

Un mes después volvió mi patrullita de Malajón, entrenada en Managua. Yo no me explico cómo los instructores pudieron sacar militares de aquellos guajiros.

Los dispuse por los lugares más convenientes de la Sierra. El Cabito Lara sólo enseñaba la garra cuando apretaba el hambre. Pero era primavera y la Sierra se cundió de alimento.

La buena racha se le rompió al Cabito en una tarde de aguacero.

Uno de la patrullita se guareció en el bohío que le cerró el paso. Y pidió permiso a los dueños. Traigo la carabina ensopada. ¿Me dejan limpiarla?

Claro que se lo permitieron.

La desarmó sobre la mesa de comida, cuando una sobrina de los dueños le dijo:

—Señor, regáleme una bala.

Las balas no son cosas de niñas, como se sabe, y el patrullero se lo explicó.

—Echese a un lado, y salga a jugar con un palito y tierra. Ella se dio importancia.

—Ah, no me de la bala si no quiere. En mi casa hay *cantidá* —y abrió los brazos como una cesta de café.

En media hora la niña señaló cuál era su casa, y ya la patrulla cercaba.

—¡No me voy a rendir! —dijo el Cabito, por una ventana.

Malajón miró a los suyos. Siete carabinas.

—Peor para tí, Cabito. Allá va el primer mortero.

El Cabito preguntó: —Eh, ¿ustedes usan morteros?

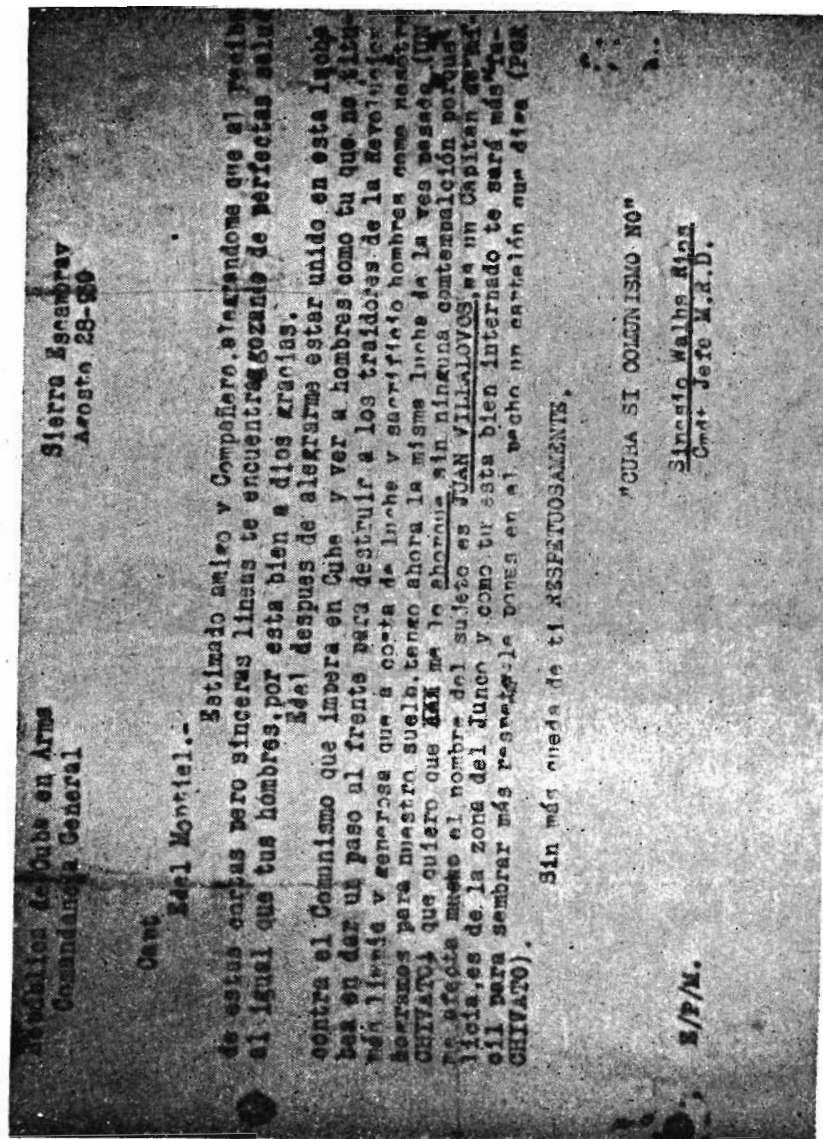
—Una batería completa, Cabito. Enseguida la vas a sentir en tu cabeza.

Malajón gritó: —Batería, atención.

—Si yo me rendí, viejo —aseguró el Cabito, con las manos en alto, y saliendo por aquella puerta que parecía un gelatino tembloroso y carmelita.

Capturamos al Cabito y decidimos organizar más patrullas. Ahora de doce hombres cada una.

No teníamos armas y recolectamos ochenta es-



16. Carta de Sinesio Walsh a Edil Montiel en el que le pide "ahorre sin ninguna contemplación" a Puro Villalobos.

FUSILAMIENTO

Ya aparecerá la Negra a buscarnos, y llevaremos nuestra tierra a la tierra, uniéndola a las demás tierras, y todo para que los cantores de la gesta reseñen los sufrimientos con la misma frescura que la victoria.

Que estos cadáveres no sean por gusto, es lo que quiero. Los de la muerte violenta, porque tuvieron esa suerte, y los de la agonía en la cama, porque ahí envejecieron. Que los cerebros estallando y la insolencia de un cañón de FAL recién disparada no sean por gusto. Por favor.

Y al capitán Bayamo no le interesan mis filosofías y se agenció el baño de una casa cercana y se va a baldear y lleva en la mano una botella de alcohol que siempre se echa entre las piernas para emborrachar a los *espermatozoides*, según dice.

Bayamo, uniformado de limpio, me llevó en su Chevrolet.

—¿Tú no querías ver un fusilamiento? Hoy lo verás —dijo.

Yo le respondí a la imitación de ellos, abultando la voz:

—Sí, que los partan. Que prueben nuestros dientes.

A la una de la madrugada trajeron los condenados.

Temblaba como una puta. Suerte que llevaba mi jaket y no se percataron. Alguien me ofreció un cigarro, y decliné con gesto breve.

Cuando dijeron fuego, tenía los ojos cerrados, ocultos en los espejuelos. Y abrí a tiempo de ver la

polvasera, los condenados revolcándose, y oír los gritos de no sé dónde y de no sé quién, y pensé que no era un juego, que la Negra iba en serio, olía a polvo y pólvora. Y allí no había regreso. No era cuestión de remediarles el cuerpo y echarlos a andar de nuevo.

Y yo de bobo calculaba que no dormiría esa noche, por culpa de lo visto.

Aseguro que sí se duerme. Y como si tal cosa se desayuna al otro día.

El recuerdo aflora al año, de buena semilla sembrada, y va creciendo, echando flores de huesos, porque se ha disparado y se ha muerto junto con el condenado, que se contrae, y pide ¡acaben!, y él mismo se pone a disparar con el pensamiento, y es lo que decía a Bayamo, y lo que digo a los vivos, que esos muertos, bandidos y cazadores, sean para algo.

Se los pido yo, Norberto Fuentes, también hijo de la Revolución.

F I C H E R O

OBJETIVO DE LOS BANDIDOS según la orden directa de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana (CIA): Apoyar la invasión de una fuerza expedicionaria que arribaría a Cuba en los primeros meses de 1961. Los bandidos debían tomar pequeñas poblaciones, interrumpir las comunicaciones y el tráfico de convoyes militares. Los bandidos comenzaron a organizarse en grande a mediados de 1960 (entre mayo y agosto), abarcando las seis provincias del país. El núcleo principal de las bandas se instaló en la Sierra Escambray, calculándose sus efectivos en 3 mil hombres, armados con equipos lanzados en paracaídas. La fuerza expedicionaria (Brigada Anfibia 2506; entrenada por oficiales norteamericanos en Retalhuleu, Guatemala), desembarcó en Bahía de Cochinos el 17 de abril de 1961, y fue aplastada por los batallones revolucionarios en 72 horas. De esta manera los bandidos perdieron la esencia de sus objetivos. La CIA les retiró todo el apoyo logístico. Sus grupos mermaron considerablemente por los desalzamientos en masa. Sin embargo, resistieron en combate durante 6 años más, ayudados por algunos dirigentes contrarrevolucionarios, agricultores ricos y sectas religiosas.

PRIMEROS BANDIDOS EN CUBA: llegaron con Cristóbal Colón, en su primer viaje. Eran los marineros de las naos. Asesinos y ladrones reclutados por todo Castilla y Aragón.

ANTECEDENTE NACIONAL DE BANDIDAJE CONTRARREVOLUCIONARIO: En octubre de 1957, cuando la incipiente fuerza guerrillera de Fidel Castro intentaba su primer "territorio libre" en El Hombrito, Sierra Maestra, se juzgó y pasó por las armas a un grupo de bandidos que se convirtieron en peligro político para las guerrillas. Ché Guevara escribió el 9 de julio de 1963 en *Verde Olivo* (órgano de las Fuerzas Armadas Revolucionarias): "Estas eran las gentes con que se hacía la Revolución. Rebeldes, al principio, contra toda injusticia, rebeldes solitarios que se iban acostumbrando a satisfacer sus propias necesidades y no concebían una lucha de características sociales; cuando la Revolución descuidaba un minuto su acción fiscalizadora, incurrían en errores que los llevaban al crimen con asombrosa naturalidad. Dionisio o Juanito Legregio, no eran peores que otros delincuentes ocasionales que fueron perdonados por la Revolución y hoy incluso están en nuestro ejército, pero el momento exigía poner mano dura y dar un castigo ejemplar para frenar todo intento de indisciplina y liquidar los elementos de anarquía que se introducían en estas zonas no sujetas a un gobierno estable..."

ANTECEDENTES UNIVERSALES DE ALZAMIENTOS Y GUERRILLAS CONTRARREVOLUCIONARIOS: el alzamiento de La Vendée, (Francia, 1872), en contra de los principios de la Comuna. Los ejércitos cosacos del Don, que combatieron la Revolución de Octubre. Las bandas guerrilleras, diseminadas por la Europa Central, al término de la Segunda Guerra Mundial, integradas por nazis prófugos, rusos blancos y nacionalistas reaccionarios.

PRIMER BANDIDO CONTRARREVOLUCIONARIO CUBANO: Luis Lara, alias Cabito Lara; criminal de guerra batistiano, capturado en Pinar

del Río, el día del triunfo de la Revolución (1 de enero de 1959). Seis días después se fugó de la cárcel, internándose en la Sierra de los Organos, donde fomentó una pequeña guerrilla (cuatro hombres). Fueron capturados a los tres meses.

PRIMERA ORGANIZACION DE CAZABANDIDOS: una escuadra de siete campesinos de la Sierra de los Organos, que se llamó "La Patrulla de Malajón", por el apellido de uno de sus integrantes. Armados con carabinas norteamericanas M-1. Uniformados con sombrero de yarey, camisa verde olivo y pantalón de mezclilla azul. Ellos capturaron al grupo de El Cabito Lara.

DEL PRIMER BANDIDO MUERTO EN COMBATE: en una noche de lluvia y relámpagos de la que nadie guarda fecha exacta, a mediados de 1960, una patrulla de milicianos recorría la zona de Guanayara. Los milicianos fueron a guarecerse de la lluvia en una casa abandonada que encontraron. El relampaguear les descubrió la figura de un hombre armado en el marco de una puerta. El hombre portaba una Browning automática y la cargó. El hombre hizo fuego. Los milicianos contestaron y el hombre cayó muerto. Sólo se supo que se apellidaba Argüelles.

ANTECEDENTE UNIVERSAL DE LA GUERRILLA: no fue hasta la *campana española*, de 1808 a 1814, que el nombre y los métodos de las guerrillas fueron completamente desarrollados. Cuando los franceses invadieron la península ibérica, derrotaron fácilmente las tropas regulares españolas. Los franceses capturaron pueblos y ciudades pero nunca dominaron la campaña. Los franceses comenzaron a sufrir las acciones de los grupos irregulares de civiles. A esta forma de lucha, los españoles le llamaron guerrilla.

PRIMER OFICIAL DE LOS CAZABANDIDOS: capitán Manuel Borja. Panadero de la Sierra Maestra. Llegó a Pinar de Río el 27 de febrero de 1959 para organizar y dirigir la Patrulla Campesina de Malajón.

EL MAS VETERANO DE LOS CAZABANDIDOS: Wilfredo Telles Reyes. "Fui destacado en mayo de 1959 en el cuartel de Trinidad. Desde esa época perseguíamos algunos grupos misteriosos que se movían en el Escambray. Nuestras patrullas cogían algunas latas de leche condensada y los fusiles. Así echábamos para la sierra. Recuerdo la primera operación organizada. Fue contra Sinesio Walhs. Lo capturamos con veintiocho bandidos más. En esos meses no teníamos los conocimientos de hoy. Eran operaciones por iniciativa, corriendo siempre de un lado a otro, atrás de sombras y rumores".

PRIMERAS OPERACIONES EN EL ESCAMBRAY: en junio de 1960, se despacharon unidades con oficiales y soldados del Ejército Rebelde y también con miembros de las Milicias. Ellos fueron dotados con algunas bazucas y morteros. Los Estados Mayores fueron ubicados en Manicargua y La Campana. Las operaciones se bautizaron "Operaciones Lechuzas", porque se carecía de información exacta, y los cazadores debían estar diez noches seguidas *en vela*, emboscados en los lugares de posibles choques con los bandidos. De estas operaciones resultaron capturados los cabecillas Sinesio Walhs y Plinio Prieto.

MUJERES CON LOS BANDIDOS: Zoila Aguila Almeida, alias *La Niña de Placetas*, de el Escambray. Ana Belkis García, alias *La Oriental*, de Matanzas, y Cira Núñez, en Oriente. Las tres sobrevivieron a la guerra. Hoy guardan prisión.

PREPARACION MILITAR: en 1960 se desarrolló un tipo de organización político-militar para

combatir la contrarrevolución rural y aglutinar a los campesinos pobres y obreros agrícolas. Esa organización se conoce hoy con el nombre de "Divisiones Especiales Serranas". El embrión de las Divisiones Especiales fue la "Patrulla Campesina". En 1959, las Patrullas se dedicaron al cuidado y custodia de cañaverales y otras instalaciones agrícolas. El armamento de las Patrullas Campesinas estaba compuesto en esa etapa con escopetas de caza, Springfield y algunos M-1. En noviembre-diciembre de 1960, las Fuerzas Armadas Revolucionarias abandonaron la estructura que tomaron del antiguo Ejército Nacional (de Batista), para formarse en Batallones primero y luego englosarse en Divisiones, Cuerpos y Ejércitos. El país necesitaba con urgencia de un potente y efectivo aparato de guerra. Las Patrullas Campesinas resultaban ineficaces contra los bandidos. Se crearon tres sectores de combate: Baracoa, Segundo Frente y Sierra Maestra. Los sectores fueron divididos en compañías que aglutinaron los campesinos de cada lugar. Después se crearon más sectores: los de las zonas llanas recibieron el nombre de "Sectores Regulares" y los de montaña "Sectores Irregulares". Después se impuso un nombre: Sectores de Lucha Contra Bandidos. Y fueron armados con modernos equipos soviéticos y checoslovacos. Los dirigentes revolucionarios se reunieron con los campesinos en los cuartones, en los bohíos, en los bateyes, en los pequeños poblados. Explicaban los planes imperialistas y la necesidad de defender la Revolución. En esas reuniones los campesinos que querían ingresar en los Sectores (Milicias), alzaban las manos y se tomaban los nombres de cada uno. En las Milicias se impedía el ingreso de los campesinos ricos, ex-militares y delincuentes.

COSTUMBRES DE LOS BANDIDOS: usaban barbas y melenas, y uniformes verde olivo, a la

usanza del ejército revolucionario. Llevaban medallas religiosas, y preferían las de San Lázaro y Santa Bárbara. También llevaban una oración de "El Justo Juez" impresa en una tarjetilla, a las que les escribían sus nombres y alias. Establecieron la jerarquía de igual modo que las unidades de Lucha Contra Bandidos: comandante era el grado supremo; y en escala descendente, capitán, primer teniente y teniente. Después, cuando arreciaron las operaciones, el uniforme verde olivo dejó de ser una moda para convertirse en necesidad. Era la mejor forma de pasar inadvertido en el monte, como si fueran soldados rebeldes. Las boinas verdes de los revolucionarios fueron copiadas por los bandidos con telas de sacos de yute. Algunos prefirieron cortarse las melenas y afeitarse las barbas. Si no tenían uniformes, buscaban la ropa de faena de los campesinos: camisa y pantalón gris. También se agenciaban armas de fabricación soviética o checoslovaca, por la abundancia de las balas y porque un arma norteamericana —un Springfield o un Garand— era reconocible desde muy lejos. De las armas revolucionarias preferían el fusil checoslovaco M-52. Sus bandas se redujeron a menos de diez integrantes, para mayor seguridad.

COSTUMBRES DE LOS MILICIANOS: se dejaban crecer la barba y la melena, hacían tupidos collares de semillas, que llegaban a pesar hasta cinco libras; cosían flores de pinos en las boinas; se colgaban varillas de guayaba al cuello "para morderlas en el momento que una bomba aérea vaya a explotar". El lujo máximo era poseer una pistola y los precios de las armas cortas ascendieron a trescientos y cuatrocientos pesos. Nacieron nuevas formas de hablar. "Negativo, compañero", para decir no. "Positivo, compañero" para decir sí. "¡Enciende la chispa, miliciano!" quería decir *estar atento y vigilante*. El

libro más leído por los cazadores fue *Los Hombrés de Panfilov*, de Alejandro Beck.

SEMANTICA DE LA LUCHA. Los grupos paramilitares son conocidos de diferente manera. El término guerrilla es el más generalizado. También: bandidos, terroristas, grupos de resistencia, y fuerzas especiales. El capitán Aníbal Velaz, del Ministerio del Interior de Cuba, dice: "Las fuerzas norteamericanas especializadas en guerra contra guerrillas reciben el nombre de *contra-insurgentes*. Nuestras fuerzas nunca persiguieron guerrilleros. Nuestras fuerzas persiguieron bandidos contrarrevolucionarios. Es una cuestión de carácter, de concepción. Los insurgentes y guerrilleros somos nosotros, los revolucionarios. Si hay que decir un nombre técnico, diremos que en la lucha se hizo *contra-inteligencia*, porque el bandidaje político surge a impulso y control de la inteligencia norteamericana, de la CIA".

SOBRE SECTAS RELIGIOSAS: habla el comandante Iser Mojena: "Trozamos con la labor reaccionaria de las sectas religiosas. Ellos decían a los campesinos: *no debes ser miliciano, porque Dios castiga a quien usa armas de muerte*. En Matanzas, en la casa de Carlos Smith, dirigente provincial de los *Testigos de Jehová*, acampaban los bandidos del grupo de Ulises. En casa de *Antonia la Batiblanca*, de la organización Pentecostal, fue muerto el cabecilla Leoncito. El pastor Raúl Trujillo visitaba los bandidos y les ofrecía *ayuda espiritual*".

GRUPOS O MOVIMIENTOS REACCIONARIOS: "La Rosa Blanca", formado por exmilitares que sirvieron al Batistato. "Movimiento Democrático Cristiano", formado por intelectuales y burgueses de militancia católica. "Movimiento 30 de Noviembre", formado por miembros de la pequeña burguesía más rica y anticomunistas

que participaron en la lucha contra Batista o pertenecieron al Ejército Rebelde. Los otros tres grupos más importantes fueron: "Directorio Revolucionario Estudiantil", "Frente Revolucionario Democrático" y "Movimiento de Recuperación Revolucionaria". Los seis grupos ayudaron y fomentaron los focos de alzamiento.

OFICIAL DE MAS ALTA GRADUACION CAIDO EN COMBATE. Comandante Manuel "Pity"

Fajardo. Murió la noche del 30 de noviembre de 1960, en el entronque de la carretera Trinidad - Topes de Collantes, por un balazo en la cabeza. Fajardo era jefe de las operaciones contra los bandidos. En los funerales, Fidel Castro dijo: "... y nos complace y nos consuela, compañero, poder decirte, ¡que los enemigos de la Patria, donde quiera que surjan, donde quiera que intenten perpetrar el crimen de la traición, donde quiera que intenten destruir la Revolución, y donde quiera que intenten alzarse en armas contra ella, serán aniquilados!"

ACTA DE FUNDACION DE LA LUCHA CONTRA BANDIDOS: "Sección de LCB. (Secreto).

DISPOSICION: Con el fin de destruir los pequeños grupos de bandidos que se dedican a asesinar a compañeros obreros y campesinos, a incendiar escuelas y propiedades del pueblo, en distintas zonas rurales perteneciente a este mando militar y estimando una necesidad brindar protección a la población residente en esos lugares hasta la eliminación de dichos grupitos de bandidos, **DISPONGO:** se cree una Sección para la lucha contra bandidos, la cual, será la encargada de dirigir la organización de los sectores y sub-sectores que sean necesarios, así como de velar que aparejado con las operaciones militares se realice una amplia labor política-cultural entre la masa obrera-campesina con el fin de elevar su nivel de capacitación, creándose las

condiciones que eviten nuevos alzamientos. Crear en dichos lugares escuelas que los preparen militar y políticamente con el fin de destruir los grupos de bandidos que pudieran surgir en el futuro. Nombro como jefe de dicha sección al co. comandante Raúl Menéndez Tomashevich, el cual será el encargado de cumplir la presente orden. Dada para su cumplimiento a los tres días del mes de julio de mil novecientos sesenta y dos. (Fda.) Juan Almeida Bosque, Jefe Ejército Centro".

(Aunque las operaciones se iniciaron en 1959, la fuerza de Lucha Contra Bandidos no quedó constituida oficialmente hasta la fecha de este documento.)

OPERACIONES MAS GRANDES DE LOS CAZABANDIDOS: la llamada "Limpia del Escambray" movilizó 60 mil hombres durante dos meses, enero de 1961, creando lo que la CIA calificó de "cordón sanitario", neutralizando las bandas que allí se movían, e impidiendo su apoyo a la 2506. Los batallones vinieron de todo el país. Ahí recibieron su bautismo de fuego las milicias obreras de La Habana. Se capturaron 900 bandidos. La segunda operación masiva concentró las fuerzas de Lucha Contra Bandidos, más la Cuarta División de Las Villas, con tanquetas y carros blindados, dislocados en 212 kilómetros cuadrados, que se dividieron en 28 áreas de combate, para capturar una importante reunión de bandidos, dirigida por Tomás San Gil, donde se hallaban 82 cabecillas de importancia. El comandante Raúl Menéndez Tomashevich dirigió la operación. Allí murió Tomás San Gil.

ULTIMO BANDIDO CAPTURADO: José Reboso, de la banda de Luis Vargas. Operaba en el Escambray. Apresado en octubre de 1966. Condenado a treinta años.

DESTINO DE LOS CAZADORES: parte de las unidades desactivadas se dedican en la actualidad a la construcción de una nueva carretera que atraviesa el Escambray; y otros contingentes han sido enviados a las labores de la zafra; los cuadros más destacados han sido enviados a cursar estudios militares superiores; otros contingentes prestan servicio en el cuerpo de GUARDAFRONTERAS.

CUENTA FINAL: en siete años murieron en combate 500 soldados de las tropas de Lucha Contra Bandidos, para capturar o matar a 3.591 bandidos en todo el territorio nacional. Sólo en la provincia de Las Villas murieron 305 cazadores para eliminar a 2.110 bandidos. El costo total de las operaciones y pérdidas por sabotaje ascendió a 800 millones de pesos. En la actualidad, (diciembre, 1966) ningún bandido opera en Cuba. Las posibilidades de crear otra fuerza contrarrevolucionaria de ese tipo, son limitadas, debido a la experiencia que adquirieron los cazabandidos, y la técnica de información que han perfeccionado. Las mejores posibilidades de la reacción, en actividades similares a la banda de alzados, está en el envío de grupos comandos, desde el exterior, con misiones específicas, rápidas, y que les permita embarcar otra vez al exterior. Pero estas misiones no revisten el carácter y la importancia de un núcleo armado establecido en su base.

DESTINO DE LOS BANDIDOS: ningún jefe de banda escapó (excepto Evelio Duque, que hoy radica en Estados Unidos). La captura más deseada por las tropas de Lucha Contra Bandidos, fue la de Osvaldo Ramírez, jefe máximo del Escambray, que murió en combate el 16 de abril de 1962.

MAPA DE OPERACIONES



- 1/ESCAMBRAY: Sierra donde se produjeron los principales alzamientos. Aquí murió el comandante Manuel Fajardo, jefe de las operaciones contra los bandidos. Aquí viven: Puro Villalobos, El Coneja, Moncho Treto; aquí murieron en combate, o fueron apresados, o fusilados, los bandidos: Gilberto Rodríguez Ramírez, Tomás San Gil, Roberto García Molin, Osvaldo Ramírez, Congo Pacheco, Tartabull, José Reboso y otros.
- 2/REGION NOROCCIDENTAL: zona de movimiento de los bandidos: Mario Bravo, Flor Camacho, Frías, Clemente Aragón, Arnoldo Martínez y Méndez Esquivarrosa.
- 3/MOA-BARACOA: aquí fueron destruidos (entre otros) el llamado "desembarco de Navas" y el team de infiltración de Eloy Gutiérrez Menoyo. En las dos operaciones se destacó el teniente de LCB Augusto Caballeros.
- 4/CIBARA-HOLGUIN: zona de movimiento de la banda de Ballo, muerto en combate por el agente de Seguridad "David".
- 5/MATANZAS: territorio de la banda de El Majá Campitos.
- 6/SAGUA-CORRALILLO: territorio de la banda de Tondike.
- 7/LA HABANA: aquí se refugió el bandido desahogado Pity Hernández.
- 8/CARTAGENA: aquí se sostuvo la reunión de Pity Hernández con sus captores.
- 9/PINAR DEL RIO: provincia donde se produjeron los primeros alzamientos contrarrevolucionarios.
- 10/ISLA DE PINOS: aquí radicó la prisión donde se entrevistó a Eloy Gutiérrez Menoyo. Advertencia: en el mapa sólo se sitúan los lugares relacionados con los capítulos del libro, y de ningún modo abarca todos los sectores de la guerra.

Reunión en el 67 de Cartagena	122
La tierra no pare narices	127
El enemigo	129
Caballo de Mayaguara	133
A la cuarta va la vencida	137
El más acá	145
El último de los jíbaros	149
El Pepe Reboso	156
Al principio era la montaña, el cielo y la tierra	158
Fusilamiento	161
Fichero	163

Las versiones originales de estas crónicas, (que reescribí para la presente edición), aparecieron publicadas en el periódico Granma, periódico Hoy, revista Cuba, Revista del Granma, semanario Hoy Domingo y semanario Mella, entre los años 1963 y 1967. También incluyo crónicas inéditas, escritas entre 1968 y 1969. Los documentos que aparecen son transcripciones directas de los originales, salvo en caso de sintaxis confusa. Las entrevistas deben considerarse textuales y conservo pruebas de ello. Las fotografías fueron tomadas por: Ernesto Fernández (quien me acompañó a las operaciones), Mario Ferrer, Departamento de Seguridad del Estado, Lucha Contra Bandidos y por fotógrafos desconocidos que retrataron a los bandidos.

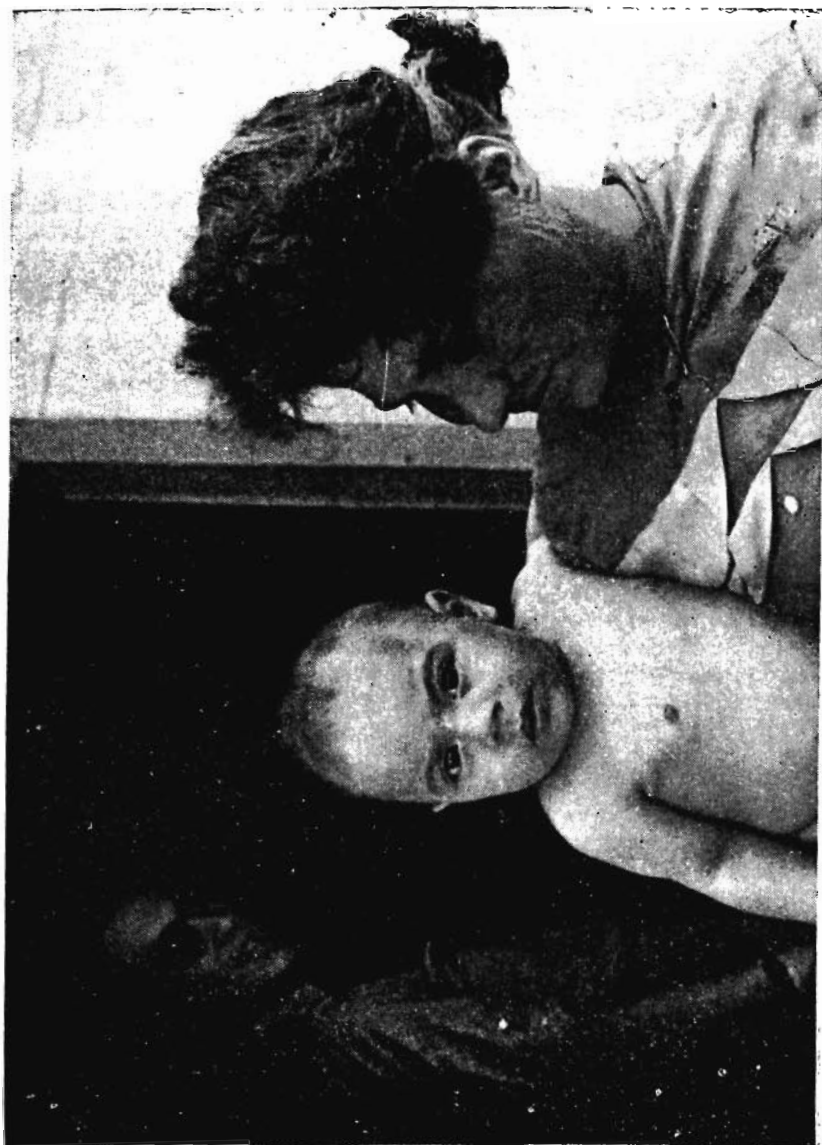
Se terminó de imprimir en IMPRESORA CORDON, Dante 2156, Montevideo, República Oriental del Uruguay, el día 29 de Julio del año 1970, con la contribución de la Comisión del Papel (Art. 79 de la Ley 13.349)



Libros de la Pupila

Cazabandido se llamó el operativo militar más importante cumplido en Cuba desde la revolución de 1959. Miles de hombres del ejército revolucionario fueron eliminando gradualmente mediante pequeñas escaramuzas y también vastas operaciones, a los contrarrevolucionarios que desembarcaron y se infiltraron en las montañas. Una verdadera —difícil, dramática— guerra civil, que duró años y que incluyó innumerables muestras de heroísmo, infinidad de episodios terribles, multiplicidad de personalidades insólitas y sorprendentes, incesantes hechos de sangre.

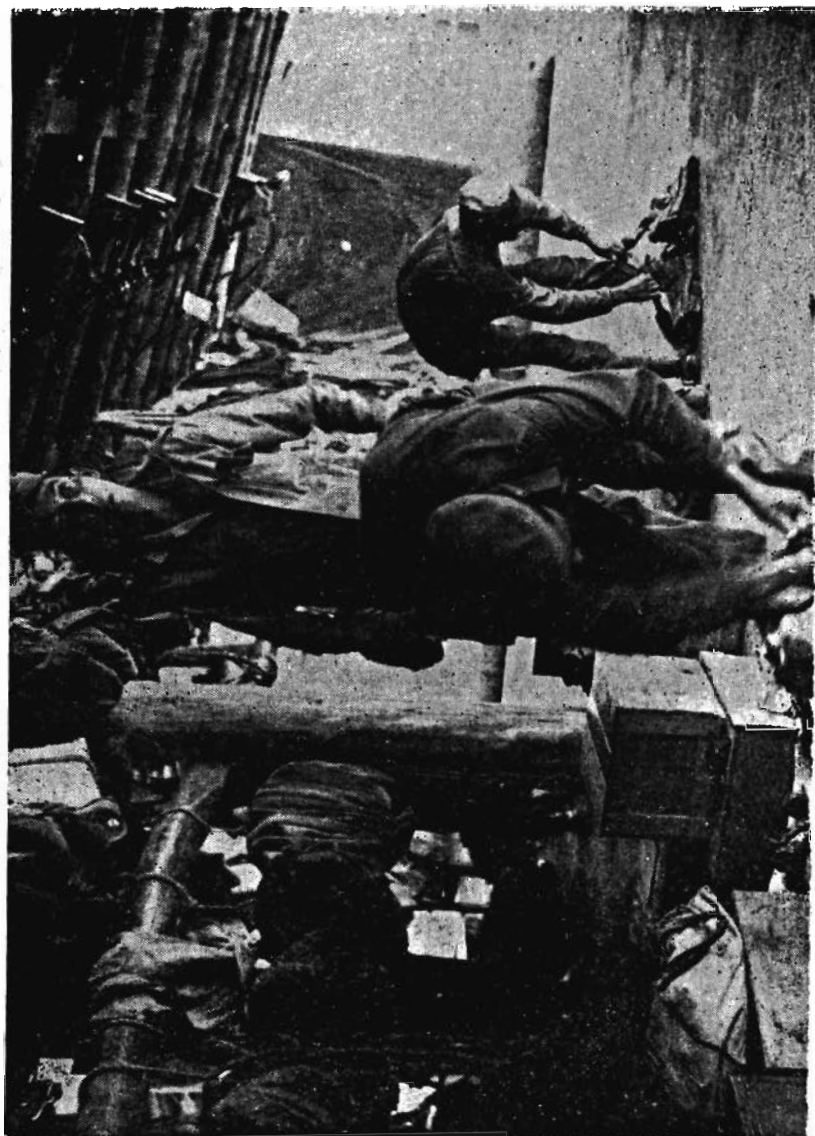
A lo largo de ese período, un joven periodista destacado en el frente de batalla por los diarios de La Habana vio crecer y articularse su vocación de escritor. Se trata de Norberto Fuentes, que apenas contaba con quince años al triunfar la revolución, quien acompañó al ejército regular en sus operaciones, tuvo acceso a documentación especial, conoció a los jefes del operativo así como al enemigo, estuvo muchas veces tras la línea de fuego y escribió una deslumbrante serie de notas publicadas en **Granma**, **Hoy**, **Bohemia**, **Verde Olivo**, etc.. Sobre los mismos episodios redactó una nerviosa y violenta colección de cuentos, **Condenados de Condado**, que obtuvo el premio "Casa de las Américas" y fue traducida a varias lenguas. Volviendo sobre los materiales originales, completándolos y puliéndolos con mayor rigor literario, Norberto Fuentes ha compuesto esta dolorosa y ardiente saga de una guerra latinoamericana, solo comparable a los mejores momentos de Babel o de Hemingway.



2. El autor con la viuda de un miliciano asesinado por Arnaldo Martínez.



3 Puro Villalobos.



6. En el campamento de Cendado, antes de partir a las operaciones.



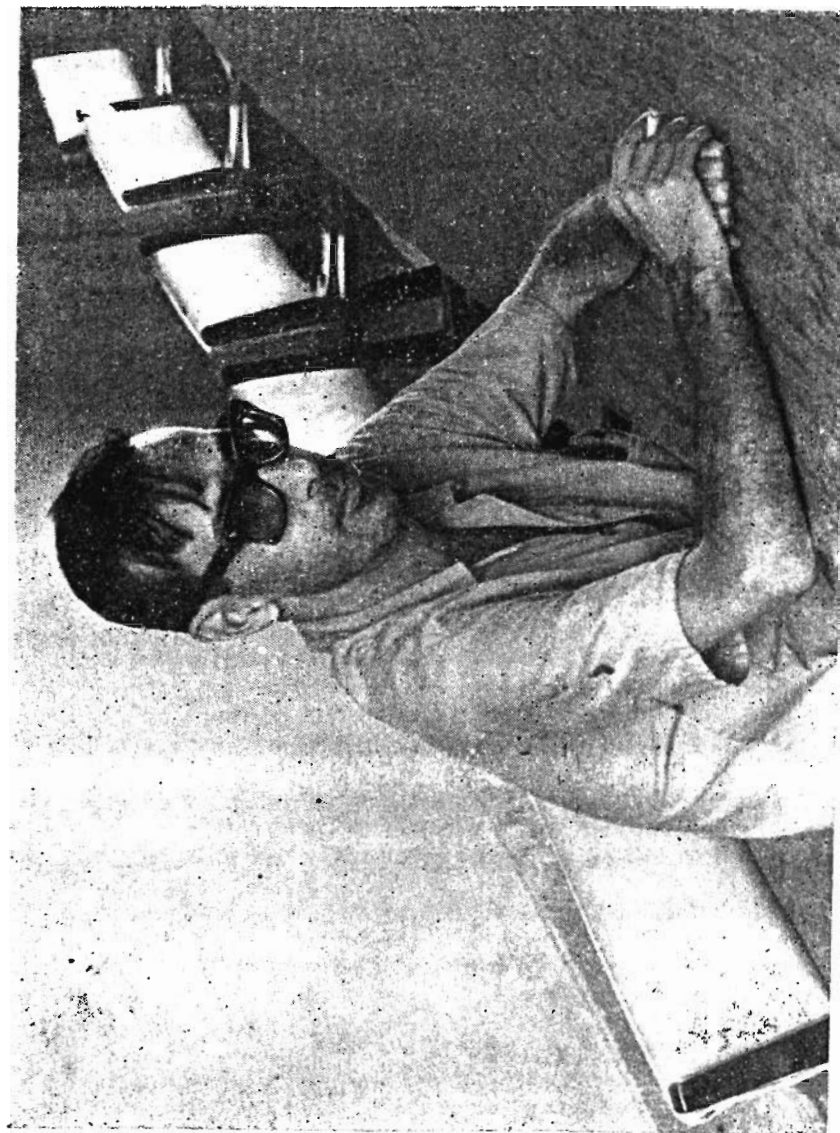
7. A la izquierda el Capitán Manuel Carbonell, le acompaña el Comandante Lizardo Proenza Sánchez.



8. Carnet de bandido, en que aparecen las banderas de Cuba y EE.UU.
U.R. Significa Unidad Revolucionaria.



9. Niños en la lucha contra bandidos.



12. Gutiérrez Menoyo en la entrevista.

REPÚBLICA DE CUBA
MINISTERIO DEL INTERIOR
LAS VILLAS

Yo José Reboso fui el último capitán
alzado del escabón. La 9-2 me capturó y
me a tratado bien. Yo no me duele
al ral mas por los sacrificios y trabajo
que hice en el monte por gusto

José Reboso
alludante capitán
de Lemi Vargas

Las Villas 15 de octubre 1966

13. Testimonio manuscrito de José Reboso.



14. En el cerco contra Arnoldo Martínez.



15. Un peine "proletario", cado con codo.